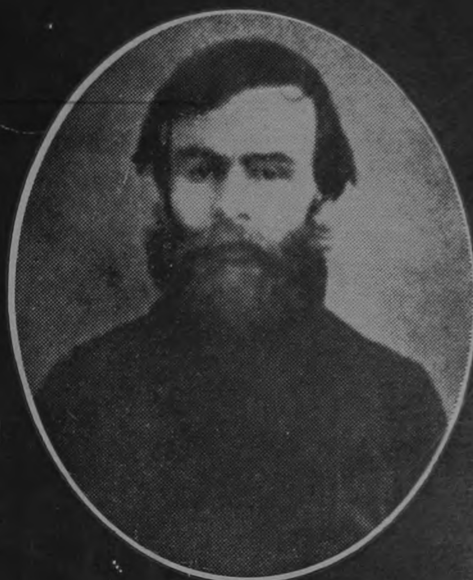
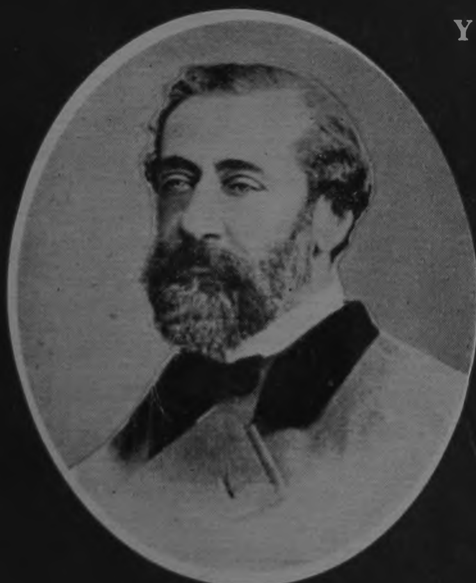
RAUL MONTERO BUSTAMANTE

ESTAMPAS

FRUCTUOSO RIVERA. — MELCHOR PACHECO Y OBES. — JUAN CARLOS GOMEZ. — JULIO HERRERA Y OBES




MONTEVIDEO

1942

ESTAMPAS

Ediciones CEIBO

Ediciones CEIBO

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

ESTAMPAS

FRUCTUOSO RIVERA. — MELCHOR PACHECO Y OBES. — JUAN CARLOS GOMEZ. — JULIO HERRERA Y OBES

MONTEVIDEO

Impresora L.I.G.U. - Paysandú 1011

1942

ESTAMPAS

Estas estampas no tienen la pretensión de ser estudios técnicos de biografía o de historia. Son apenas esbozos psicológicos, trazos de caracteres con los que el autor se propone poner a los lectores en contacto con «el hombre» que hubo en cuatro históricos personajes, quienes, cada cual en su época y en su plano de actividad, ejercieron singular fascinación sobre sus contemporáneos y la siguieron ejerciendo sobre las generaciones que les sucedieron. Este rasgo común tienen estas cuatro figuras, alrededor de las cuales se podría trazar la historia del Uruguay en el siglo XIX. Rivera fué el caudillo por excelencia, acaso el que mayor pasión despertó en las multitudes del Plata. Lo fué en el orden militar y lo fué en el orden popular. Heredero de Artigas, agregó, como éste, a su condición esencial de caudillo, singulares dotes de hombre de Estado que, sino lograron disciplinarse y nutrirse en la cultura del aula, se aplicaron instintivamente, con un sentido de prodigiosa adivinación. Pacheco y Obes fué también caudillo, pero de otra pasta; caudillo a la manera europea, como lo fueron los grandes capitanes

que, a su cultura militar, agregaron la cultura literaria que colorea y enardece la palabra hablada y agrega belleza a la palabra escrita. Movió las masas, más que con la espada, con la palabra y con la pluma, y, sobre todo, con la fuerza irresistible que emergía de su carácter. Juan Carlos Gómez y Julio Herrera, no obstante su odio al caudillaje, fueron caudillos civiles de cátedra. Aquél fué el hombre que mayor influencia cívica ejerció sobre sus contemporáneos. Creó esa fuerza con su talento, con su carácter, con su prédica y con su conducta. Agregó a ello aún el encanto maravilloso de su alma poética. Desde su humilde sala de trabajo, erigida en el destierro, dominó y orientó a las sociedades del Plata, como podría haberlo hecho el más encumbrado personaje desde la artesonada sala de su palacio. Esa fuerza moral permaneció activa después de su muerte. Julio Herrera y Obes ejerció, del mismo modo, singular influencia sobre su época y, durante un breve período de su vida, llegó a ser el centro de la actividad política nacional. Fué un señorío breve, pero brillante y fascinador. Estos cuatro personajes forman una teoría romántica que algún día ha de encontrar el poeta que la cante: Rivera, el héroe legendario envuelto en nubes de gloria y de dolor; Pacheco y Obes, el héroe que se consume en el ardiente fuego de su amor a la Patria, a la Libertad y a la Gloria; Juan Carlos Gómez, el héroe romántico que vaga en la sole-

dad de su perpetuo ostracismo; Herrera y Obes, el héroe resplandeciente de la juventud y de la plenitud convertido en el melancólico filósofo de la solitaria vejez. Los cuatro conocieron días de triunfo y de gloria; y días de derrota, de vituperio, de olvido, de infortunio y de supremo dolor. Los cuatro conocieron la ingratitud de los hombres y de los pueblos, el peso de la injusticia, las angustias de la pobreza, el pan del ostracismo, y la muerte en soledad. Rivera, Pacheco y Gómez murieron en el destierro; Herrera lo soportó estoicamente hasta pocos años antes de su melancólica muerte. Están bien los cuatro reunidos en esta evocación póstuma.

FRUCTUOSO RIVERA

Estaba en la plenitud. La noble cabeza caucásica, virilmente erguida sobre el tronco fino y nervioso, proclamaba la pureza de su raza y de su hidalga estirpe española, que ya había figurado con lustre en la historia del Río de la Plata. La intemperie no había atezado su ancha y pálida frente, sobre la cual caía el pabellón de la cabellera oscura, cuyos tufos, al avanzar hacia las sienes, recuadraban el rostro vigorosamente modelado. El leve ceño, más pensativo que adusto, la amplitud de los arcos superciliares cubiertos de pobladas cejas, la nariz borbónica y el fuerte mentón acentuaban su masculinidad e imperio. El dejo de melancolía que se adivinaba en la mirada límpida y serena de los ojos pardos, no lograba ser borrado por la traviesa sonrisa que, a menudo, plegaba sus labios, fina y graciosamente dibujados. Era de noble talla; energía de cuerpo y alma, dignidad y autoridad trascendían de su persona: de su hermosa cabeza, de su recio tronco, de la expresión de sus movimientos, de la elasticidad y fuerza de sus miembros, de su eléctrica mirada,

de su palabra cálida, de sus maneras simples y espartanas, de su actitud afable, a veces reservada, a veces imponente, siempre serena, signo éste del dominio de la sensibilidad y de la virtud soberana del valor.

Se le evoca, en aquella hora suprema de la historia, a campo abierto. Fué su medio ambiente natural: en él nació y pasó la niñez y lo mejor de su juventud; en él vivió la mayor parte de su vida, y en él murió. Las cuchillas, las praderas y los montes del Arroyo Grande y de Averías fueron su cartilla y sus palotes; lo que aprendió en la ciudad, en la escuela y en los libros, no le sirvió tanto como lo que le enseñaron aquellas páginas vivas de la naturaleza.

Nadie conoció como él su país. El sabía de los campos traviesos, de las secretas sendas, de las ocultas picadas, de los ignotos pasos. Un monte de espinillos, un tala solitario, el vuelo del chimango, el grito del *teru tero*, el olor de los pastos, el sabor de las aguas de los arroyos le revelaron cosas que los demás hombres no comprendían. De noche viajaba por el campo con tanta seguridad como de día: no hubo baqueano que lo aventajase a rumbear. Ni los cerros con sus despeñaderos y grutas, ni los montes con sus abras y ocultas sendas, ni los ríos y arroyos con sus pasos y bajos fondos, ni los tembladerales con sus traiciones, ni las sierras con sus asperezas, ni la planicie con

sus enigmas tuvieron para él secretos. Sabía dónde hallar un abrigo seguro, un escondite inviolable; dónde había un ombú, y una «cachimba», y una isleta boscosa, y un rancho hospitalario, y una casa hostil. Conocía las virtudes de toda la flora selvática: sabía cómo se cura una herida sin fiebre, cómo se torna inofensiva la picadura de la «yarará», cómo se corta el «pasmo», cómo se «quita el sol de la cabeza» cuando ataca el tabardillo.

Manejaba el lazo y las boleadoras lo mismo que la espada y las pistolas; sabía cómo se cazan el avestruz y el venado; cómo se agarra con el arreador a la perdiz y con la mano se saca de la cueva a la «mulita». Había luchado con los jaguares y con los indios, con los pumas y con los españoles, con los toros salvajes y con los portugueses.

Desde su caballo, como desde una atalaya, dominaba la distancia y el espacio; desmontaba, aplicaba el oído al suelo, y adivinaba quienes andaban por el campo en muchas leguas a la redonda; sabía si eran indios, bandoleros o soldados; sabía si eran infantes o caballeros; si traían artillería y carretas; casi podía contar el número y conocer la calidad de los escuadrones.

Nadie era capaz de adelantársele. Quien pretendiera salirle al atajo llegaría tarde, porque en esto de atajos él los conocía todos; además, nadie sabía poner alas a las patas de los caballos como él: ni Güemes, ni Páez, ni Arenales, ni Canterac,

ni Valdez le aventajaron en esto. Había visto anochecer en Perico Flaco, sobre el Río Negro, y amanecer sobre el Cuareim; otra vez había despertado en el Arapey y antes de obscurecer estaba en Arroyo Grande. Nada le detenía; cuando era un cerro lo escalaba, cuando un río lo cruzaba a nado, cuando un escuadrón enemigo lo cargaba y continuaba la marcha.

Era capaz de cabalgar día y noche sin más alimento que un trozo de carne mal asada o una tira de *charqui;* cuando no tenía esto, sabía entretener la sed con una piedrecilla y el hambre con mate amargo. Dormía lo mismo bajo techo como en la carpa de campaña o a cielo raso; en la mullida cama de su casa patricia como sobre los cojinillos del recado o sobre el duro suelo.

Le gustaba vestir pulcramente, aun en campaña. Larrañaga, en su diario de viaje a Paysandú, dice que le vió en 1815, con botas inglesas, chaqueta de paño fino azul, sombrero redondo, sin más distintivo que el sable y una faja de malla de seda color carmesí; otros le vieron bien «aperado», vistiendo la levita militar y tocado con el sombrero blando o la alta chistera a manera de morrión; en la ciudad solía presentarse con «todos los entorchados de brigadier general» o vestido de civil, a la manera de rico indiano, como lo pintó Blanes; pero concluía siempre por regalar todas sus prendas y compartir la desnudez de sus solda-

dos. «Estoy descalzo, he dado toda mi ropa, apenas estoy con la precisa», escribía a su esposa desde campaña. Poco después, este Presidente de la República y General en Jefe del Ejército logra dos camisas; pero no tiene corbata, ni chaleco, ni guantes, ni pañuelos, ni medias, y está «muy mal de sombrero». Afrontaba a menudo el frío de la noche, sin poncho, porque lo había dado a un soldado enfermo o lo había perdido en la batalla. Hasta la capa se la regaló al coronel Blanco, a quien quitaron la suya. En Paraná, en 1842, estaba con lo encapillado y tenía que asistir a la reunión de los gobernadores. «No sé cómo voy a verme para presentarme a la reunión, consigna en una carta íntima. No importa, si el caso llega, yo me pondré formal y serio, y nadie ha de reparar que ando descangallado, como se dice vulgarmente.»

Una tabla de la maestranza, un tambor, la carona del recado, la propia cama le servían de mesa y escritorio. Escribía febrilmente y evitaba la colaboración de los secretarios. «Todo tengo que hacerlo yo», exclama. Cartas, trazadas con su encabritada caligrafía, salían del cuartel general en todas direcciones. Cuando no eran cartas, eran partes de batalla o notas para sus jefes divisionarios. Otras veces escribía sus memorias. «Paro solamente para escribir», le dice a su esposa. «He escrito toda la noche, son las 8 de la mañana y

todavía no he concluído de escribir, sin dormir.» Otra vez consigna: «Hoy no me he levantado del asiento hasta las 8 de la noche desde la 1 en que me senté a escribir.» Enfermo, no abandona la pluma: «Estoy en cama escribiéndote ésta», le dice. Poco después le reclama sus memorias, que dejó olvidadas en la mesita de su alcoba de la quinta, pues quiere completarlas.

Como Artigas, sabía ponerse al diapasón de las personas con quienes hablaba. Chevalier de Saint-Robert afirma que, cuando se lo proponía, hablaba muy bien en público. Francisco D'Haireau, que fué su ayudante, dice: «Cuando hablaba se creía estar en presencia de un príncipe.» Brito del Pino, otro de sus ayudantes, se asombra de oírlo hablar y discurrir sobre todos los tópicos. En las conferencias con los gobernadores argentinos dejó admirados a todos con la dignidad de su palabra. Sarmiento, aunque con acrimonia, se admira de oirle opinar y hablar de sí mismo, en la embajada de Francia, en Río Janeiro, en rueda de diplomáticos y hombres de Estado.

Cuando arengaba a sus soldados, les hacía estremecer de entusiasmo; cuando hablaba a sus generales, les hacía derramar lágrimas. El día del segundo aniversario de Cagancha, después de la revista del ejército, treinta y siete jefes, con el general Medina a la cabeza, se presentaron en el cuartel general a cumplimentarlo. El les dirigió la

palabra y, en un rasgo magnífico, se desciñó la espada del cinto y se la entregó a Medina, diciéndole: «Nada tengo de más valor que ofrecer a un veterano de la independencia y a un hombre de honor que hará de esta espada el uso que le corresponde en los campos de batalla.» Las gargantas se anudaron y las lágrimas corrieron por las atezadas mejillas del guerrero.

Si él conoció a su país, el país lo conoció a él y, ¡de qué manera! ¿Dónde no tuvo un amigo? ¿Dónde un compadre? ¿Dónde un hijo o un ahijado? ¿Dónde un enemigo también? «Hospitalario y dulce» lo llama el Ministro francés Deffaudis. «No se encontrará una persona en la campaña que no se sienta feliz y orgullosa de encontrarse en su compañía», dice Saint Robert, el secretario de aquél. Manuel Herrera y Obes, que le fustigó cruelmente, se rindió ante la grandeza del caudillo y confiesa que su fama sirve de fábula a los niños y de historia a los viejos. «Id y preguntad desde Canelones a Tacuarembó, quién es el mejor baqueano, quién el de más sangre fría en la pelea, quién el mejor amigo de los paisanos, quién el más generoso de todos, quién, en fin, el mejor patriota, a su modo de entender la patria, y os responderán todos: el General.»

* * *

Así va a caballo por el campo el caudillo; pero cuando llega a la ciudad, se apea de él y viste el

traje urbano... ¡qué noble continente, qué dignidad! ¡Qué don de autoridad, qué noble ascendiente ejerce sobre quienes le rodean! Don Lucas Obes, don Nicolás de Herrera, don Santiago Vázquez, don Juan María Pérez se sorprenden de su modo de discurrir, de la agudeza de su ingenio, de su admirable buen sentido. Larrañaga, la primera vez que lo vió, se quedó prendado de él. El general Paz lo recuerda, en sus Memorias, severo y poseído de su investidura en ocasión de actos oficiales. En una audiencia del año 40, quien le vió, lo describe así: «Su aspecto era decoroso y reflexivo, su voz era sonora y digna del hombre de Estado».

Vestía en tales ocasiones de gran uniforme y recibía a los diplomáticos extranjeros con señoril soltura; en las recepciones oficiales se mantenía de pie y luego recorría las salas para saludar, con maneras cortesanas, a los invitados; cumplimentaba a las damas, acogía con afabilidad a los extranjeros y se complacía en conversar con los hombres de letras. Le gustaba participar de la tertulia de su esposa y, en ella, solía dar rienda suelta a su natural risueño y galante. A veces proponía al poeta Acuña de Figueroa, que era contertulio obligado, temas para sus improvisaciones y él mismo se aventuraba a improvisar en verso, como ya lo había hecho, con éxito, en Buenos Aires, en casa de don Pascual Costa, para contestar aquel famoso

brindis de don Juan Manuel: «Brindo por el gaucho Rivera».

Don Vicente Fidel López le vió y le habló en un baile que, en 1846, dió en Montevideo el Ministro de Inglaterra. El general atravesaba un momento crítico de su vida pública y no prestó atención al presuntuoso jovencillo que osó interpelarlo; éste no ocultó su despecho al describirlo, vestido «con todos los entorchados de brigadier general», «solemnemente tieso en uno de los extremos del salón, sin sentarse ni dejar por un momento la posición que había adoptado», imperturbable en su actitud.

En Río de Janeiro, durante su ostracismo, Sarmiento le encontró en la mesa del caballero Hamilton, en la embajada de Inglaterra. Estaban allí M. de Saint Georges, ministro de Francia, y otros diplomáticos. El parecía encontrarse a gusto entre esa gente; discurría locuazmente sobre cuanto tema se tocó, y habló de sí mismo con dignidad e imperio.

Estos personajes jamás le inquietaron, y a menudo los envolvió en la red de su astucia. «No hubo diplomático europeo — dice López — a quien no engañase, y algunas veces con bastante ingenio». Y para probarlo narra esta divertida anécdota: «Logró arreglar una vez que el ministro francés le hiciese un empréstito con que pagar las tropas que, según él, tenía reunidas para abrir su campaña contra Rosas. Salió el ministro fran-

cés a ver el ejército. Rivera había hecho venir numerosos grupos de gauchos, y en las cejas de un monte cercano, por donde debían desfilar los escuadrones, había ocultado ponchos forrados en colorado, en amarillo y otros colores. El mismo escuadrón pasaba unas veces con un color, otras veces con otro color; y así le hizo revistar al ministro cuatro mil hombres sin que tuviera cuatrocientos para abrir la campaña».

Tampoco le inquietaron los políticos y los hombres de gobierno. Al Barón de la Laguna y a los dignatarios del Rey de Portugal y del Emperador del Brasil, que le cortejaron sin cesar, los engañó astutamente y lejos de entregarse a influencias, lisonjas y mercedes ganó para su causa a muchos jefes riograndenses, entreteniendo, en favor de la independencia nacional y de una posible federación meridional semejante a la de Artigas, sus aspiraciones separatistas. A Rivadavia y sus generales los burló y aun fué factor de la caída del Presidente de 1826; como Artigas, conquistó a los caudillos y gobernantes de las provincias de la Mesopotomia argentina y celebró con ellos, pactos memorables, para combatir al Imperio y para destruir la tiranía de Rosas; venció en buena lid diplomática a Dorrego, a Balcarce, a Lavalleja, a Alvear.

Cuando era omnipotente en su patria y salía a campaña, los políticos de Montevideo pretendieron, varias veces, socavar su prestigio, envolverlo

en la malla de sus propios defectos. El comentaba en sus cartas, socarronamente, las incidencias, y confiaba en el poder soberano de su presencia para volver las cosas a su quicio.

Sarmiento lo encontró proscripto en Río Janeiro, y pretendió molestarlo con las noticias de paz que llevaba de Montevideo. El caudillo lo detuvo con estas breves palabras: «Montevideo no puede pactar. Montevideo soy yo». El inexperto joven se burló de esta explosión de cólera; pero, pocas semanas después, el desterrado se presentó en Montevideo, sublevó a la guarnición, y nuevamente asumió el comando del ejército nacional.

El Gobernador Dorrego, después de la conquista de las Misiones, le escribió para sincerar a Lavalleja y, creyendo halagar su vanidad, le propuso llevar la campaña a Río Pardo, que era una manera hábil de alejarlo del escenario político. El contestó en términos indiferentes, pero, al pie de la misiva de Dorrego puso, de su puño y letra, este comentario íntimo que ahora recoge la historia: «Yo creo que Vd. y Lavalleja piensan que yo soy zonzo. Hágame el favor de no embromarme».

¡Maravillosa frase! Huella objetiva de un singular soliloquio; gesto que compendia el conocimiento de los sucesos y de los hombres; la seguridad de sí mismo; la convicción de su propio destino; y, junto con ello, la traviesa astucia criolla

que halla las gráficas palabras con que expresar el desdén que le inspiraban sus émulos.

*
**

Jamás jefe alguno amó como él a sus soldados. Cuando, en 1826, se produjo la desorganización del ejército oriental, escribió a su esposa: «No te haces idea de las lágrimas que he vertido y vierto toda vez que recuerdo a mis compañeros. Esta sombra me sigue sobre el alma y a cada instante me llena de pesar.» Lo único que lo consuela, agrega, es que nunca les causó males ni a ellos ni a la patria. Más tarde, al hallarse nuevamente entre sus soldados, no encuentra palabras para expresar su contento de verse «rodeado de muchos fieles y consecuentes amigos que me vitoreaban.» «Estos hombres son para mí lo que son para la patria, ojalá que algún día la historia los señale tal cual ellos lo merecen». Al amor se une la admiración. En un crudo invierno el ejército está desnudo; se conduele ante ello, pero exclama: «en el mundo no hay hombres más buenos que nuestros soldados; es admirable su constancia y su irreprensible conducta moral.»

Aunque amó a todos por igual, los dragones fueron sus soldados predilectos. El Regimiento de Dragones era la guardia sagrada, era el mismo caudillo multiplicado. El lo creó en Montevideo, en 1815, cuando desempeñaba la gobernación de

la plaza, y lo mandó largos años como padre, como hermano mayor, como amigo, como héroe, sobre todo. Lo había llevado a la victoria y al sacrificio, a la gloria y a la muerte. Con sus dragones había resistido, en la batalla de India Muerta, la carga de los veteranos del mariscal portugués Pinto, y con ellos había quebrantado las invencibles caballerías riograndenses de Bentos Manuel y Mena Barreto en Guaviyú, en Chapicuy, en el Queguay, en la retirada del Rabón, donde durante diez horas mantuvieron la continuada carga del enemigo, en diez combates más en que nunca se contó el número de los contrarios ni se pensó en la calidad de las armas. Fueron estos mismos dragones los que le acompañaron en las sableadas del Rincón y Sarandí.

Eran para él como cosa propia. Los conocía a todos uno por uno; los quería con amor de padre; los llamaba por su nombre; los tuteaba; sabía la historia de todos ellos: el pago de donde procedían, su condición y estado, sus vicios y virtudes, las hazañas que habían realizado. Bonaparte solía tirar de los largos bigotes grises a sus «*grognards*», los gigantescos granaderos de la «guardia» inmortalizados en las litografías de Raffet; él bromeaba con sus dragones, les amenazaba paternalmente con su pequeño látigo, y, para premiar los rasgos de valor o las pruebas de fidelidad, solía regalarles una onza de oro envuelta en las jinetas de sargento. Les cuidaba como jefe de

familia más que como jefe militar; recorría los fogones, probaba el asado o el *charqui*, sorbía con ellos el mate amargo, examinaba las armas y los arneses, los abrigos y las provisiones, las carretas y las caballadas. Cuando dormían, él solía velar y recorrer el campamento; visitaba los centinelas y se presentaba de improviso en los puestos de guardia; se deslizaba entre los soldados tendidos; llegaba hasta los que sabía enfermos y les dejaba, con una palabra de afecto, el consejo de salud. Después de las largas marchas o en la noche que sucedía a la batalla, él estaba en todas partes; mientras sus soldados dormían, vencidos por la fatiga, o deliraban, consumidos por la fiebre, él les cubría con una manta, con un poncho, con su propia capa; les hablaba de la familia ausente; les consolaba, les enjugaba la frente sudorosa; les aseguraba las vendas de las heridas y les acercaba a los sedientos labios el agua de su cantimplora.

Todos sus oficiales, hasta los jefes, habían sido soldados o cadetes; era aquella una familia de héroes a la manera antigua. Eran bravos porque para ser dragón había que serlo; eran recios, sobrios e infatigables porque para formar en el regimiento había también que saber soportar el hambre, la sed, la intemperie. Conocían el suelo que pisaban tanto como lo conocía el jefe; eran maestros consumados en la guerra de recursos, en las sorpresas, en los movimientos imprevistos, en las marchas inesperadas, en los ataques bruscos,

en las cargas a fondo. Nadie les aventajó en esta táctica, creada por el caudillo, solamente conocida en América por Páez, el jefe de los llaneros de Venezuela, y Güemes, el caudillo de los gauchos salteños. La fiereza y el ardor que demostraban en la batalla se convertía en mansedumbre en la guarnición y en los campamentos. Nadie respetó la vida, el honor y la propiedad como estos bravos dragones; el pueblo los miró como sus protectores, como «su paño de lágrimas»; adonde había un soldado dragón, dice el caudillo, era acatado hasta por los mismos enemigos. Todos estos valientes, que empuñaban la tercerola y manejaban con inigualada destreza el sable y la lanza, sabían también uncir los bueyes, empuñar la esteba del arado, echar en el surco la semilla, domar los potros, desjarretar a los toros salvajes, pialar las reses huídas, parar rodeo y marcar y castrar a campo abierto.

En el campamento la tropa jamás estaba ociosa. Cuando no se combatía o marchaba, se hacían ejercicios y simulacros; cuando ocurría un hecho importante, él arengaba a la tropa y a los oficiales y los reunía en asambleas festivas; cuando moría un soldado, le hacía enterrar con honores militares; el humo de ocho disparos de tercerola sahumaba la agreste tumba del héroe desconocido.

Estos soldados conocían a su jefe como él los conocía a ellos. Cuando él estaba al frente del Regimiento eran capaces de seguirlo a cualquier

parte. Una palabra, una orden, un grito que partiera de sus labios les enardecía; una proclama les ponía fuera de sí. «¡Viva el Emperador!», clamaba la guardia sagrada al ver pasar la legendaria figura de Napoleón en su corcel de guerra. «¡Viva la Patria!», clamaban los dragones cuando el caudillo blandía el latiguillo, a manera de espada, daba la orden de carga y partía el torbellino de hombres y bestias haciendo retemblar el suelo y llenando el aire con sus gritos atronadores.

Junto a los soldados estaban las familias que seguían al ejército en el convoy de carretas. Era un pueblo en marcha que sufría las alternativas de la campaña y compartía las miserias de los soldados. Iban allí, desde las esposas de los generales hasta las compañeras de los indios *guaycurúes*. En aquella ciudad errante se luchaba, se sufría y se amaba. La muerte iba del brazo con la vida. En los encuentros morían los hombres y en el convoy nacían los niños. En la batalla del Palmar, mientras las carretas comenzaban a ser saqueadas, la esposa del general don Enrique Martínez dió a luz una niña. Fué necesario salvar madre e hija a lomo de caballo.

El cuidaba celosamente de este pueblo errante. Le daba cuanto tenía. Cuando ya nada le quedaba por dar reclamaba de sus amigos víveres y vestidos. En el otoño de 1843, en Maciel, se le presentaron cincuenta mujeres, con sus hijos desnudos,

a pedirle ropa. Nada había en el cuartel general, ni en la caja del ejército, ni en la despensa; pero recordó que algunos de sus oficiales eran muy aficionados a la música: había un hijo del coronel Munilla que cantaba arias italianas; un Cavia que improvisaba canciones; otros que eran payadores. Organizó con ellos un concierto y baile para la noche; el coronel Estivao fué elegido bastonero. En medio de la fiesta se hizo una colecta y se reunieron trescientos pesos para las pobres mujeres. «El día que no hay plata, les doy música, y esto así va», anota el caudillo.

*
**

Este guerrero tenía su estrategia y su táctica que él había inventado. Como Páez, el llanero, era el hombre de los arrojos temerarios, de los geniales rasgos de astucia, de las súbitas inspiraciones. El caballo era su medio de combate; el monte, el río, la sierra, la noche eran sus aliados. Solía conquistar la victoria con una carga inesperada y súbita; otras veces formaba con sus tropas «el corralito» y esperaba el ataque para abrazar y ahogar a los escuadrones; una marcha nocturna inverosímil solía hacer el desierto entre él y el enemigo. Sus caballerías aparecían y desaparecían como si fueran tropas de fantasmas. En Guayabo ganó la batalla con una sola carga, pero, ¡qué carga! Los soldados iban completamente desnudos y su aspecto era tan terrible que, rota

la línea de Dorrego y tomada por retaguardia, sus tropas huyeron aterradas sin que lograsen detenerlas los pistoletazos de sus propios oficiales. «No parecían soldados, semejaban indios o demonios», exclama el jefe vencido. En Chapicuy creyó sorprender a Bentos, pero fué rechazado. Dos horas después volvió a la carga; esta vez lo venció y le quitó las caballadas y el parque. En Queguay Chico hizo lo mismo. Sorprendido Artigas por la noche, él cayó de madrugada sobre los vencedores, los dispersó, les arrebató el botín y los prisioneros, y los restituyó a su general. En el Rabón, con quinientos jinetes mal armados, se batió en retirada, durante diez horas, contra toda la caballería riograndense: dos mil soldados que tenían fama de invencibles. Recorrió doce leguas, y salvó la vanguardia del ejército con pérdida de doce hombres, uno por legua. En el Rincón se vió encerrado con 250 reclutas frente a dos columnas veteranas de 800 soldados imperiales; lanzó por delante parte de las caballadas que acababa de conquistar y él fué detrás, sable en mano, con sus 250 dragones de la muerte acuchillando, destruyendo, aniquilando al enemigo. Cuando se detuvo aquel torbellino había cien imperiales muertos en el campo, y los prisioneros eran más que los vencedores. En el pasaje del Apure los llaneros de la guardia de Páez se echaron al agua, a la conquista de las cañoneras españolas, con la lanza entre los dientes, dando gritos para ahuyentar a los caimanes; en el pasaje

del Ibicuy los jinetes orientales se arrojaron desnudos al río «con los sables asegurados en la cintura y las pistolas atadas a la cabeza», llevando de tiro a los caballos. Mientras nadaban en la corriente, tres infantes, desde una pequeña canoa, rompieron el fuego contra la guardia brasileña. Cuando tomó pie en la margen opuesta, el terrible escuadrón de hombres desnudos cayó como una tempestad sobre los imperiales atónitos, los acuchilló, los dispersó; los que no lograron huir murieron o fueron hechos prisioneros. Veinte días le bastaron luego para conquistar las Misiones y poner en jaque al Imperio. En Arroyo Grande fué totalmente destruído su ejército. El salió del campo de batalla con un grupo de fugitivos, casi desnudo, pues su poncho y sus «prendas» se las tomó Servando Gómez, y se tiró al río Uruguay que estaba desbordado. Tres semanas después estaba en pie de guerra, en el Río Negro, donde reunió los restos de su ejército, las familias y las caballadas, y antes de que el general vencedor llegara a Montevideo, llegó él, al frente de tres mil soldados, los revistó en las afueras de la ciudad, y penetró en ésta, vestido con uniforme de gala, para partir en seguida a hostilizar al enemigo. Esta campaña fué prodigiosa: recorrió todo el país, remontó el ejército, ocupó los pueblos del interior y vino a asediar por retaguardia al ejército sitiador, después de haber librado treinta y dos combates en veinte y cinco meses.

A veces tenía gestos inesperados. En 1815, en plena guerra con Buenos Aires, sorprendió al general Alvear, le tomó el equipaje y la caja del ejército repleta de onzas de oro; días después devolvió el botín al jefe argentino por intermedio de uno de sus ayudantes. Después de la batalla de Sarandí persiguió al caudillo brasileño Manuel Bentos hasta el Yí, y como éste había pasado ya a la otra orilla, le llamó a grandes voces y le apostrofó recordándole antiguas promesas no cumplidas. Cuando cruzó el río Ibicuy se encontró entre dos fuegos: las fuerzas del comandante Oribe que venía en su persecución y los imperiales que, rehechos, se aprestaban a atacarlo. Llamó al jefe brasileño, le dijo que la división de Oribe era la vanguardia del ejército republicano, y le hizo huir despavorido, dejando así abierta la puerta de las Misiones. En 1832, en el Durazno, fué sorprendido por una sublevación. Estaba en cama, atormentado por la fiebre. Los conspiradores penetraron en el patio para prenderle. El se tiró del lecho, saltó la ventana, cogió un caballo, huyó hacia el río Yí que se hallaba desbordado, se lanzó a la corriente, la cruzó a nado y llegó a la orilla opuesta donde, en pocas horas, reunió a sus parciales y, al frente de ellos, atacó la villa y sometió a los amotinados. En 1839, el aniversario de la batalla de Sarandí lo encontró frente al ejército invasor del general Echagüe, donde estaba el general Lavalleja, al mando de una división. Hizo formar al ejército en pa-

rada, frente al enemigo, y ordenó una salva de 21 cañonazos en honor de la victoria de 1825. Anotó el hecho, y agregó este breve comentario: «No sé que pensará mi compadre». Cuando tendía la línea para dar la batalla de Carpintería, al observar los movimientos del enemigo, comprendió que el comando había cambiado: «Mi compadre Manuel está allí», dijo a sus ayudantes. Y en seguida agregó: «Perderemos la batalla». Don Manuel Oribe acababa de llegar al ejército y la batalla se perdió. Cuando en Cerro Largo vió venir la carga que le traía la caballería enemiga, dijo sin equivocarse: «Ese es Servando», y ordenó al coronel Núñez que, con su escuadrón, doblara las lanzas del terrible guerrillero. ¿Quién tuvo como él el don de la adivinación en el campo de batalla?

El general Paz, que fué severo e implacable con él y le juzgó a través de su sabiduría militar, se rinde ante la evidencia de sus aptitudes y hace el elogio de ellas. «Es el primer hombre de mi país como militar», escribe en su «Diario» Brito del Pino. Deodoro de Pascual dice que se le reputaba la primera capacidad militar. «De todos los comandantes de Artigas, concluye, fué siempre el que se condujo mejor como militar y como hombre de orden». Mitre dice que era el más capaz y más humano de los jefes de Artigas y el más acreditado de sus tenientes. «Valiente, sagaz, conocedor del terreno, con dominio moral sobre sus subordinados, querido y respetado por las poblaciones,

era un notable jefe de partidarios». César Díaz, que tanto le fustigó, dice en sus Memorias que sus antecedentes guerreros le asignaron el primer puesto entre las reputaciones militares del país, y agrega: «Nunca era más hábil y sereno que cuando el peligro era mayor y más cercano». El comandante Pueyrredón, otro adversario, dice que «su vida ocupará volúmenes por el papel que ha desempeñado en el gran drama de la Revolución».

Ninguno de sus contemporáneos escapó al poder de fascinación que irradiaba su persona. «Fué el hombre popular de aquel país», confiesa el mismo Pueyrredón. Melchor Pacheco, a pesar de haber sido su adversario, sintió también su influjo. Lo confesó públicamente, y agregó que la fascinación que ejercía nadie la ejerció jamás en el Continente de un modo tan absoluto. El Deán Funes hizo su cumplido elogio, y el Padre Castañeda le llamó el genio de América, y vaticinó que sería el héroe del sud del continente. Así pudo suponerse en 1828. Jamás general alguno provocó igual apoteosis en el Río de la Plata.

*
**

Este infatigable guerrero era magnánimo, generoso y caballeresco. Sarmiento, que tan cruel fué para juzgarlo, reconoció su bondad de corazón y, al hacerlo, dejó constancia de que tal justicia se le debía. Pascual dice que de todos los caudillos de la Banda Oriental fué el más manso y humano;

Dorrego, vencido por él, dice lo mismo. Pacheco, al elogiar su magnanimidad, dice que a sus enemigos y adversarios «les ha dejado la vida, les ha vuelto la libertad, no les ha hecho sufrir ultrajes ni violencias».

Este ganador de batallas tenía horror a la sangre. Ningún prisionero estuvo más seguro que los que él hizo. En 1825 capturó, frente a Mercedes, en acción de guerra, a tres hijos del mariscal brasileño Abreu, oficiales todos; les llenó de atenciones y envió al mariscal a su ayudante Pozzolo para darle seguridades y decirle que podía enviar a sus hijos cuanto deseara; luego los puso en libertad. En plena guerra civil hizo prisionero, en Paysandú, a Manuel Lavalleja, jefe de división y hermano de su rival, don Juan Antonio; lo alojó en su carpa, lo colmó de consideraciones y al día siguiente lo hizo escoltar hasta las avanzadas para que se volviese con los suyos. Durante el sitio grande un desconocido se presentó en su casa de la calle Rincón. Cuando se halló en su presencia, ante la mirada serena del general se le cayó de las manos el arma con que iba a herirlo de muerte. El la recogió del suelo, se la devolvió al sicario y ordenó a un ayudante que aquel hombre fuese expulsado de la ciudad. Cierta vez le trajeron un oficial enemigo acusado de cantar coplas en que se le injuriaba; pidió una guitarra y le obligó a que las cantase en su presencia; luego ordenó a su ayudante que le diese dos onzas de oro y lo puso en

libertad. A los prisioneros de Cagancha los envió a Montevideo, al mando del oficial rendido de mayor graduación, sin más custodia que su palabra de honor.

*
**

Es extraordinario este caudillo que llevaba en su maleta de campo el «Contrato Social» de Rousseau, la «Historia de la Conquista de México» de Solís, las obras de Vatel, y que se solazaba con tales lecturas; que entraba en batalla con un latiguillo en la diestra, a guisa de espada; que, en medio de las preocupaciones de la guerra, pensaba en el Museo y en la Biblioteca Nacional y les donaba sus sueldos para comprar libros; que renunciaba espontáneamente al mariscalato, como había rechazado el título de Barón de Tacuarembó con que quiso agraciarlo el Emperador, y, acaso, una posición principesca, si es exacto el aserto que hizo en 1826, en una carta memorable, y repitió, veinte años después, en 1846, en Río Janeiro, ante Sarmiento, según el cual, Don Pedro I le ofreció la mano de la Infanta Doña María de la Gloria.

Este hombre era frugal consigo mismo, pero pródigo y magnífico con los demás. Cuando se trataba de dar no hallaba dique; lo propio y lo ajeno se confundían y formaban una sola cosa para satisfacer esta irresistible necesidad de entregarse a manos llenas. Cuando organizó la invasión

de las Misiones pretendió vender su casa, a fin de reunir fondos destinados a la campaña; declarada la guerra al tirano Rosas, exigió dinero para el ejército. «No hay que hacer economías a costa de la patria, que me busquen plata con el Ministro, y lo demás a mí me toca hacerlo». Escribió en seguida a su mujer para que vendiese toda su hacienda, para que hipotecase la quinta del Miguelete y todas sus tierras hasta el Manga. No quería que se reservase nada. Solamente se salvó la quinta del Arroyo Seco, donde vivía su vieja madre. En 1840 ordenó se abriese cuenta corriente en varias posadas de Montevideo y en la sastrería de M. Villard para que se alojaran y vistiesen los emigrados unitarios que llegaban huyendo de la tiranía de Rosas y perseguidos por el infortunio. En 1844 mandó vender cuanto quedaba en sus estancias del Arroyo Grande y Queguay para enviar fondos a Montevideo. Ese mismo año donó a la Legión Italiana la mitad de sus campos de Averías, con sus poblaciones y ganados, como «demostración de gratitud por los servicios hechos a la República».

Su fortuna y la de su esposa fueron sacrificadas a esta prodigalidad sin medida. Cuando no hubo estancias, ni casas, ni sueldos quedaron aún para dar los muebles y los aperos de oro y plata, las joyas, los objetos del uniforme, su propia ropa. Aquel hombre no tenía compostura. ¡Y es a este pródigo, que de tanto dar nada le quedó, que llegó

al extremo de no tener en sus últimos y melancólicos años ni para comprar tabaco, ni para pagar quién le lavase la ropa, a quién se le abrió proceso porque las cuentas de su administración militar en campaña no estaban claras! ¡Cómo habían de estarlo! ¡Si hasta cuando tuvo a su lado ministros como José Ellauri, Francisco Llambí, Manuel Oribe, Juan María Pérez, Lucas Obes y Santiago Vázquez no logró poner en claro el maremágnum que se había hecho con su propia hacienda y la de la comunidad!



El amor le requirió constantemente; las rústicas paisanas se sentían atraídas por aquel hombre hermoso, valiente y pródigo. A veces quedó el fruto de aquellos amores de paso que le valieron el mote de «padrejón», que luego Rosas transformó en «pardejón» para negar la cepa hispana del caudillo. Así se multiplicaron los ahijados, protegidos y allegados.

Sin embargo, este Don Juan selvático amó tiernamente a su esposa y le consagró el más noble de los cultos. Siempre que pudo la tuvo a su lado: en la paz y en la guerra; en la época de prosperidad y gloria y en la de pobreza y destierro. También, ¡qué mujer aquella! ¡No pudo hallarla mejor el caudillo! ¡Qué fidelidad, qué abnegación, qué valor, qué espíritu de caridad y sacrificio! Desde 1815, apenas desposada con el caudillo, comenza-

ron sus azares. Ese año fué conducida, prisionera, al Fuerte de Gobierno, y luego recluída en una casa de familia por el gobierno porteño. En 1817, gracias a la velocidad de sus caballos, burló a los portugueses que la perseguían para internarla en la Ciudadela. En esa época tuvo que huir constantemente del poblado y ocultarse en los montes para que no la sorprendieran los enemigos. En cierta ocasión escapó a los perseguidores, enancada en el caballo de su compadre, don Joaquín Suárez.

Se la ve correr así a través de la campaña: en coche cuando puede; en carreta las más de las veces; a caballo otras. Sigue de cerca la marcha del ejército y se presenta en él en todos los momentos solemnes. Los soldados la admiran y reverencian; ella les devuelve en dádivas y afecto esta devoción. Por él y la Patria es capaz de tomar una tercerola y un sable. Con él llega a la cumbre del poder y de la gloria, y con él parte el pan del ostracismo, de la miseria y del olvido.

Este amor es un poema que ha quedado escrito en las cartas que recíprocamente se dirigieron. Jamás dos seres se compenetraron más profundamente. Habían nacido el uno para el otro. Unidos o separados por la distancia y los sucesos no dejaron nunca de confundir sus pensamientos, de confiarse sus cuitas, de darse mutuo consuelo. Son cuarenta años en que el amor no envejece. «Te amo, te amaré eternamente, de otro modo no habría sido tu esposo»; «Mucho me he acordado de

ti después que te fuiste; te tenía presente como si estuviese hablándote»; «estar a tu lado aunque sea sumido en la oscuridad», le escribe él. Ella devuelve con creces estas palabras de amor en que su alma se ofrece en su hermosa y casta desnudez. Le escribe cuanto puede y, a veces, varias cartas en un día. «Todas mis cartas son un pliego aunque esté sin aliento para escribirte», le dice. «Hace media hora te escribí», empieza otra de ellas, y luego sigue un desbordamiento de ternura: «No he cesado en toda la noche de acordarme de ti». «Ayer, apenas saliste, me eché a llorar en verte el semblante que te veía». «Ya estoy mejor desde que he recibido tus cartas». Siempre encuentra la frase que todo lo dice. Separada de su esposo por la distancia y por los ríos desbordados, clama solamente: «¡Quisiera volar!» Cuando recibe la noticia del triunfo del Rincón le envía estas cuatro palabras: «Te mando mi corazón». Es el pago de la victoria.

El pago de la conquista de las Misiones fué mucho más. Cuando, en 1827, se entera de que está en Buenos Aires, quiere ir a verle; pero, no tiene cómo ponerse en viaje; no posee ni un real y está descalza; vende su negro esclavo para lograr recursos, pero se lo devuelven porque está enfermo; quiere empeñar «unas galas» y sólo le ofrecen tres pesos; obligada a quedarse en la casa, le envía, en cambio, a sus amigos, a sus ahijados, a sus criados, a sus peones. ¡Qué felices son

todos ellos que van a verle! A ella le resta el consuelo de las lágrimas y la esperanza, jamás perdida, de hallarse otra vez a su lado. Cuando, ya realizada la cruzada, logra ponerse en marcha hacia Misiones, se produce en ella una explosión de alegría e impaciencia. Como el viaje es largo y azaroso, se aflige, pero en su aflicción halla consuelo. «Todos me hacen burla por lo afligida que estoy, pero a mí, lejos de abochornarme, me llena de satisfacción». Su felicidad quiere estallar en nuevas confesiones, pero, como siempre, halla la frase que todo lo encierra: «¡lo dejo para nuestra vista!» ¡Qué hondo e interminable abrazo debió unir a los esposos en el tálamo de las Misiones, en el misterio de la noche tropical, en el silencio del campamento dormido! ¿Hubo, acaso, mayor premio para el corazón del héroe, ni mejor guirnalda para su frente?

Cuando los azares de la guerra y los de la vida los aleja, sus corazones permanecen perennemente unidos. Se escriben sin cesar; se envían mutuamente objetos, recuerdos y golosinas. El recoge para ella cuanta curiosidad encuentra en sus correrías: chucherías, nimiedades: un pico de tucán, una piedra de agua, un caracol de río, «cosas para el museo de la quinta». Desde Entre Ríos le envía naranjas, duraznos y guindas; desde la frontera del Brasil três monedas dobles con el nuevo cuño imperial y el busto de Pedro II; desde el Durazno su reloj «para que lo use»; desde Maciel le manda

un «mate bordado» con «bombilla de plata con tembleques», para que su hijo tome mate de leche en el colegio, y «el único vaso que tenía para beber agua» a fin de que lo use su hijo Pablito. A todo ello agrega, de aquí y de allá: un pañuelo con las armas republicanas, un pañito comprado en Gualeguay. Ya no sabe qué «chiches» buscarle y le encarga que compre para ella las alhajas que llevará a Montevideo un comerciante francés. Cuando llega a la Aguada, le destina los dulces de los óleos de sus ahijados y se cambian ramos de flores. «Las tuyas las conservo en el cuarto», le dice. Ella le envía, además, «cigarros hechos de sus manos», dulces y frutas, un tarrito de sardinas, ropa de repuesto, la cartera, la cadena de pelo para el lente, un cortaplumas, un peine, un lápiz para el bolsillo, una tenacilla para tomar el cigarro. A todo ello agrega amorosas palabras de estímulo y confianza.

El le confía sus secretos pensamientos, le traza sus planes de campaña, le anuncia las batallas que va a librar y la impone de su estrategia. Jamás deja de recordar los aniversarios íntimo y los de los grandes sucesos: el Guayabo, su primera gran batalla, el Rincón, el Sarandí, Las Misiones. «Hoy es el aniversario de la toma de las Misiones»; «en este momento voy a oír Misa, a dar gracias al Altísimo porque aun contamos con satisfacción aquel memorable suceso».

Ella silenció, estoicamente, los amores de paso

del esposo alejado durante largo años del hogar y rodeado de ocasiones propicias a la aventura. Alguna vez la inquietud dejó su rastro en la letra temblorosa: «ese maldito pueblo de Durazno es capaz de hacer olvidar todo». Canelones le inspira también desconfianza, pues hay allí una persona que interesa al caudillo. Se lo dice con simple franqueza. El la reconviene amorosamente: «haces una injusticia a mi cariño y a lo que tú vales para mi corazón. Nunca le haré yo la injusticia de dar a nadie ninguna preferencia, ni menos ocasionarle un pesar, como sucedería, toda vez que yo hiciese preparativos de obsequios para otras personas que no fueras tú y nuestra familia». Y agrega con leal espontaneidad: «Soy hombre, tengo como otro cualquiera mis afecciones y mis defectos, pero nunca me acusará el observador de mi conducta ni de que he dejado de llenar mis deberes para con la sociedad y especialmente para contigo». Y concluye: «Sé bien lo que tú mereces para mi alma: lo que te debe tranquilizar ahora y siempre».

Así vivieron unidos hasta la muerte. Así la llamó él cuando, de regreso a la patria, después de siete años de destierro, sintió que aquélla le salía al paso en pleno desierto, le acosaba y le vencía en medio de la soledad. Ella partió en su busca sin perdonar día ni noche.

El viaje cobra el color y el relieve de la tragedia antigua.

En las asperezas de Mansavillagra ella divisó

una fuerza de caballería que avanzaba haciendo escolta a un carruaje. Creyó al instante que iba a abrazarle, pero el coche venía cubierto de negros paños y sobre las banderolas de los lanceros que lo custodiaban flotaban fúnebres crespones. Cuando el cortejo se aproximó, uno de los enlutados lanceros se adelantó a gran galope y dió a la soledad este grito: «¡El General ha muerto!».

El cuadro es más grande y primitivo que la escena homérica. Andrómaca sale con la muchedumbre, a las puertas de Troya, a recibir el cadáver de su esposo Héctor; al verlo se lanza sobre él, estalla en gritos de dolor y, en medio de su desesperación, se arranca los cabellos. Esta otra heroína tropieza con el cadáver de su esposo en medio de la soledad del campo, y aun cuando se siente morir de dolor, se bebe las lágrimas, se aprieta el corazón y vuelve con él silenciosamente a la ciudad para darle sepultura.

*
**

Junto a ella está la madre del caudillo, otro de los motivos de su ternura. En el corazón del hombre sigue viviendo intacto el apasionado amor filial del niño. La anciana madre es para él la permanencia del recuerdo del hogar paterno: el noble padre, la bulliciosa prole, Bernabé, hermano predilecto más que sobrino, casi todos tempranamente desaparecidos.

Cuando su esposa le anuncia en una carta, que su madre está enferma, se inquieta, sufre, se siente niño; recomienda que la asistan los mejores médicos; le envía una vaca lechera para que se alimente. «Permita el Cielo que yo tenga la dicha que ella mejore», exclama. «Dile que su hijo siempre piensa en ella así como en ti», agrega. Cuando recibe la noticia de la muerte de la anciana no se puede contener: sus ayudantes le sienten sollozar. «Hasta ahora me suenan en los oídos las últimas palabras de Madre el día que partí de ésa», escribe a su esposa, más con lágrimas que con tinta.

Aun le sobró afecto para repartir entre sus hijos, ahijados y allegados, y también entre la servidumbre. Era un desbordamiento de amor paterno, infelizmente no satisfecho en el tálamo conyugal, pues el fruto de él murió, en edad temprana, durante las guerras de la primera independencia. Sus «tiernos restos», sepultados en el humilde camposanto de un pueblo de campaña, recibieron muchas veces el tributo de las lágrimas del guerrero.

La quinta del Arroyo Seco y la casa de la calle Rincón tuvieron sus puertas siempre abiertas a los niños que llegaban. El enviaba, desde campaña, a sus ahijados, para ser educados en la capital. Su esposa, entre tanto, recibía huerfanitos o párvulos que le ponían a la puerta. En 1820 tenía veinte niños a su cuidado. En 1840 anunciaba todavía a su esposo que le habían «echado dos huerfanitos», y agregaba: «de modo que hay tres con ama».

De todos ellos, alguno, como Pablo, el hijo adoptivo, atrajo con mayor intensidad el amor paternal del caudillo. Desborda éste en las cartas íntimas. Jamás lo olvida; con sus besos le envía la bendición; se desprende de los objetos que le son necesarios en campaña para que él los use; lo llena de regalos; crea la ficción de que manda uno de sus escuadrones; le da cuenta del comportamiento de sus clases y soldados, y se complace con el pensamiento de que, cuando sea hombre, ha de sustituir a Bernabé, el hermano más que el sobrino, a quien tanto lloró muerto y a quien nunca olvidó.

*
**

¡Singular personaje! «Su vida parece sacada de una novela», dice Marcel Chevalier de Saint-Robert, el Secretario del Barón Deffaudis, Ministro de Francia en el Río de la Plata. Y luego traza esta breve pero aguda semblanza del personaje: «Jamás un hombre ha tenido en lote una felicidad tan grande contrariada por tantas vicisitudes. Una y otra vez jefe de estado o simple jefe de partido; viviendo principescamente en Montevideo o como un gaucho en la campaña; amo de la República, proscrito y prófugo; prodigando los millones por la mañana y mendigando una onza de oro por la noche; un día se le ve arrastrar tras sí pueblos enteros, y al día siguiente, se le halla abandonado y errante en el semi desierto de la campaña. Pone

ejércitos en pie, los pierde, y forma otros. Defiende a Montevideo o lo sitia; libra en todas partes batallas; sale vencedor, y sale a veces vencido; pero recomienza siempre. Llamado por el Gobierno para salvar la Patria, en seguida es arrojado al ostracismo. El mismo Gobierno le vuelve a llamar para rechazarle otra vez».

Así era este hombre extraordinario a quien la suerte le volvió definitivamente la espalda en los últimos años de su vida, y solamente le brindó, desde entonces, proscripciones, hierros, miserias y tristezas. En 1852, después de cinco años de penoso destierro, cautivo todavía en la fortaleza de Santa Cruz, escribía a un amigo: «Si no me matan y me dejan volver a mi país, iré a contarles a los viejos como yo, lo que quiere decir libertad y principios regulares». Ese mismo año preguntaba al mismo amigo por su capataz Albornoz y por su antigua estancia de la Capilla del Palmar «a ver si para el futuro podemos contar con algo para tener con qué existir». «Gracias al cielo — añadía — que todavía vivimos haciendo sacrificios que no se pueden referir; pero baste decirle que los más de los días no tengo con qué comprar cigarros».

La vida era dura en la tórrida isla. Más que prisionero parecía un eremita a quien faltaban las comodidades más esenciales. Su mesa llegó a ser la del soldado; no tenía quien le lavara la ropa; no se podía bañar porque cada baño le costaba dos patacones. Se pasaba largos días sin abandonar

su humilde habitación de prisionero, abrumado por el calor sofocante, acosado por sus sufrimientos, sumido en profundas y melancólicas reflexiones, vuelto el pensamiento a la patria, a la esposa ausente, a la familia, a los amigos, a Dios, pues había conservado intacta, a través de su tormentosa vida, la fe religiosa de sus mayores. Cuando se lo permitían, se paseaba silencioso y abstraído por las explanadas y, a veces, se aproximaba al parapeto para mirar las verdes aguas tropicales y aspirar la brisa del océano que venía del inmenso horizonte abierto a morir en los verdes morros y a aplacar su fiebre y su congoja. Hubo días en que creyó morir, y muchas veces pensó que aquella roca sería su Santa Helena. «Mis nietos tendrán que venir a buscar mis huesos llenos de cicatrices», consigna estoicamente en una de sus últimas cartas.

Cuando, tras largos años de desierro y cautiverio, viejo y enfermo, logró abandonar el tórrido peñón, era sólo sombra de lo que había sido. Partió hacia el sud, ávido de llegar a la Patria. Para apresurar el instante en que nuevamente pisaría su suelo, se dirigió, por Río Grande, a la frontera, acosado por el mal que no le daba tregua. Logró alcanzar la tierra oriental y penetró en ella para extinguirse en la soledad de la campaña, en un mísero rancho que le sirvió de albergue de paso, y a través de cuya ventana vió salir por última vez el sol, el 18 de enero de 1854.

Tal fué Fructuoso Rivera.

MELCHOR PACHECO Y OBES

I

EL HOMBRE

Cuando se erija la estatua de Melchor Pacheco y Obes, será necesario que, el artista que la modele cree una figura inquieta, fina y expresiva. «Era de talla baja, y tan sumamente delgado y rubio que parecía un niño», dice su contemporáneo y amigo, don Lorenzo Batlle. Así aparece en un daguerrotipo de 1848, y así lo pintó Eduardo Carbajal en el retrato al óleo que figura en el Museo Histórico de Montevideo. Con su cabellera y su barba de oro, recuerda a los donceles y caballeros con que Ghirlandajo, el maestro de Rafael, al decir de Taine, pobló los frescos de las iglesias de Florencia. En el basamento de la estatua habrá que colocar los símbolos de la patria, de la libertad y del honor, porque el amor a la patria, la pasión de la libertad y el sentimiento del honor fueron las grandes fuerzas morales que movieron a esta intrépida figura.

La patria que amó es la que exalta el Himno Nacional:

Orientales, la patria o la tumba.

Es la patria que está en el corazón y en el entendimiento; pero, sobre todo, en el corazón. El amó con irrefrenable pasión a la pequeña patria que le deparó la Providencia: patria desgarrada por guerras exteriores y luchas intestinas; patria que, a menudo, fué, para él, potro de tortura, y, constantemente, motivo de tristeza y melancolía.

La libertad, por la cual rompió lanzas, es también la libertad romántica del Himno:

Libertad, libertad, Orientales!

Se embriagó de esta épica libertad hasta sentirse tan poseído de ella, que, en un momento solemne de su vida, exclamó: «Soy más que un ciudadano romano, soy un ciudadano de la Libertad».

El sentimiento del honor que llenó su corazón fué estricto, inflexible, terriblemente dinámico. Este sentimiento se manifestó, como en el caballero de la Mancha, con grandes gestos y palabras altisonantes; pero, sobre todo, se exhibió en ese género de actos y acciones en que se juega todo cuanto el hombre puede jugar, incluso la vida.

Había nacido en 1809, cuando aun no estaban definidas las nacionalidades platenses. No se sabe,

a ciencia cierta, si nació en Buenos Aires o en el pago de Paysandú, donde su familia tuvo vastas posesiones.

Su padre, don Jorge Pacheco, ejerció allí las funciones de delegado militar y preboste de la Santa Hermandad. Este antiguo hacendado y vecino de la Banda Oriental figura en el cuadro de las milicias coloniales con el grado de capitán. El hijo pintó al padre, por mano de Alejandro Dumas, como «hombre de fuerza hercúlea, de figura gigantesca y singular perspicacia». Pacheco el viejo era, según él, «el tipo de aquel valor caballeresco del mundo antiguo, que atravesó los mares con Colón, Pizarro y Vasco de Gama». También insinuó que don Jorge debió haber sido el jefe de la insurrección oriental, por propia deliberación de Artigas, y que ello no fué así porque, sorprendido en sus dominios de Casa Blanca por los españoles, éstos malograron el pronunciamiento. Otros le han atribuído la invención del «enchalecamiento», suplicio que consiste en encerrar al reo en un cuero de vaca fresco, fuertemente cosido, y ponerlo al sol, a fin de que la lenta contracción que se produce en el cuero, al secarse, cause la sofocación, el apretamiento y la muerte del reo. La esposa fué el polo opuesto de este carácter. Doña Dionisia Obes, hermana de don Lucas, tuvo la belleza fina y aristocrática de su familia, a la que se atribuye estirpe inglesa y parentesco con el filósofo Hobbes. «¡Pobre mi madre!, — escribió, en

una hora de intimidad, el hijo, — no ha conocido sino la desgracia, y eso que había en su alma todos los elementos para sentir la dicha. Dios, sin embargo, que dota las almas de sensibilidad o egoísmo, es justo». Esta niña delicada y frágil fué un remanso en la torrentosa vida de don Jorge. El rudo señor, al regresar de sus terribles cacerías de contrabandistas y bandoleros, o de sus épicas luchas con los «jaguaretés» y los toros salvajes, se sentía niño en brazos de aquella mujer que, con sus pálidas manos, le alisaba la rebelde cabellera y le enjugaba la sudorosa frente. En el misterio de la vida se fundieron y mezclaron la vibrante sensibilidad y la aptitud sentimental e imaginativa de la madre con la indómita fiereza del padre. Así surgió el niño, brote de los dos fuertes linajes, cuya ascendencia se acendró en el crisol de la conquista, la colonia y la Revolución.

Sus tiernos años corrieron en Buenos Aires y en Paysandú. En la ciudad sintió el influjo de la tertulia familiar: próceres, militares, sacerdotes, políticos, grandes matronas, que todo ello fueron y siguieron siéndolo sus parientes los Pacheco, los Obes, los Herrera, los Batlle, los Ellauri, los Alvarez, los Gelly, los Ferreira, los Chain, los Blanco, los Stewart, casas todas de estirpe colonial y patricia.

Las largas temporadas que pasó en el campo, lejos de las caricias maternas, dejaron en su espíritu profunda huella. Impresionable y sensitivo,

exaltado por precoces lecturas, como a Chateaubriand niño, en Comburg, le sobrecogía secreto terror cuando, en la soledad del caserón de Casa Blanca, se veía en presencia de la adusta y recia figura del padre. A veces, don Jorge lo llevaba consigo a las faenas del campo. El niño, en aquellas ocasiones, puesto en contacto con la naturaleza, experimentaba impulsos irresistibles que le hacían lanzar su caballo a la carrera, en persecución del ganado fugitivo, para regresar luego al rodeo y permanecer silencioso e inmóvil hasta la hora del regreso.

Su tío, el doctor don Lucas Obes, a quien el niño profesó verdadero afecto filial, que aquél retribuyó tiernamente, se encargó de su educación y lo envió, con su hijo Máximo, a Río de Janeiro, al cuidado de don Nicolás de Herrera, casado con otra Obes, a fin de que iniciara, en un liceo de aquella corte, el estudio de las humanidades. El espectáculo del trópico despertó su imaginación infantil y aguzó en él el sentido de lo pintoresco y de lo magnífico. Este destierro avivó, además, la sensibilidad del niño, quien ahogó la nostalgia del hogar embriagándose con lecturas furtivas que dejaron en su espíritu huella perenne. Las «Confesiones» y la «Nueva Heloísa» de Rousseau, el «Werther» de Goethe y la «Atala» de Chateaubriand, leídos en presencia de la esplendorosa naturaleza brasileña, exaltaron su pubertad y le hicieron caer en una especie de ardoroso ensueño.

Se lanzaba en los días de asueto a los aledaños de la corte, se sumía en la contemplación del mar, trepaba los maravillosos cerros, se sentaba en los peñascos a escuchar el rumor de las olas y de las pequeñas fuentes y cascadas, se internaba en los bosques y permanecía largas horas tendido sobre el césped, extático, oyendo el zumbido de los insectos y el canto de las misteriosas aves del trópico, saturado del voluptuoso vaho que brota de la tierra húmeda y caliente, aspirando las capitosas emanaciones de los helechos, las calagualas, las araucarias, las palmeras gigantes, los plátanos lujuriosos, el hipnótico perfume que exhalan las flores de monstruosas corolas, cuyos cálices fabulosos ocultan el sueño y la muerte. Este pequeño René recuerda a aquel otro que, en la inmensidad de las florestas del norte, iba también, de árbol en árbol, de peñasco en peñasco, de fuente en fuente, poseído de la frenética embriaguez del ensueño.

La realidad disipó la quimera del adolescente, que tuvo que regresar a Buenos Aires, con el fin de iniciar allí estudios superiores. El momento era propicio. Las reformas de Rivadavia habían producido una verdadera inquietud espiritual, estimulada por los debates de la Legislatura y del Congreso Constituyente. El halló tiempo y manera, a pesar de las exigencias de las aulas, para asomarse a las tribunas de la Legislatura que sesionaba, en aquella época, en el antiguo salón del Consulado.

Desde allí se le apareció la Asamblea como el

escenario de un teatro y oyó, conmovido hasta las lágrimas, los arrebatos de elocuencia del doctor Agüero, la oratoria académica del Deán Funes, los discursos atildados y elegantes del doctor Gorriti y del doctor López, la palabra afluente del doctor Valentín Gómez. Vió allí, también, como la vió don Vicente Fidel López, siendo niño, la imponente figura de Rivadavia, engrandecerse, arrebatada por el ardor de la improvisación. Más tarde, el hombre repetía aun, de memoria, las cláusulas de los discursos que había oído siendo niño.

Todo aquello quedó flotando en su espíritu, conjuntamente con frases tales como «soberanía popular», «derechos del pueblo», que, aun cuando en aquella edad fueron entendidas a medias, despertaron su instinto de libertad y justicia. Estas mismas frases las volvió a hallar en los libros de la biblioteca de su tío, don Lucas. Tropezó allí con los discursos de la Convención y de la Asamblea Nacional francesa, con la Historia de Grecia y Roma y con la relación de las campañas de Napoleón. Leyó deslumbrado aquellos libros y aprendió de memoria las grandes frases de la antigüedad clásica, los discursos de Mirabeau, los apóstrofes de Dantón y Robespierre, las arengas y proclamas de Bonaparte. Esta literatura encendió su amor a la república y le hizo soñar con futuras empresas cívicas y con la gloria militar.

Los sueños de esta adolescencia inquieta, exacerbada por nuevas lecturas románticas, dejaron

en su sensibilidad como un constante fermento que, ora se manifestaba en impulsos de exquisita ternura; ora en frenéticos arrebatos de ciega pasión; ora en verdaderas crisis de extático ensueño; ora en sostenidos períodos de formidable dinamismo. El mismo Batlle precisa esta peculiaridad de su carácter cuando dice: «Tenía un temperamento fogoso y apasionado. Cuando nada lo estimulaba era indolente y perezoso, al punto de pasarse los días acostado, somnoliento, o entregado a la lectura; pero que una ocupación cualquiera lo pusiese en acción, era activo y constante... Era tenaz e incansable, a punto de no admitir dilación, removiendo y dominando cualquier inconveniente o resistencia que le embarazase».

Había, además, en el fondo de su ser, algo de tormentoso que recuerda aquel sentimiento irrefrenable que arrastra a los héroes de Byron y que dió vida a los «fatales» de la novela romántica. En su diario íntimo se hallan frases como éstas, dignas de «Childe-Harold» y de «Don Juan»: «Cuando el cielo se encapota y encontrados elementos parecen presagiar la destrucción de lo creado, otros sufren y yo gozo. La furia del huracán, el brillo del relámpago y el estallido del rayo, tienen algo de armonioso con mi ser, ¿es éste, por ventura, un sentimiento de odio a la felicidad que parece amenazar los torrentes?» «Cuando entro a un jardín, mi primera idea no es hacer ramos, sino romper flores; cuando estoy en lo alto de

un cerro, mi primera idea no es bajar, sino saltar. ¿Qué hay después del salto?»... Y a todo esto agrega esta confesión que tiene singular valor psicológico: «Pocos me aman y yo anhelo el amor de pocos; muchos me aborrecen y yo no sé aborrecer; en esto debe haber algo de culpa mía, que yo no conozco, ni conociéndolo me enmendaría: a veces creo que tengo algo de hierro en el alma, ¡quién sabe!»

La mujer conmovió su corazón en edad temprana. Sus amores fueron romancescos. Se casó en Paysandú, siendo casi niño, luego de un idilio mitad pastoril, mitad guerrero. Fué su novia Manuela Tejera, a quien condujo al altar, ostentando el uniforme de teniente, en una breve tregua de la guerra de la independencia, entre batalla y batalla. Clarines marciales sonaron como fúnebre presagio en la bendición nupcial. Este romance de amor fué apenas un sueño, pues la joven esposa murió muy pronto dejándole un niño a quien él dió el nombre de Máximo, que era el de su primo y compañero de estudios y de armas, Máximo Obes.

La vida militar lo sustrajo a la honda tristeza de su prematura viudez. Más tarde, se enamoró en Montevideo de Matilde Stewart, una bellísima mujer que se convirtió en su musa y Dulcinea, y a quien recién logró desposar en 1853, ya en el ocaso de su vida. Los versos que escribió para ella, las cartas que le dirigió, las dedicatorias con que le envió libros y obsequios desbordan honda pasión,

exquisita ternura, purísimo afecto, y revelan cómo este hombre supo conservar, a pesar de los terribles episodios que menudearon en su atormentada existencia, la pureza y candor del sentimiento.

Su amor a Matilde fué precedido de un período de indecisión sentimental en que su alma fluctuó entre varias mujeres que por igual lo atraían. El había escrito en su diario íntimo: «La mujer es el elemento de toda nuestra dicha y la fuente de todas nuestras penas; si pensásemos el bien que nos dan con el mal que nos hacen, ¿de qué lado caería la balanza?» Y precisó luego: «Gusto mucho de las mujeres lindas, pero sino tienen linda el alma las aborrezco en proporción: son la copa de oro henchida de cicuta». Por fin, agregó: «Si M... me pidiese un imposible pasaría toda mi vida tratando de realizarlo; si A... me lo pidiese moriría desde que no lo realizase. He aquí definido mi afecto a las dos».

Esta crisis sentimental tuvo por teatro la quinta de Hocquard, en la Aguada, donde su juventud, su viril belleza, su romanticismo y su elocuencia producían honda impresión en las niñas que asistían a la diaria tertulia, quienes, también cautivaban al joven militar, cuyos sentimientos oscilaban entre los encantos de Matilde, de Antoñita, de Rosita, de Clementina, de Lisarda, de Anita, y de otras todavía, a quienes llamaba, en común, «las sílfides de la quinta». En la encantadora intimidad de la tertulia de la quinta, al partir para

dar cumplimiento a una singular misión que le confió el general Rivera, en 1842, ante las autoridades de Río Grande, que tiene relación con los sueños federalistas que alimentó el caudillo, y que no eran otra cosa que el legado espiritual de Artigas, prometió a cuatro de sus predilectas amigas escribir para ellas un diario de viaje. Cumplió el joven caballero su promesa, y en ese diario, junto a pintorescas descripciones de paisajes y escenas, y a reflexiones filosóficas y morales, estampó íntimas confidencias sobre el sentimiento que le inspiraban sus amigas. «Son las ocho de la noche, escribe, y no obstante que la trotada me ha rendido voy a escribir mi diario. Se me figura que en este instante mis amigas, en torno a su buena chimenea, recuerdan a quien tanto las ama, y que en ese mismo sitio mil veces ha sido feliz mirando sus encantos. Un trono cambiaría yo ahora por un lugar junto a esa chimenea».

En este viaje la imagen de Matilde se posesionó definitivamente de su corazón. La Reina, la Virgencita, como la llamaba, impuso su imperio sobre las demás. Antoñita, a quien llama la Patrona, fué el hada protectora de estos amores; las otras, la corte de amor que rodeaba a la mujer amada, aquélla ante quien quería prosternarse para gozar las delicias, los halagos, la gloria que para él eran «tan dulces como el sonido de esta indefinible palabra: ¡Matilde!» «Tú, mi virgencita, estampa en el diario, en esa existencia toda moral con que

nos encantas; ajena a las miserias de la humanidad que se cree grande cuanto te mira; hermosa en el cuerpo, excelsa en la inteligencia; tú, cuyos momentos son bellas acciones; cuyos afectos son sensibilidad; tú que en donde quieras excitas el entusiasmo, y no miras sino rendimientos; tú que sabes que el hombre que se te acerca purifica su pensamiento de todo afecto terreno, y apenas se atreve a respirar el perfume de tu bando virginal; tú, en fin, que eres emblema de la perfección y pureza, comprenderás difícilmente la mujer que he descripto. La altura en que estás, el incienso que se quema a tus plantas, no deben permitirte pasear la vista por una vida que se agita en el lodo. Palpando este cuadro me constristaba, pero luego divisando el que ofrecen tú y mis demás amigas, conocía dulces consuelos. Me figuré un momento el que hubieras nacido en el continente y esta idea me horrorizó, pero luego conocí que si este pueblo tuviera una mujer como tú, estaría de rodillas ante ella, y daría otra posición a su sexo. El Cristo vió la luz en un establo, y reyes vinieron a adorarlo: Tú, pues, donde quieras, cual eres, serías el hechizo, la reina, el dueño de cuanto te conoce».

Esta aptitud sentimental le hizo amar, compadecer y proteger a los débiles. Los niños fueron el encanto de sus días serenos. Amó tiernamente a su hijo, Máximo, y en todas las circunstancias de su vida a él volvió su pensamiento. A los hijos de

su primo, Manuel Herrera, los quería como si fuesen sus propios hijos; jugaba con ellos, les ponía los más festivos apodos, les llamaba jocosamente «Coletín Polete», «El Hombrecito», «Cangalla», «Doña Cotorontón». En estas y otras ocurrencias desborda el sentimiento de tierna intimidad, la aptitud para experimentar intensamente los goces de la vida de familia, la jovialidad de su carácter, jovialidad sana y sin hiel que él supo conservar intacta y conciliarla con los sinsabores cotidianos. En las horas angustiosas del Sitio Grande solía desplegar el ceño para lanzar una frase aguda o simplemente festiva; en el destierro se burlaba de su propia miseria; en 1849, en París, apodaba cariñosamente a su joven secretario, Mariano Ferreira, «Monsieur de la Marianè», y en los días de mortal congoja de su última enfermedad todavía lograba vencer la tristeza de verse morir en la plenitud de sus años, y retemplaba el ánimo de los suyos con ingeniosas ocurrencias o improvisadas estrofillas.

Hizo también de la amistad uno de los cultos de su vida. Se dió a sus amigos, con tal prodigalidad de afecto, que, a menudo, se olvidó de sí mismo. Tuvo para Máximo Obes, para Francisco Tajes, para Jacinto Estibao, para Lorenzo Batlle, para Garibaldi, para César Díaz, para Marcelino Sosa, para Andrés Lamas, para Manuel Herrera, para Juan Carlos Gómez, para Fermín Ferreira delicadezas de afecto que, a menudo, llegaron al sa-

crificio. «Se fué usted, mi querido Juan Carlos, le escribía a Juan Carlos Gómez en el destierro, sin que tuviera el doloroso placer de darle un abrazo, y esto lo sentí, como que perdía en usted uno de los muy pocos amigos que he encontrado en la desgracia». Y al anunciar a su amigo días de paz y de ventura, agregaba: «Cuando este porvenir se realice, usted de vez en cuando tendrá un recuerdo para su desgraciado amigo, ¿no es verdad, mi querido Juan Carlos?». Cuando el coronel Estibao sucumbió en el puesto que él le había señalado al estallar la revolución del 1.° de Abril de 1846, escribió a su viuda para darle el dulce nombre de hermana, puesto que era fraternal el cariño que a él y al esposo muerto los había unido, y para reclamar el derecho y cumplir el deber de velar por los hijos de su amigo.

Por educación, y por natural inclinación espiritual, se sintió poseído del sentimiento religioso. En la prosperidad y en la adversidad, siempre elevó el pensamiento al Dios de sus padres y le confió los destinos de la patria y la suerte de las personas a quienes amó. Practicó e hizo practicar el culto cristiano como una necesidad del corazón, y como un medio de defensa del orden social. «Mi base esencial en el Gobierno, dijo cierta vez, es la conservación de la Religión del Estado». Su imaginación le tornó, sin embargo, supersticioso. Afirma don Lorenzo Batlle que «jamás emprendía cosa de importancia en día martes», y agrega que

«le aconteció notar, al salir una vez de su casa para una empresa, que había bajado el umbral con el pie derecho y subió inmediatamente para partir con el izquierdo, porque había leído que un pueblo de la antigüedad tenía la preocupación de que salir con este pie era signo de buena fortuna».

Este hombre tenía que ser pródigo y lo fué en términos increíbles; fué pródigo de su persona, de su vida, de su fortuna, de su propia pobreza. Cuando se inició el sitio de Montevideo ordenó que fuese desalojada la casa paterna e instaló en ella un hospital; en los días que precedieron y sucedieron a la revolución de Julio de 1853 entregó todo lo suyo, y parte del patrimonio de su hermano Manuel, a su partido; vendió cuanta cosa de valor había en su casa, incluso los objetos de su uniforme; enajenó sus sueldos futuros; tomó dinero al cuatro por ciento mensual; puso a contribución a todos sus amigos; y sobre estos sacrificios se cimentó el triunvirato de Setiembre.

Este aparente desorden no llegó jamás a perturbar su noción estricta y rígida del deber. En ello fué inflexible; jamás faltó al compromiso contraído ni a la palabra empeñada; no hubo fuerza humana capaz de torcer su conciencia ni de obligarlo a transar con lo que él creía malo o simplemente injusto. En el destierro, su constante preocupación fué que se examinasen las cuentas de su administración ministerial; que sus pro-

pios enemigos, constituídos en tribunal, juzgasen su conducta, sus actos, las medidas que tomó bajo el imperio de la ley marcial y de su autoridad, entonces omnímoda.

Nadie tuvo concepto más estricto del honor que él. En esto iguala y aventaja a los héroes de la comedia de capa y espada. El puntillo de honra del drama castellano no halló devoción igual a la de este intrépido caballero, émulo en esto del andante señor de la Mancha. Acaso este exagerado concepto del honor fué la fuerza que mantuvo constantemente activo el dinamismo heroico de su vida.

El tenía una deuda pendiente con su juventud. Entonces se había dudado de su valor. Su pálida adolescencia, su poca destreza para montar a caballo, su repugnancia por las costumbres de campamento disonaban en los primitivos ejércitos de la República. Además, en los corrillos del vivac, se refería una divertida anécdota que don Lorenzo Batlle narra con graciosa ingenuidad. Un día, siendo casi adolescente, se ofreció a ir a prender, en pleno campo, al coronel don Bernabé Rivera. Era una temeraria aventura la que emprendía aquel niño contra el bravo león de los desiertos. Se encaminó al sitio por donde debía pasar Rivera; pero próxima ya el alba, cansado de esperar en vano, se refugió, transido de frío y fatiga, en una casa vecina. Dormía, cuando penetró en su propia alcoba Bernabé Rivera. El cazador fué

esta vez cazado, y el fiero león se contentó, sin embargo, con despedir desdeñosamente a aquel niño rubio; éste regresó al campamento corrido y avergonzado. Entre militares estos episodios no se olvidan. El héroe que palpitaba en él tenía que saldar esta deuda, y la saldó. El honor militar, el honor ciudadano, el honor de la patria, el honor, siempre el honor, fué su constante preocupación, y por él veló, centinela inflexible, arma al brazo, presto siempre a ser atacado y a defenderse.

Este concepto del honor le hizo llevar el valor hasta la temeridad y el sacrificio. Pertenecía a esa raza de hombres que no temen al dolor ni tiemblan frente a la muerte. Puesto en trance de afrontarla, el héroe fué siempre serenamente hacia ella sin que le flaquease el corazón. Durante el sitio de Montevideo prodigó sin tasa su vida y se le vió, a diario, exponerse en los puestos de mayor peligro; en la revolución de Abril de 1846, cuando las tropas sublevadas gritaban en la plaza: «¡Muera Pacheco!», a pesar de los ruegos de los suyos, salió solo de su casa, y, sin más armas que su espada, se abrió paso entre los amotinados que le apuntaban con sus fusiles; así logró llegar al cuartel general.

La literatura llenó buena parte de su vida, y al servir de medio de expresión a su imaginación romancesca, y a los estados de su sensibilidad, contribuyó a definir su carácter y nos legó excelentes materiales psicológicos con que reconstruir la his-

toria de su alma. El heroísmo y el infortunio hicieron de él un actor y un poeta. Se ha dicho que las arengas y proclamas de Napoleón son toda su vida. Lo mismo puede decirse de sus proclamas y arengas, si a ellas se agregan sus decretos, sus panfletos, sus cartas, los simples billetes que escribió en el espontáneo abandono de la intimidad o bajo el implacable acicate de su autoridad. En todos estos documentos humanos se siente la palpitación de su vida.

Como a Bolívar, con quien tuvo grandes analogías de carácter y de temperamento, jamás le faltó, en el momento supremo de la acción, la palabra inspirada y encendida, la frase lapidaria, el grito de arrebato y pasión. Tuvo en grado sublime la aptitud oratoria y el don de conmover profundamente a quienes le escuchaban. Batlle afirma que fué ésta su facultad más prominente. Juan Carlos Gómez agrega que «era el orador de las masas populares, que sólo encontraría su igual entre los grandes oradores de la antigua Roma o de la América del Norte».

En este espíritu armonioso tenía que haber un poeta; y lo hubo realmente. Las humanidades le habían enseñado el secreto de la forma estética; su temperamento, los propios infortunios de su vida y la época en que le tocó vivir le ofrecieron la materia romántica con que dió color a sus poemas. Estos están tocados por el romanticismo de los «Consuelos». El poeta aparece en ellos animando

la forma clásica con el sentimiento personal, que luego otros convirtieron en violento subjetivismo. Sus versos cantan al amor, pero, a veces, se sienten amargados por la consideración de los grandes infortunios y por los grandes dolores del alma y toman, entonces, acento serenamente melancólico; hay en ellos como un profundo sentimiento estoico; no parece sino que la poesía hubiese sido en su tempestuosa vida motivo de quietud y recogimiento.

Tal fué este «personaje intrépido e inacabado», como Sainte Beuve llamó a Armand Carrel. Acaso, sin saberlo ni quererlo, fué un *dandy*. Cuando se le evoca en medio de las inquietudes de su vida, se piensa en Enjolras, en Marius, en un pálido personaje desprendido de «La Barricade» de Delacroix; y alguna vez se le ha de pintar así: de pie en lo alto de las trincheras de la Nueva Troya, envuelto en el humo sagrado y empuñando el asta de la bandera de la libertad.

II

LA DICTADURA

Pacheco narra, en su autobiografía, cómo se lanzó a la vida pública: «Yo cursaba entonces mis estudios; al conocer la noticia del desembarco de

Lavalleja abandoné el colegio, vendí mis libros y mis ropas, y con el producto, compré una montura y un sable, y, a ocultas de mi familia, partí y me hice conducir por una barca a la tierra oriental, para ir a reunirme a los libertadores de mi patria». No de otra manera procedían los niños espartanos. Con razón escribió luego estas palabras: «Aun antes de poder servirme de un arma la tomé para defender la independencia de mi país». Y solamente para ello la tomó entonces y después; las campañas de la independencia y las que hizo contra las reacciones provocadas en el Uruguay por Rosas, y contra los ejércitos invasores del tirano de Buenos Aires, tuvieron para él un significado netamente nacional; en ellas defendió la patria sojuzgada, amenazada o invadida por el extranjero, y con la patria, defendió la libertad, que fué su constante aspiración cívica. En 1849, en París, escribía con profunda sinceridad: «Yo no he asistido jamás a un combate fratricida».

Hizo la campaña de 1825 y asistió a la batalla de Sarandí; partió luego a la campaña del Brasil con el ejército oriental - argentino y se batió en Ituzaingó. Juró la Constitución de 1830, y a ella se mantuvo fiel al producirse las primeras guerras civiles.

La segunda invasión rosista que siguió a la batalla de Arroyo Grande, librada en Diciembre de 1842, le halló en un puesto obscuro: la comandancia militar del departamento de Soriano. Con

el parte de la derrota recibió el texto de la ley de abolición de la esclavitud, y, olvidándose de aquélla, mandó echar las campanas a vuelo y escribió: «esto vale más que diez batallas». «Bendito desastre de Arroyo Grande, agregó, pues él nos ha arrancado tal declaración». En seguida convocó a los negros libertos y formó con ellos un regimiento de honor. Llamó a las armas a todos los hombres hábiles; organizó el pequeño ejército; reunió a las familias en un convoy digno de las emigraciones bíblicas, y con ellas se puso en marcha para incorporarse al ejército del general Rivera. Fué una emigración en masa; la repetición del éxodo artiguista de 1811.

La presencia de aquel oficial oscuro, que conducía a su ejército y a su pueblo con la pericia y la dignidad de un general romano, levantó el espíritu de los fugitivos de Arroyo Grande. Pocos días después, el general Rivera revistaba, frente a Montevideo, sus cuatro mil milicianos, y resignaba el Gobierno de la Defensa en manos de don Joaquín Suárez. El fué llamado a su seno y se le confió el Ministerio de la Guerra.

Su primer decreto fué una proclama y una terrible amenaza. «La Patria está en peligro; la sangre y el oro de los ciudadanos pertenece a la Patria. Quien niegue a la Patria su oro o su sangre será castigado con la pena de muerte». Estas palabras, este tono, esta literatura oficial, desconocidos hasta entonces, produjeron mágico efecto.

Los decretos, las proclamas, las arengas, se sucedieron: breves, conminatorias, terriblemente elocuentes. Aquel hombre fascinaba y aterrorizaba; en sus escritos se mezclaba la belleza y el sentimiento trágico; con el mismo arrebato hablaba de la gloria y de la ignominia, de la vida y de la muerte, y, generalmente, hablaba más de ésta que de aquélla.

Sus palabras y sus gestos tuvieron virtud de creación. Dinero, armas, pólvora, cañones, arreos, uniformes, murallas, baluartes, trincheras, legiones, aliados, hospitales, cuarteles, escuelas brotaron de la nada como por arte mágico. Y, con la voz y la palabra, el Ministro estaba en todas partes: en los consejos de gobierno, en las murallas, en los combates, en las avanzadas, en los puestos de escucha, en los campos de batalla, en los buques de la escuadrilla, en los templos, en los hospitales de sangre, en las escuelas, en los hogares huérfanos, en las redacciones de los diarios, en los torneos donde se coronaban poetas mientras tronaba el cañón del Sitio.

En tanto el ejército invasor del general Oribe avanzaba sobre Montevideo, las murallas de la ciudad se levantaron como por ensalmo y los viejos cañones castellanos, que servían de guardacantones, desenterrados y montado sobre carronadas y cureñas, coronaron las explanadas del recinto. Todos los hombres hábiles, de quince a cincuenta años, trabajaban en las obras de fortificación y

en las maestranzas o hacían ejercicios militares y montaban la guardia en los cuarteles, en las baterías, en los puestos avanzados. Cuando el enemigo saludó a la plaza con sus cañones, ni uno solo de los defensores desertó de su puesto; mientras los hombres vigilaban en las murallas, el arma al brazo, en los hogares las mujeres cosían ponchos y uniformes y los niños hacían hilas para los hospitales, y cartuchos y tacos para los fusiles.

Este hombre no se detuvo ante nada ni ante nadie cuando se trató de la salvación de la Patria. La ley marcial suspendió las garantías individuales; él suspendió o limitó el derecho de propiedad y las relaciones jurídicas entre las instituciones y los individuos; dispuso de los bienes públicos y privados; organizó el trabajo a su antojo; convirtió los hogares en talleres donde las mujeres cosían para el ejército bajo la implacable amenaza del plazo fijo. En esta obra no respetó jerarquías, privilegios ni vinculaciones; negó jurisdicción a la justicia ordinaria; se avocó el conocimiento de las causas; juzgó y sentenció en única instancia; invadió el fuero eclesiástico; apostrofó y amenazó a los agentes diplomáticos y jefes de escuadra extranjeros; habló de poner grillos a los propios miembros del Gobierno; creó la más extraordinaria dictadura ministerial que haya existido.

La esposa del general Rivera quiso retener dos esclavos para el servicio doméstico. El Ministro

mandó prender a los criados en la propia casa del General y los incorporó a un regimiento de línea. Otro tanto hizo con dos de sus primos que creyeron poder eludir el servicio militar, escudados en la amistad y en el vínculo de sangre. A su propia madre la desalojó de su casa para establecer allí un hospital de sangre.

Al Alcalde Ordinario Zás, que entendía en un juicio ejecutivo iniciado a un soldado de la Defensa, le envió esta orden: «Suspenda usted toda diligencia o cobro contra Pedro Asandabart, mientras se halle al servicio de la República». Pacheco halló en Zás un émulo del Alcalde de Zalamea, celoso de su fuero y de la dignidad de la justicia, y entonces lo apostrofó con estas sarcásticas palabras: «No he de permitir que los hombres que se sacrifican por el país, mientras están en esta sagrada ocupación, sean las víctimas en que ensayan su celo los esbirros y corchetes». Al Provisor Eclesiástico que había tomado cierta medida, dentro de su natural jurisdicción, le objetó la ortodoxia de la misma y lo conminó, con duras palabras, a revocar aquélla, sin perjuicio de testimoniar su respeto a la religión del Estado y su acatamiento al dogma.

Las familias de Montevideo recibían esquelas así redactadas: «Se envían diez ponchos a fin de que se sirvan coserlos, debiendo estar prontos para mañana a la tarde en que pasará a retirarlos un ayudante con escolta, sin que se admitan ex-

cusas». Estas esquelas menudeaban, sobre todo, en las casas acomodadas, sin excluir las de los más altos funcionarios.

Cuando la defensa nacional necesitó fondos, los exigió en forma conminatoria de los ciudadanos; clasificó a todos de acuerdo con sus bienes de fortuna y les fijó de antemano la cuota de contribución; envió notas y circulares que, más que pedidos, eran amenazas. Cuando fué preciso acuñar moneda, requisó los ornamentos de las iglesias, las vajillas y joyas de las familias, y con todo ello alimentó los crisoles de la Casa de Moneda.

Más tarde, fuera ya del gobierno, exigió que se examinaran las cuentas de su administración. «Yo he violentado a los ciudadanos para exigirles oro y sangre que aplicar a la defensa de la Patria», escribía, y pidió que, para juzgarlo, se formara un tribunal con sus propios enemigos. Antes había declarado que, si se probaba que él había obtenido ventajas en el Gobierno, consentía en ser declarado infame.

La organización del ejército de la Defensa tuvo momentos épicos. La entrega de las banderas a los regimientos fué uno de ellos. El Ministro de la Guerra quiso reproducir la escena de la entrega de las águilas imperiales en el campo de Marte, o, más bien, la distribución de las banderas para la última campaña, después del Acta adicional. Estaban allí: la Guardia Nacional, los regimientos de línea, las legiones extranjeras. Pasó revista al

ejército frente al enemigo; se dirigió al altar de la Patria, que había sido erigido al frente de la línea, y donde se hallaban las banderas, custodiadas por la guardia de honor, y las distribuyó, teatralmente, entre los jefes de los regimientos. Al Coronel Batlle, jefe del batallón N.° 1 de Guardias Nacionales, le dijo al entregarle el estandarte: «el depósito de los colores de la Nación hecho al primer Batallón de Guardias Nacionales le impone el deber de alzarlos victoriosos el día de la pelea». Al coronel Labandera, jefe del 1.° de línea, le recordó aquel otro primero de línea sacrificado en Arroyo Grande y le encomendó la misión de vengarlo. Al comandante Orgán, jefe del cuerpo de libertos, le advirtió que sus soldados eran hombres de casta, emancipados. «Que ellos defiendan con valor de hombres libres, bajo esta bandera que amparará su libertad, la independencia de la República que la ha proclamado». Para todos tuvo una frase inspirada; al jefe de la Legión Argentina, comandante Albariños, le dijo: «He aquí el pabellón, hijo de aquel vuestro con que juntos marchamos, de victoria en victoria, hasta la cúspide de la inmortalidad».

Poco después el gobierno de Francia intimó a sus súbditos que abandonasen las armas que empuñaban en defensa de Montevideo; él reunió a los legionarios, los proclamó y los invitó a alistarse bajo la bandera nacional. Formada la nueva legión con los franceses que se despojaron de la

escarapela tricolor, dictó un decreto, por el cual se dió al nuevo cuerpo, la derecha, en la formación del ejército y él vistió desde entonces el uniforme de los legionarios. Poco después, al entregarle la bandera, arengó a la legión con estas palabras: «Franceses: el día del peligro tendréis la derecha en nuestras filas, y de hoy para siempre, el primer lugar en nuestros corazones». Y agregó todavía: «Franceses: nunca fuisteis más dignos de este nombre que cuando, para conservarlo puro, os habéis resuelto a no ostentarlo».

La guerra le tornó implacable. En Mercedes, donde le halló la invasión del general Oribe, al convocar a los hombres a las armas, había escrito: «No he de retroceder delante de ninguna medida por terrible que sea. La independencia de la Patria está de por medio; esta palabra lo dice todo». Al doctor don Salvador del Carril y sus hermanos, que osaron murmurar contra las medidas dictadas, los amenazó con vestirlos de infantes y enviarlos a la línea de vanguardia. A un desertor que fué aprehendido por sus avanzadas, lo mandó fusilar, hizo destruir su casa, y, sobre los escombros, levantó este cartel de ignominia: «Esta fué la casa de un traidor; la justicia nacional la ha arrasado». En Montevideo, cuando fué sorprendido don Luis Baena en comunicación con el enemigo, lo sometió a un consejo de guerra que condenó al acusado a la última pena. Los momentos eran de suprema angustia económica para el Go-

bierno de la Defensa. Varios ciudadanos ofrecieron al Gobierno 60.000 patacones por la cabeza de Baena, que bien los valía, pues era un vecino de pro de la ciudad. El se mantuvo inexorable y contestó a quienes impetraban su piedad: «La vida de un reo no se rescata jamás». Y Baena fué conducido al patíbulo.

Rosas impuso la guerra sin cuartel. El sistema del terror y de la sangre imperaba en el ejército sitiador. El conminó al general Oribe a hacer cesar los fusilamientos y le propuso el canje de prisioneros en una nota que empieza con estas terribles palabras: «Las leyes de la República me prohiben comunicarme con usted en su calidad de traidor». Oribe no contestó esta nota, y entonces él dictó un decreto, por el que dispuso que fuesen pasados por las armas los individuos del ejército de Rosas aprehendidos y que pertenecieran a la clase de jefe u oficial, «hasta el día en que el enemigo cesara en su práctica de matar a los soldados y oficiales de la República o de los aliados».

La elocuencia, una sombría y fulgurante elocuencia, le acompañó en todas sus andanzas. A veces, su palabra adquiría el acento de los antiguos augures. Fué al cementerio a despedir a las víctimas de una emboscada del enemigo, y ante los cadáveres bárbaramente mutilados, exclamó, como poseído de sagrado furor: «No traigo aquí sino un sentimiento: la ira; un pensamiento: la venganza; una esperanza: la libertad». Sobre la

tumba del coronel Marcelino Sosa, herido por una bala de cañón, clamó también venganza y concluyó llorando como un niño. Luego ordenó que se erigiese un monumento en el sitio en que Sosa cayó herido, dió su nombre al regimiento que comandaba el jefe muerto, y dispuso que éste siguiese revistando a perpetuidad, y que su puesto no se llenase jamás. En aquellos momentos le dieron cuenta de que un oficial y dos soldados de la Legión Francesa acababan de pasarse al enemigo; «¡Tres traidores en tres mil hombres!, exclamó, tuvieron más los espartanos que contaron un fugitivo en trescientos».

Su caída del Ministerio fué teatral como cuadraba a su psicología. Disensiones con el general Paz, quien tuvo que retirarse de Montevideo, y vagas acusaciones de que el Ministro de la Guerra conspiraba dentro de la plaza sitiada, prepararon la crisis. En Noviembre de 1844 un desertor brasileño fué incorporado a la Legión Italiana. El almirante Gremfield, jefe de la escuadrilla imperial, exigió la entrega del desertor, apoyando la reclamación con los cañones de sus naves. El Ministro se embarcó con Garibaldi en el «28 de Marzo», pequeño buque de la escuadrilla nacional, cubrió con él la ciudad, izó en el palo mayor la bandera oriental, hizo tocar zafarrancho de combate y ofició al almirante brasileño para decirle que solamente devolvería el desertor, en caso de que se tratase el asunto como correspondía entre

pueblos civilizados y no quedaran vestigios del aparato bélico que tenía a la vista. Mediaron, entre tanto, en el conflicto, el jefe de la Defensa y su Ministro de Relaciones Exteriores, y lo solucionaron con prescindencia del Ministro de la Guerra, quien se mantenía a bordo en actitud ofensiva.

Cuando recibió orden del Gobierno de devolver al desertor, envió en el acto a don Joaquín Suárez su dimisión. «Acaba de sancionarse por el Gobierno un acto infame que baldona para siempre el decoro de la República, decía en su nota renuncia. Yo no puedo hacer parte de un gobierno cobarde; no quiero compartir la terrible responsabilidad de un hecho que repruebo y es el más sucio que conocen nuestros anales; por eso hago renuncia ante V. E. del Ministerio de la Guerra, del mando del ejército y del empleo de coronel graduado en él...» «Como soldado, no me ha permitido el Gobierno demostrar prácticamente que nuestros cañones no son de papel; como miembro del Gobierno no me ha consultado para una determinación importante». Y concluía con este rasgo de suprema arrogancia: «No olvide V. E. que un Gobierno que es ultrajado, no es Gobierno. Ojalá mil veces que, teniendo este recuerdo, proceda en consecuencia conmigo. Sólo viéndome víctima de un Gobierno cobarde, no me creo completamente lavado de la mancha que deploro».

Este documento, leído en las trincheras, provocó un principio de sedición que el Gobierno dominó con mano fuerte. El Ministro dimitente fué aprehendido, conducido a la fragata «L'Africaine» y desterrado fuera de cabos, donde se le entregaron pliegos que lo acreditaban como plenipotenciario ante la cancillería imperial de Río Janeiro. El proscripto renunció altivamente la misión diplomática y la pensión que se le ofrecía.

Así llenó sus dos años de dictadura ministerial este hombre extraordinario, y así los terminó también, con un gesto digno del momento histórico, del escenario y del personaje. «En la posición más elevada, dice él mismo, cuando un inmenso porvenir se abría para mí, cuando no existía un hombre bastante fuerte para derribarme, abandoné el poder, un día que mis colegas en el Gobierno hicieron al extranjero una concesión que yo no conceptué digna». Y así fué; cuando todos creían que, con sus compañeros de armas, conspiraba para tomar el mando de la plaza, el oficial que fué a su casa a prenderlo, en nombre del Gobierno, lo halló solo, entregado a la lectura de las «Vidas Paralelas» de Plutarco.

III

EL DESTIERRO

Este destierro, apenas interrumpido, desde aquella época, por breves permanencias en la patria,

fué profundamente melancólico. El dictador de la víspera vagó de aquí para allá sin hallar asilo, y, a veces, sin encontrar el pan. Sin embargo, su espíritu no se doblegó. «Cuanto más pobre y desgraciada sea mi posición, escribía, tanto mayor es la altivez de mi alma». «Me conformo con mi destierro, agregaba, deseando sólo que mi sacrificio sea fructífero a mi patria, y que sea yo la última víctima inmolada en las aras de las animosidades civiles».

La vida en el extranjero fué dura para Pacheco. Vigilado, perseguido, fueron escasas las manos que se le tendieron y muchas las que lo rechazaron. Para él ya no había reposo ni paz en la tierra. En Río Janeiro no hubo sitio para el proscripto; la ciudad lo ahogaba con su opulencia y tuvo que emprender una peregrinación dolorosa. «Dentro de algunos días debo marchar de aquí, escribía melancólicamente a Manuel Herrera, de suerte que no debes escribirme más; cuando la tormenta rompe el árbol, el pájaro busca otro nido». En Santa Catalina se vió obligado a vivir casi oculto. «He estado temblando de verme echado de aquí, escribía, y para evitarlo preciso era evitar cuanto pudiese llamar sobre mí la atención». Después del desastre de India Muerta, asaltado por desconsoladora tristeza, estampó estas palabras: «Mañana marcho al Río Grande para unirme a los tristes restos de nuestro ejército; marcho porque es mi deber, no porque tenga ni esperanzas ni ilusiones.

Mi alma está en un estado de abatimiento que tal vez nunca he conocido».

La enfermedad le postró en el destierro. «He podido por algunos días, escribe, saborear esta idea: morir lejos de los míos; morir en tierra extraña, sin saber si habrá alguien que acompañe mi cadáver». Un amigo piadoso, pero pobre como él, le brindó su casa y le prestó asistencia. La enfermedad fué grave, larga y costosa. Postrado todavía, sin recurso alguno, se encontró con una deuda que le abrumaba. Debía ciento dieciocho patacones y no sabía de donde sacarlos. Entonces escribió a Fermín Ferreira para pedirle que se los buscara en Montevideo, vendiendo sus sueldos atrasados a cualquier precio, sacrificando su yesquero de plata, sus alhajas, su puñal. «Si recaigo, iré al hospital». Y agrega estas terribles palabras: «No sé cómo te he escrito; hoy llevo nueve días sin tomar nada; me han dado once sangrías; tengo un cáustico; he tenido una porción de vómitos de sangre». Y concluye con esta queja: «Nadie ha venido a preguntar si vivo o muero».

Convalesciente todavía se lanzó de nuevo a la lucha. El salvador de Montevideo, el héroe de 1843, consiguió algunos míseros recursos y montó, en Río Janeiro, una modesta fábrica de vinagre y en ella se puso a trabajar personalmente; pero el infortunio fué a buscarle entre sus alambiques. «Estoy explotando una fábrica de vinagre, escribe a Manuel Herrera y Obes, pero ya se me ha re-

ventado un alambique y su pérdida equivaldrá a lo que, con buena suerte, hubiera ganado en medio año». El doctor Luis Otero, que lo visitó en 1847, lo describe así: «Lo encontré muy delgado. Está hecho cargo de una fábrica de vinagre que le da poca utilidad, según me manifestó; y por la apariencia de su estado, vive miserablemente y apenas le da para gastos lo que vende».

Este destilador de vinagre bajo el sol del trópico mantiene intacta la admirable unidad de carácter del sujeto. El proscripto es aquel mismo personaje de cabellera y barba dorada que, uniformado de teniente coronel de la República, trabajaba en 1840 en Montevideo, en pleno día, acarreando tierra, con una carretilla, para ganarse el sustento, y que, por la noche, se reunía con Juan Carlos Gómez y Adolfo Berro para leer a Byron y a de Musset. Es también el mismo que, al recibir ofertas de dinero que, generosamente, le hizo en el Brasil, el General Bentos Gonçalvez, le contesta que lo que él desea es trabajar. «Yo podría acarrear ganado para alguna charqueada o estancia», le dice virilmente al magnate brasileño.

Para que nada falte en este capítulo de la expatriación, él, como Rivera, conoció, también, la lobreguez de las cárceles imperiales. Un incidente con un compatriota, a quien se vió obligado a herir, en plena calle de la corte, lo arrojó a la prisión. «Te escribo desde una prisión de Río Janeiro, le dice a su hermano Manuel. Tú dirás que

esto es lo que me faltaba en la carrera de mis prosperidades, y así es la verdad». «El sufrir un poco más, o un poco menos, concluye, ya no puede hacerme mella».

De todas estas tristezas, y de la profunda nostalgia de la patria y de los seres queridos, lo consoló la poesía. Se refugió en ella, y en ella halló la serenidad en medio del dolor. Al partir para su primer destierro, y mirar cómo se perdían en el horizonte las costas de la patria, se despidió de ella, como antes lo había hecho Juan Carlos Gómez. Este adiós es una despedida y una confesión. Las primeras cinco estrofas, llenas de viril melancolía, están impregnadas de la serena conformidad con que el héroe acató su destino, desde que sintió que su poder vacilaba.

Desprende el ancla el bergantín velero,
Vuelve la espalda a la ciudad querida,
Y tranquilo contempla el marinero
La blanca vela del noroeste henchida.

Sobre las olas del inmenso Plata
Osada cruje la espumante prora;
¡Ay! del que en brazos de fortuna ingrata
Ve de su patria la postrer aurora!

En el mastil un pabellón ondea,
¡Y el desterrado con dolor le mira!
No es el de nueve fajas que flamea,
Amor del libre y del tirano ira!

Cautivo va sobre extranjera nave
A demandar al extranjero: «tierra».
¡Dios a la patria de la mancha lave!
¡Le dé victoria en su gloriosa guerra!

El alma siente estremecer de pena,
Que el llanto embarga su doliente voz;
El hado injusto contempló serena;
¡La abate sólo el angustiado adiós!

La segunda parte tiene mayor sabor psicológico. Revela en ella que el amor acibaró aún más su destierro. En Montevideo dejó a la mujer que realmente amaba, y que era Matilde. Este amor fué ingenuamente idílico; tuvo el vivo color romántico de los castos amores de Pablo y Virginia. El héroe se despoja del ruido de sus arneses de guerra y de la pompa de sus arengas, para convertirse en un Batilo enamorado que loa a su amada, describe sus castos encantos y pide al sol, a las estrellas, a las aves, a las flores y a la brisa, que la reverencien y la guarden, como preciado tesoro, hasta su regreso. Escribió muchas composiciones de este género, y todos ellas las reunió en un álbum íntimo, que luego ofrendó a la mujer que las había inspirado y que más tarde fué su esposa.

Junto a estas composiciones de sabor amatorio, escribió otras de carácter filosófico, que revelan cuáles eran los pensamientos que lo poseían en medio de la soledad. En 1842, cuando en la misión que le confió el general Rivera, llegó a la ciudad de Alegrete, una visita nocturna al cementerio dejó en su alma indeleble impresión y le inspiró un precioso poema de veintiséis estrofas. Dice así en su diario: «Ninguna pared o cerco lo defiende de pisadas profanas; se conoce sólo por

los sepulcros... En medio de las tumbas que yacen en desorden se eleva una gran cruz de tosca madera... todo era soledad y abandono para los que fueron, mientras las risas de sus deudos llegaban hasta mí. La situación del cementerio es poética; está en el pendiente de una cuchilla a cuyo fin corre el Guirapitá. También el ruido de la corriente venía a mis oídos, cuando allí estaba. Perdíme entonces en reflexiones escribiendo después sobre una tumba, con lápiz, los versos que siguen...»

El poeta invita en el poema, a los dichosos, a que abandonen la sala de la orgía y se congreguen en el salón de la muerte.

Venid a este salón, a cuya puerta
Malgrado tocaréis en algún día,
Aquí, de los vapores de la orgía,
Vuestra alma libre se verá despierta.

Y es bueno conocer una posada
A que hemos de llegar precisamente,
Ya se marche en carroza refulgente,
Ya arrastrando entre zarzas la pisada.

Agrega el poeta que es útil contemplar lo que queda de lo que nos dió el mundo; así a los que como él están hundidos en el dolor, como a los felices. Es aquél un palacio con artesonados y columnas, y dentro de las tumbas hay riqueza y poder, belleza y gloria; pero todo ello convertido en lodo. Pregunta el poeta si la contemplación de este espectáculo no será un consuelo que Dios per-

mite a los que sufren. Lo es, agrega, el constatar que, gloria, felicidad, poder, vienen a parar en esta nada; que a ella se precipitan el grande y el pequeño, el poderoso y el miserable, sin que haya medio de evitarlo. Nada importa el ataúd fastuoso, el soberbio monumento, el prócer con su grandeza, el rico con su fortuna, el héroe con su gloria.

Todo pasó cual humo disipado,
¡Todo pasó! pero quedó el olvido...
Y, ¿acaso en el sepulcro del mendigo
Un instante ese bien habrá faltado?

He ahí la suprema filosofía que el peregrino obtiene de esta cruel visita al cementerio; pero junto a la filosofía está el consuelo. El poeta concita a los dichosos a que vuelvan al mundo después del tétrico convite; que vuelvan al festín a incensar la fortuna, a adormecerse en el sitial dorado adonde llega la lisonja; que el débil sea hollado, que el mísero gima sin que le alcancen las sobras del banquete, que la espada sojuzgue y esclavice al pueblo y destruya las leyes y la libertad.

Que yo sobre las tumbas, recostado,
De vuestras dichas y poder me río;
En la justicia del Señor confío,
Que sólo el que le ofende es desgraciado.

Seis años después de su caída y expatriación, envuelto en la vorágine del mundo parisiense que ofrecía una tregua a su infortunio, estampaba en

un libro íntimo esta página, llena de ternura, que revela cómo el pensamiento del proscripto se volvía constantemente hacia la patria y hacia los seres que formaban el único embeleso de su vida: «Más de seis años han transcurrido sin que, la fatalidad, que me aleja de mi patria, se haya cansado de perseguirme. Siempre lejos de ella, siempre lejos de lo que amo; parece que es mi destino el de ese ser de imaginación de quien el poeta y la tradición popular dicen que, a través de los siglos, marcha, marcha... Pero lejos de la patria y de los objetos de mi cariño, mi pensamiento los busca donde quiera... En medio de las tardes contemplo con la vista el espacio, y aunque teniendo a mis pies la capital del mundo civilizado, yo repito los nombres queridos, y lleno de fe pido al Dios de los buenos me dé a mí la parte de infortunio que a ellos estuviera reservada en su breve pasaje por el mundo».

IV

LA CONQUISTA DE PARIS

Cuando Melchor Pacheco y Obes regresó de su segundo destierro, y se reconcilió con el Gobierno de la Defensa, le fué ofrecida, y la aceptó, la misión de ir a abogar ante el Presidente de Francia, Luis Napoleón Bonaparte, por la causa de Monte-

video, y evitar que fuese ratificado el tratado celebrado por el Almirante Leprédour con Rosas, mediante el cual, se reconocía al general Oribe, Presidente legal de la República del Uruguay, y se convenían los medios de restablecerlo en el gobierno.

El ministro oriental se propuso superar sus instrucciones: iba a exigir a Francia el apoyo militar decisivo para imponer a Rosas y Oribe la paz, y el reconocimiento del Gobierno de Montevideo, o el abandono de la ciudad sitiada para que ésta pereciese bajo sus escombros.

Esta misión diplomática es pintoresca y heroica. Cuando Pacheco llegó a París, aun estaba vivo el recuerdo de la insurrección de Junio de 1848 y de la sangrienta represión a que dió lugar la dictadura militar del General Cavaignac. Luis Napoleón había sido elegido Presidente de la segunda República, y la Asamblea Legislativa estaba en manos de los partidos históricos. Solamente doscientos republicanos se sentaban en la asamblea compuesta de setecientos cincuenta representantes del pueblo. El Príncipe-Presidente incubaba, bajo el fuego de la elocuencia republicana, el golpe de Estado y el *senatus consultum*. El Cuerpo Legislativo renovaba los grandes torneos históricos y consagraba sesiones enteras a discutir si el tratamiento de los diputados debía ser el de «señor» o el de «ciudadano». Thiers resolvió el caso; subió a la tribuna y, dirigiéndose a las derechas, excla-

mó: «señores», y luego, volviéndose hacia las izquierdas, agregó: «ciudadanos». El gran orador estaba en la plenitud; Lamartine, después de su breve pasaje por el gobierno revolucionario, extinguidos los ecos de su discurso sobre la bandera roja, se envolvía en la tristeza de su decadencia política; Montalambert se hallaba en la expatriación; pero en los escaños de la asamblea se sentaban Berryer, Louis Blanc, Dupin, Ledru Rollin, Cavaignac, Víctor Hugo, Guizot, Cormenin, Jules Favre, el conde Daru. Fué entonces cuando se inició la lucha entre reaccionarios y republicanos ante la atenta mirada de las potencias europeas que observaban el singular espectáculo y secretamente intervenían en él. No se necesitaba más para exaltar la ya exaltada imaginación del representante de Montevideo. Tal personaje para tal escenario.

Llegó aquél el 9 de Agosto de 1849 a Marsella; el 16, por la tarde, la posta lo dejó en París; el 24 mantuvo la primera conferencia con el Ministro de Negocios Extranjeros, Tocqueville, y obtuvo ya en ella la seguridad de que el tratado Leprédour - Arana no sería ratificado y de que Francia mantendría el subsidio al gobierno de Montevideo.

Inglaterra, entre tanto, movía su secreta diplomacia contra la misión Pacheco. Lord Palmerston, olvidado, en su animosidad contra Montevideo, de la tradición de su antecesor, Lord Aberdeen,

oponía trabas al reconocimiento de la investidura oficial del enviado de la Defensa. Este venció a la diplomacia de Saint James; el Príncipe - Presidente lo recibió con los honores debidos a su rango y el «Monitor» dió cuenta de la ceremonia oficial. Luis Napoleón prolongó deliberadamente la conversación con el general oriental. «No sólo me acogió perfectamente, escribe éste al Ministro de Relaciones Exteriores, Herrera y Obes, sino que se preocupó con interés y talento de los asuntos de mi misión. Nuestra conferencia duró tres cuartos de hora y me dió la casi seguridad de que ese alto funcionario nos será favorable. Sus dos secretarios, que son miembros de la Asamblea, tomarán la palabra en nuestro favor».

La teatralidad acompañó al general en su aventura diplomática de ultramar. Su barba merovingia, su cabellera de oro, su apostura romántica, la aureola heroica que le habían formado sus hazañas, su elocuencia, su uniforme y su séquito un poco «países cálidos», todo contribuyó al éxito de aquél, cuyo nombre se pronunció con curiosidad en París: en las antecámaras del Ministerio de Negocio Extranjeros, en los pasillos del Palacio Borbón, en las redacciones de los diarios y en las tertulias literarias.

Instaló su legación en un departamento amueblado de la calle Monsigny, cerca del Pasaje Choiseul, y se lanzó, con la intrepidez y la vehemencia que ponía en todas sus cosas, al torbellino de la

vida parisiense. Los círculos políticos, literarios y periodísticos se abrieron a su paso; se vinculó estrechamente a hombres de Estado, escritores, banqueros y gente del gran mundo; frecuentó los teatros, los cafés de moda, las redacciones de los diarios, los salones en boga, y se hizo un poco el hombre del día. Su presencia despertaba en todas partes curiosidad e interés. Cuando concurría con sus secretarios y ayudantes al paseo de la Plaza del Carroussel y al jardín de las Tullerías, se le miraba a hurtadillas y se murmuraba en los corrillos; cuando ocupaba el palco de Dumas en el Teatro de los Italianos, los anteojos de las damas se volvían hacia él; cuando penetraba en el Café Tortoni, su presencia era en seguida advertida y se oía repetir: «*C'est le Général de la Plata*».

Su presencia en el baile del Hotel de Ville, dado en honor del Príncipe - Presidente, causó sensación. Luis Napoleón, atraído por la fama del héroe, le retuvo un instante a su lado y se les vió conversar animadamente. Esa noche se habló en los corrillos del baile: de Montevideo, de los cañones de la conquista española desenterrados por el General para defender la ciudad, de la moneda acuñada con las vajillas y las joyas de las familias orientales, de las batallas dadas por este moderno Héctor a la sombra de las murallas de la Nueva Troya; pero alguien habló también de bárbaras crueldades cometidas por el exótico Ministro en su remota ciudad, y las damas, que lo miraban

con secreta simpatía, se estremecieron de horror y creyeron ver en él un pequeño Tiberio indiano. La versión llegó a sus oídos y, al día siguiente, envió un comunicado a los diarios en el que se refería a las versiones lanzadas en el baile del Hotel de Ville por alguien, cuyo nombre no había logrado descubrir. «Declaro de la manera más solemne, terminaba, que el autor de semejantes aserciones, quien quiera que sea, es un calumniador».

El Ministro, entre tanto, vencía resistencias y animosidades. Se captó la simpatía de Luis Napoleón; la del primer ministro, Barrot; la del canciller Tocqueville; la del Ministro de la Guerra, General D'Haptoul; obtuvo la adhesión a la causa de Montevideo del Ministro de Justicia, Rouher, y reafirmó la del Conde Darú, Presidente de la Comisión parlamentaria de créditos suplementarios, de la que dependía el subsidio a Montevideo. Conquistó la amistad de Thiers, de Berryer, de La Roche Jacquelin, de Briffant, de Ferry, del General Brossard; estrechó la que le unía con los almirantes Lainé y Leblanc, y sus fogosas requisiciones le valieron la adhesión de casi todos los diputados de la Montaña. Su amistad con Alejandro Dumas llegó a ser fraternal; el gran escritor vió, a través de este afecto, la epopeya de la Defensa y escribió el precioso libro que inmortalizó a la nueva Troya. Cuando se despidieron para no volver a verse, Dumas le regaló su retrato, un curioso y bello pastel de gusto romántico que

hoy posee el Museo de Montevideo. Poco antes, Dumas hijo, a raíz de una confidencia sentimental, le había regalado un retrato original de Mlle. Duplessis, la heroína del romance de las Camelias.

Cuando se anunció la discusión de los negocios del Plata en la Asamblea Legislativa su febril actividad no halló límites. Tenía que luchar contra el Ministerio, que se hallaba presionado por el embajador inglés Lord Normamby, agente de la política personal de Lord Palmerston, y contra la mayoría de la Asamblea, para la cual Montevideo era una ciudad de indios, negros, aventureros y ladrones. En breves días inundó París de folletos y hojas sueltas, en las que se exponía la verdadera situación del Río de la Plata, se definía el carácter de la tiranía de Rosas y se hacía la defensa de la causa de Montevideo y el proceso del tratado Leprédour. A la vez, los diarios franceses abrieron sus columnas a los remitidos y comunicados de la legación oriental.

Esta campaña periodística estuvo llena de arranques de inspiración, de movimientos dramáticos, de cosas imprevistas. Cuando un diario de París, subvencionado por Rosas, lanzó la versión de que una compañía inglesa explotaba a Montevideo, él depositó 50.000 francos en la casa Rothschild e invitó a los detractores a que formasen un tribunal, con jueces nombrados por ellos mismos, a fin de probar ante él la falsedad de tal aserción, y declaró que si no lograba probarlo hasta la evi-

dencia, autorizaba a que esos 50.000 francos se destinasen a obras de beneficencia. Cuando alguien invocó el testimonio de Lord Palmerston contra Montevideo, luego de destruir la afirmación, se burló jocosamente del noble Lord, dijo que los insultos de Su Gracia eran una cobardía, y le acusó de sujetar su política en el Plata a sus intereses personales. Otros injuriaron a la legión francesa. Se volvió entonces contra ellos, lleno de santa indignación, y tuvo este arranque de sublime elocuencia: «una de las cosas que más me honra es llevar el uniforme de la segunda legión de la Guardia Nacional Oriental, el uniforme de la legión francesa». En esta labor su pluma fué superior a la fatiga y el desaliento; según el testimonio de uno de sus secretarios, dictaba en aquellos días a dos copistas, simultáneamente, y, a veces, se interrumpía para dictar en francés a un tercero.

«¿Recuerda usted, pariente, el primer año de la administración de Febrero?, escribía poco después al Ministro Herrera y Obes refiriéndose a estos días de lucha, pues igual, perfectamente igual ha sido mi posición en Francia». Ello fué así. El hombre de los primeros años de la Defensa había reaparecido en él. Su palabra adquirió en aquellos días el tono y la elocuencia de los decretos y arengas de 1843.

Jamás las cancillerías escucharon iguales admoniciones, semejantes confidencias, tales gritos de

pasión. Instó a Tocqueville, Ministro de Negocios Extranjeros, a que Francia definiera su actitud en el Río de la Plata. Invocó para ello el nombre de los ciudadanos que gobernaban en Montevideo y exclamó: «Estoy autorizado a declarar solemnemente, en su nombre, que ellos aceptarán, sin hesitar, su exclusión de los negocios públicos, el hecho ya producido de su propia expatriación, el mismo destierro, si tales sacrificios pueden poner fin a la guerra». A las observaciones del ministro Tocqueville opuso el dilema de la vida con honor, o la muerte. «Montevideo no puede tratar, no puede capitular con Rosas; pero los restos del ejército oriental que defienden a Montevideo pueden romper sus estandartes contra las bayonetas enemigas y sancionar con un noble sacrificio la voluntad del destino».

Nuevamente recurrió ante el Ministro, que esta vez era el General d'Hautpoul, y le dijo: «Si juzgáis que Montevideo no representa nada para Francia, abandonadla a sus propios esfuerzos, dejadla buscar en una catástrofe un fin digno de sus antecedentes, digno de una resistencia heroica, que si no ha podido salvarla, debe asegurarle, al menos, la estimación del mundo». Y concluyó con esta dolorosa confidencia: «El 24 de este mes expira la suspensión de armas, la hora de los combates de nuevo va a sonar para Montevideo... y yo no me encontraré en medio de los peligros que van a asaltarla, y nada habré obtenido por los in-

tereses de mi patria. General, al insistir para obtener una resolución inmediata sobre los intereses que represento, debo recordaros mi posición personal, y como soldado, vos la comprenderéis mejor que nadie. La fortuna me concedió el sublime honor de fundar la resistencia de Montevideo, y todos mis deberes de militar y de hombre de honor me prescriben el encontrarme en las filas, ya bien diezmadas, de los defensores de Montevideo, el día en que Montevideo deba sucumbir». Al mismo General d'Hautpoul le dijo patéticamente, al referirse al martirio que sufría la ciudad sitiada: «Meditad en esto, General. Que esos sacrificios no den por resultado la caída de mi patria, entre las maldiciones y el odio de los pueblos desgraciados del Plata hacia la Francia misma... Si no podéis salvarnos, dejadnos al menos caer con honor; dejadnos bendecir vuestras intenciones». ¿Hay, acaso, correspondencia diplomática igual a este epistolario oficial del representante del Gobierno de Montevideo en Francia?

Mientras dirigía estas notas a la cancillería, estimulaba la noble pasión de Thiers, de Berryer y de Daru por la causa de Montevideo; visitaba, uno por uno, a los miembros de la Asamblea; obtenía formal promesa de los diputados de la Montaña de votar contra el tratado; agregaba treinta votos más a los conseguidos, y hacía tambalear el Ministerio Barrot - Tocqueville, que cayó ruidosamente antes de presentar el tratado a la asamblea.

El nuevo gabinete, presionado por la diplomacia inglesa, se presentó ante la Asamblea con el tratado Leprédour - Arana en el portafolio. La batalla parlamentaria duró tres días. El Conde Daru abrió el fuego y arrastró a la mayoría con su elocuencia; el Ministro se defendió débilmente; Thiers debió dar el golpe de gracia; pero, al subir a la tribuna el gran orador, el gabinete planteó, hábilmente, en forma confidencial, una casi cuestión de confianza: prometió mantener el apoyo y el subsidio de Francia al gobierno de Montevideo y enviar un nuevo plenipotenciario al Plata, apoyado por una poderosa expedición, con instrucciones para negociar una paz honrosa para la República Oriental. El discurso de Thiers, que debió ser un fogoso alegato en favor de la causa de Montevideo, se convirtió en una oración cordial y sedante; pero fué el verdadero *de profundis* del tratado Leprédour.

Si el rechazo del tratado no tuvo el carácter teatral que ambicionaba el Ministro oriental, no por eso fué menor su triunfo. Todos le saludaron como vencedor. Sus amigos de la Asamblea le rodearon en los pasillos del Palacio Borbón. El almirante Lainé lo visitó para felicitarlo. El Ministro de Negocios Extranjeros lo llamó para darle seguridades de que Francia no abandonaría al Gobierno de Montevideo. El Ministro Ellauri escribió a Herrera y Obes: «¡Viva la Patria! Montevideo está salvado; nuestra independencia está

asegurada; y los sagrados principios que sostenemos han triunfado».

El tratado Leprédour estaba rechazado; pero él exigía más. El representante de Montevideo celebró con el Ministro de Negocios Extranjeros una conferencia memorable. El Canciller se quejó de los ataques de la prensa de Montevideo a Francia y a su representante, M. Devoize, e hizo una referencia imprudente al subsidio que recibía el Gobierno de la Defensa de su aliado. El general oriental rechazó con dignidad la ingrata alusión; se puso de pie y exclamó: «Señor Ministro, si hubiésemos sospechado que el apoyo de Francia se ofrecía a costa de nuestras leyes, lo habríamos rechazado. Preferimos perecer a aceptar servicios que se nos enrostran para avergonzarnos por haberlos recibido». El Canciller dió explicaciones y la entrevista terminó con mutuas protestas de consideración. Francia mantendría el subsidio al Gobierno de Montevideo y enviaría nuevos contingentes de tropas para garantizar la soberanía de la República Oriental.

Además de aliados, el Ministro de Montevideo buscó en Francia, y aún fuera de ella, dinero y soldados para la Defensa. Pactó diversos empréstitos; abrió en París una oficina de enganche; contrató el embarco de una numerosa expedición de voluntarios que debieron partir al mando del general Brossard; y no cejó en su empeño, hasta que el Gobierno de Francia desbarató sus planes. Fra-

casada esta gestión, pensó en Garibaldi; escribió a Mazzini para pedirle fondos; logró el enganche de centenares de aventureros y la promesa de que la legión Monti, que se hallaba en Turquía, se embarcase para Montevideo. Fletó barcos y convino con Garibaldi, a quien citó para entrevistarse en Tánger, que el caudillo italiano iría a ponerse al frente de los expedicionarios. Circunstancias adversas malograron sus planes y él, que soñaba en presentarse frente a Montevideo con una poderosa expedición militar, tuvo que resignarse a volver solo a la plaza sitiada.

A pesar de las seguridades dadas por el Gobierno francés, el almirante Leprédour ajustó nuevas capitulaciones con Rosas. El general oriental voló nuevamente a Francia. En Setiembre de 1850 estaba ya en París. Leprédour había regresado con el nuevo tratado. La diplomacia de Saint James movía una vez más la opinión del Gobierno y la prensa de Francia en favor de la ratificación del tratado. El venció las resistencias que nuevamente se opusieron a su reconocimiento oficial, conquistó la simpatía del nuevo Ministro de Negocios Extranjeros, M. de la Hitte, y, luego de una empecinada gestión en que planteó otra vez el dilema de la paz honrosa o la muerte, y la apoyó con la renuncia solemne del subsidio de Francia a Montevideo, obtuvo que el segundo tratado quedase detenido en las carpetas de la Asamblea Legislativa.

Mientras ocurrían estos sucesos en Francia, la diplomacia de Montevideo vencía también a Rosas y a sus aliados. El General Urquiza, Gobernador de Entre Ríos, conquistado por el Ministro de la Defensa, Herrera y Obes, se pronunciaba contra el tirano y se aliaba al gobierno de Montevideo; el ministro oriental en Río de Janeiro, don Andrés Lamas, obtenía igualmente el pronunciamiento y la alianza del Brasil; las tropas aliadas convergían sobre Montevideo; el general Oribe se veía obligado a aceptar el tratado de 8 de Octubre de 1851 que puso fin al sitio de los nueve años, y, poco después, la tiranía de Rosas caía para siempre en el campo de batalla de Caseros.

El permaneció entre tanto en París, el arma al brazo, en defensa del honor de Montevideo, puesto que ya no era necesaria otra cosa. Montevideo había triunfado sobre Rosas y Oribe, sobre las intervenciones, sobre la diplomacia europea; pero esto no se quería creer en Francia. El diario *La Presse* lo puso en duda en forma injuriosa para la legación oriental. El Ministro envió los padrinos al redactor en jefe, Emilio de Girardin, y éste se excusó capciosamente. El lo castigó llamándole públicamente cobarde y acusándolo de peculado.

Le Journal des Débats y la *Revue des Deux Mondes* calificaron de apócrifos los documentos publicados por la legación oriental; el general, que se pudo batir con Girardin, no quiso hacerlo con M. Bertin, el redactor en jefe del *Journal des Débats;*

pero exigió algo más. Invocó su investidura pública, recurrió ante la Corte de Assises, llevó ante el jurado popular a Bertin y a los redactores de la revista refundada por Francois Bulloz, y los obligó a retractarse y a pagar las costas del juicio. Aquel triunfo colmó su inquietud romántica, satisfizo su puntillo de honra, su ambición de justicia y libertad; pero, sobre todo, justificó su misión diplomática.

Bien puede decirse que en aquellos momentos el general oriental se adueñó de París. Había vencido al Ministerio; había vencido a la diplomacia de Saint James y de las Tullerías; había conquistado la Asamblea Legislativa después de conquistar la opinión pública, y ahora, al obtener la condenación del *Journal des Débats*, conquistaba la justicia francesa e inutilizaba la acción de la prensa histórica para sus adversarios. ¿Se pudo hacer más en breves meses de diplomacia a pecho descubierto?

IV

ANTE LA CORTE DE ASSISES

El 14 de Octubre de 1851, después de medio día, la sala de audiencias de la Corte de Assises del departamento del Sena rebosaba de público. Políticos, diplomáticos, generales, literatos, perio-

distas, gente del gran mundo llenaban las tribunas. Presidía la audiencia M. Zangiocomi, y asistían a ella el Procurador General, M. Mongis, y los miembros del jurado. El general Melchor Pacheco y Obes, Ministro Plenipotenciario de la República Oriental en misión especial ante el gobierno de Francia, ocupaba el banco de la parte acusadora, acompañado de su ayudante de campo, el capitán Gallardo. Asistía a ambos, como abogado, M. Flandin. En el banco de la parte acusada se hallaban el redactor del *Journal des Débats*, M. Armand Bertin, uno de los patriarcas del periodismo francés, el redactor y el gerente de la *Revue des Deux Mondes*, M. Alexandre Thomas, y M. L. de Mars. Junto a ellos se sentaban sus abogados, M. Chaix - d'Est Ange y M. Nogent - Saint - Laurens.

Era espectáculo extraordinario ver a un general de estas remotas tierras de América comparecer ante un tribunal francés, sobre todo, cuando ese general era éste, cuyas aventuras y hazañas habían conquistado la curiosidad del público parisiense. No era espectáculo menos extraordinario ver comparecer, como acusado, ante la Corte de Assises, a M. Armand Bertin, «el periodista más universalmente estimado en Francia», como dijo su defensor, el tercero de los Bertin que, en el transcurso de medio siglo, se sucedía en la dirección del *Journal des Débats*, el gran diario francés fundado en los últimos años del siglo XVIII por

su abuelo, Armand Bertin l'Ainé, el conocido modelo del admirable retrato de Ingres, del Museo del Louvre.

El Ministro oriental, invocando su investidura pública, había logrado llevar ante el jurado popular y la Corte de Assises a los periodistas que tacharon de apócrifos los documentos oficiales publicados en la prensa francesa por la Legación del Uruguay, relativos al pronunciamiento del general Urquiza contra Rosas, y a la alianza celebrada entre el Gobierno de Montevideo, el Brasil y el mismo general Urquiza, con el objeto de llevar la guerra contra el tirano de Buenos Aires. Esos periodistas habían difamado al Gobierno de Montevideo, y, por extensión, también se consideraba difamado su representante en París. La ardiente controversia acerca de la cuestión del Plata, mantenida en el Parlamento y en la prensa de Francia, terminaba así en la sala de audiencias del tribunal del Sena.

El público congregado en la sala se prometía asistir a un episodio movido y pintoresco. Conocía a los actores y sospechaba que el acto iba a ser memorable. El Presidente Zangiacomi, luego de requerir los nombres y calidades de las partes, mandó dar lectura a los artículos del *Journal des Débats* y de la *Revue des Deux Mondes*, considerados por el general oriental como injuriosos para el gobierno de Montevideo y su persona, y luego de obtener el reconocimiento de los mismos por

los acusados, invitó a la parte civil a formular su demanda.

M. Flandin, abogado del general, sostuvo la acusación: los periodistas llamados ante el jurado popular habían tachado de apócrifos los documentos oficiales emanados de la Legación Oriental; los requerimientos del Ministro para que esa afirmación fuese rectificada habían sido inútiles; los acusados habían reincidido en su actitud, agregando la injuria a la calumnia. La justicia francesa debía amparar en su honor a todos los extranjeros, y muy especialmente a quien, como el general, ostentaba carácter público, pues se trataba de un jefe de misión diplomática reconocido oficialmente por el gobierno de Francia, a quien éste había otorgado las inmunidades y privilegios que el derecho de gentes acuerda a los ministros plenipotenciarios. M. Flandin aprovechó la oportunidad para hacer una animada biografía de su defendido y relacionarla con la pintoresca descripción de su país natal y de su historia, y terminó con un hermoso alegato en favor de la Defensa de Montevideo y de los principios que ésta sustentaba.

El abogado de los redactores de la *Revue des Deux Mondes* inició la defensa con un novelesco retrospecto, en el que la causa de Montevideo quedó may mal parada. La ironía, la burla, el sarcasmo y la falsedad histórica fueron sus armas. ¿Qué es Montevideo?, se preguntó M. Nogent-

Saint - Laurens, y contestó: «Montevideo tiene un gobierno sin fuerza, sin influencia; su ejército está compuesto de hombres de todas las razas y de todas las naciones; sus finanzas son nulas; han sido hipotecadas todas sus rentas y su aduana; han sido vendidas las piedras de sus fortificaciones; sus plazas públicas; su catedral. Todo eso ha sido vendido a una compañía inglesa; lo que quiere decir que Montevideo ha sido llevado al Monte de Piedad de Inglaterra». De ello dedujo el orador que no era posible tomar en serio ni el gobierno de Montevideo, ni sus representantes, ni mucho menos sus requerimientos ante la justicia francesa.

El defensor de M. Bertin esgrimió las mismas armas que su colega; pero las dirigió contra el acusador. «¿Quién es este general?, se preguntó. Yo lo ignoraba hasta el momento de penetrar en esta sala; acabo de escuchar su biografía hecha por su defensor. ¡Dios mío!, siempre es fácil esbozar una biografía bajo la inspiración del héroe; pero, todo ese panegírico que hemos escuchado, es tan fácil de hacer como difícil de verificar». Y con pérfida ironía agregó dirigiéndose al acusador que se mantenía impasible: «Os acuerdo todo, no rebajaré nada de vuestra gloria, de vuestros combates, de vuestras victorias, de vuestra generosidad, ilustre defensor de la República del Uruguay. ¿No nos traéis acaso la prueba de todo eso? ¿No os habéis hecho dar un certifi-

cado firmado por una docena de generales que comandan ese ejército compuesto de negros, de franceses, de italianos, de naturales del país?» La requisitoria del defensor de M. Bertin se prolongó en el mismo tono de burla y sarcasmo, haciendo tabla rasa de los hombres y las tradiciones de la Defensa de Montevideo.

Cuando terminó M. Chaix - d'Est Ange, la causa del representante de Montevideo parecía perdida. La elocuencia de su abogado y la simpatía con que el público miraba al general oriental habían sido vencidas por la ingeniosa ironía de la defensa. Los jurados se hallaban confundidos ante aquella sucesión de cuadros heroicos y grotescos, que habían sido hábilmente presentados por los oradores, y el auditorio, divertido hasta entonces por la novedad del espectáculo, comenzaba a fatigarse. Además, el sentimiento francés, herido por el abogado del redactor del *Journal des Débats,* despertaba contra aquel exótico general que se había atrevido a llevar ante el jurado al representante más insigne de la prensa parisiense.

El general de la Defensa se dió cuenta del peligro, y hombre como era de inspiraciones súbitas, se propuso vencer a sus adversarios con un rasgo de intrepidez. Se puso de pie y pidió la palabra. Un movimiento de sorpresa y curiosidad recorrió la sala; el mismo Presidente del Tribunal no pudo sustraerse a él, y con voz que revelaba mal

disimulada complacencia, exclamó: «¡Muy bien! tenéis la palabra».

El general apareció así por primera vez en la tribuna francesa. Esta escena histórica quedó fijada en el relato de la audiencia que insertó el diario *Le Droit.* El redactor anotó «la apostura distinguida y la hermosa y enérgica fisonomía» del acusador. «El general Pacheco y Obes, agrega, vestía frac azul con doble fila de botones de oro y una insignia en el brazo derecho». El orador tendió la vista sobre la sala y comprendió que aquel gesto le había reconquistado la simpatía del auditorio. Pidió entonces energías a las potencias de su espíritu; tenía que vencer las dificultades que le imponía la improvisación en un idioma que no era el suyo, y, además, tenía que luchar contra la peligrosa elocuencia de sus adversarios, y la impresión que ésta había producido en el jurado.

Comenzó su alocución en medio de imponente silencio; nadie se movía en la sala de audiencias. Pidió indulgencia por la dificultad con que iba a expresarse: primero, porque el idioma no le era familiar, y luego, porque era aquélla la primera vez en su vida que comparecía ante un tribunal. Enardecido por la improvisación se lanzó a rectificar las falsedades acogidas por la parte contraria respecto a su país, primero; respecto a su persona, después. «Os habéis burlado de nuestras guerras y batallas y de nuestra pequeñez. Real-

mente, somos muy pequeños; pero cuando Rosas invadió nuestro territorio logramos reunir 12.000 combatientes. Hoy nos quedan 5.000, contando entre ellos aquellos que, niños cuando llegó el enemigo, han podido ahora tomar las armas». «Los otros, exclamó con patético acento, han perecido bajo el fuego del enemigo, porque en esas batallas tan pequeñas de que se acaba de hacer burla, se muere, señores; ¿y es que en vuestras grandes batallas se hace otra cosa?». El acta de la audiencia señala la emoción colectiva acotando este párrafo del discurso con estas dos palabras: «(sensación prolongada)».

«Os burláis de nuestra debilidad y pequeñez, agregó; está bien; pero al hacerlo olvidáis una cosa: ¿os habéis preguntado qué dirá el mundo de vuestro gobierno, que ha consagrado diez años a ese país tan pequeño e insignificante, cuyos asuntos, revoluciones y guerras no pueden excitar más que la sonrisa? Diez años sin lograr imponerle su voluntad; diez años durante los cuales se ha prodigado vuestro dinero, y se han empleado allá vuestras escuadras, y se han enviado allá vuestros mejores diplomáticos».

Se había hablado también con desprecio de las legiones extranjeras de la Defensa, y de un cierto carnicero fallido, llamado Thiébaut, que, con el título de coronel, firmaba uno de los documentos exhibidos por la parte civil. «Ese ciudadano es un francés, dijo el orador con grave acento, y hace

ya tiempo que bajó a la tumba. Murió en su puesto, en la pobreza, después de haber rechazado ofertas considerables que el enemigo le hizo para que abandonara nuestras filas... Si era un carnicero y un fallido, eso nada tiene que ver con nosotros». Agregó, en seguida, que al comenzar el sitio de Montevideo había 18.000 franceses en el Uruguay, de los cuales 3.400 se alistaron para formar la legión francesa, la cual eligió por jefe al coronel Thiébaut, cuya memoria acababa de ser injuriada. «Si entre 18.000 franceses que vosotros teníais allá, exclamó, el primero, el más digno, era un fallido, no es a nosotros a quien alcanza ese reproche. ¡Desdichados de vosotros, señores, desdichados de vosotros! Y no olvidéis que de ese hecho, proclamado ante un jurado francés, tomarán nota los pueblos lejanos a los cuales vosotros tenéis necesidad de enviar vuestra población exuberante».

Terminada la defensa de su país, volvió sobre la biografía que de él había trazado su defensor. Desdeñó ocuparse de la verificación de los hechos; pero se refirió al documento firmado por los generales de Montevideo, en el que se declaraba la necesidad de su viaje a París. Ese documento había sido irónicamente designado por la parte acusada de «certificado de honor». «¡Yo no tengo necesidad de certificados de honor!», exclamó con grave dignidad, dirigiendo la mirada al banco de los acusados. «Cuando alguien duda del

mío es por intermedio de quien duda que yo me hago dar tal certificado».

Cuando terminó su discurso la causa estaba ganada. El jurado, el tribunal, el ministerio público, el auditorio, hasta la parte contraria se sentían subyugados por el bello espectáculo ofrecido por aquel general sudamericano que de tal manera removía y conmovía el sentimiento francés. «Gracias a la elocuencia arrebatadora y llena de imágenes del general Pacheco y Obes, dijo un diario parisiense, la audiencia resultó tan pintoresca y atrayente como jamás lo habían sido las discusiones de los recintos parlamentarios».

El acto concluyó sumariamente; el abogado del general duplicó la acusación; el ministerio público pronunció una breve alocución para sostener que los acusados no habían tenido el propósito de atacar ni a la persona ni al honor del ministro oriental, y terminó con estas bellas palabras: «Y bien, deseamos proclamarlo así: si el general Pacheco y Obes ha creído obtener para él y para la causa de su país alguna ventaja de este debate, no se ha engañado. Su actitud está llena de nobleza y de dignidad, y su lenguaje, vigoroso y coloreado, ha dejado advertir, a pesar de las dificultades de la palabra rebelde, pensamientos siempre elevados, verdaderamente nobles, verdaderamente dignos, y, que se nos perdone, verdaderamente franceses. Una sentencia condenatoria no agregaría

nada a la buena opinión que llevarán de él todos aquellos que le han escuchado».

Interrogados, en seguida, los prevenidos, por el tribunal, declararon solemnemente no haberse referido para nada en los escritos acusados al general Pacheco y Obes. El abogado de la parte civil, requerido por el Presidente, dijo que, en vista de la retractación de los acusados, concluía pidiendo por concepto de daños y perjuicios que aquéllos fuesen condenados al pago de los gastos del juicio. El jurado deliberó más de una hora; el veredicto fué favorable al pedido del abogado del general oriental. La Corte de Assises del Sena condenó a los redactores del *Journal des Débats* y de la *Revue des Deux Mondes* al pago de los gastos del proceso.

El representante del gobierno de la Defensa de Montevideo abandonó la sala de audiencias en medio de aclamaciones. La víspera del juicio de imprenta había escrito a su gobierno: «Me considero feliz de ser yo quien, en la capital de Francia, pruebe lo que vale el noble título de ciudadano oriental». Y lo probó cumplidamente.

Terminado este episodio, ya nada le quedó que hacer en París, sino emprender el regreso a Montevideo, que había arrojado los arreos de guerra, después de salvar la libertad y los principios de la civilización desconocidos por la tiranía. Antes de regresar tuvo otro rasgos de intrepidez. Se lanzó a los aires en un globo aerostático. El aero-

nauta fué arrastrado por el viento sobre el cielo de París y de los departamentos del Norte. Después de un peligroso viaje descendió en el puente de Nogent sobre el Marne. Este fué su último gesto en Francia. Pocos días después, al mediar el año 1852, navegaba sobre el Atlántico en demanda de las murallas de la nueva Troya. Héctor, esta vez, había vencido a Aquiles.

VI

EL OCASO

Cuando el general Pacheco y Obes llegó a Montevideo ya nada quedaba del heroísmo y de la inquietud del Sitio Grande. Los antiguos defensores de la ciudad, y también los sitiadores, enervados por la larga guerra, y embriagados por los goces de la paz, se sentían a gusto en el sedante ambiente que había sucedido a los combates. Solemente se hablaba de conciliación, de fusión de los antiguos partidos, de repudio de las divisas, de olvido del largo drama guerrero. Y era tal el olvido, y tan honda la aspiración de paz, que el propio partido de la Defensa había entregado voluntariamente al enemigo las más altas posiciones de Gobierno.

El no reconoció en aquella ciudad de políticos

amables, de diligentes funcionarios, de laboriosos comerciantes, de honestos menestrales, de gente tranquila que se levantaba con el alba y se acostaba al toque de queda a su ciudad de 1843. Recorrió entristecido sus calles y advirtió que en ellas comenzaban a levantarse modernos y suntuosos edificios; se asomó a lo que antes eran cuarteles, maestranzas, hospitales de sangre y escuelas de guerra y los vió convertidos en pacíficas viviendas; se dirigió a la línea de fortificaciones que él y el general Paz habían levantado en los días angustiosos que precedieron al sitio, y halló que las murallas, las trincheras, los fosos, los reductos, los cañones, ya no estaban allí; tendió la vista a todas partes, buscando ansiosamente algo que le recordara la Nueva Troya; nada, nada, todo había desaparecido. ¿Qué había sido de 1843, de los cañones de la conquista desenterrados, de las murallas levantadas como por ensalmo, de las vajillas domésticas fundidas para hacer moneda, de la Guardia Nacional, de las gloriosas banderas distribuídas a los regimientos, de las legiones extranjeras, sus amadas legiones, de la sed de sacrificio, de la fiebre de gloria, de la embriaguez de heroísmo en que había vivido Montevideo los años del sitio?

Volvió entonces los ojos hacia los hombres y se sintió espantado. El general Rivera no estaba allí; agonizaba de nostalgia en la prisión de la isla de Santa Cruz, en Río Janeiro; un antiguo ministro

del Cerrito era Presidente de la República; otro consejero del general Oribe era Ministro universal; el Cuerpo Legislativo estaba dominado por los enemigos; solamente quedaban los restos del ejército de la Defensa, diezmado en la campaña de Caseros y enervado por la vida de cuartel. Abrazó con dolor a sus antiguos compañeros de armas: a César Díaz, a Lorenzo Batlle, a Francisco Tajes, a Venancio Flores, a Palleja, a José María Muñoz, a Solsona, y quiso encender en sus pechos el antiguo fuego de la Defensa. Un instante creyó advertir que reaparecía el fervor de 1843 y que iba a reanudarse la lucha entre la libertad y la tiranía. ¡Heroico espejismo! Se batía contra molinos de viento.

La caída de Rosas había puesto fin al ciclo heroico; los antiguos aliados del tirano, reincorporados al hogar común, ya no eran una amenaza para la libertad. Los defensores de Montevideo habían envainado la espada. Todos aspiraban a vivir tranquilamente, a gozar de las delicias de la paz.

El no pudo conformarse; requirió al general Rivera, que permanecía todavía en el destierro, para que viniese a encabezar la reacción defensista. Mientras llegaba el proscripto, arrastrado por la ilusión que lo poseía, logró galvanizar a sus antiguos compañeros, se lanzó a la revolución, depuso al Presidente Giró, organizó con don Venancio Flores el frustrado triunvirato de 1853 y sostuvo

con la espada, la pluma y la palabra el exótico gobierno, a la espera de que el héroe ausente viniera a ocupar el sillón de triunviro. Abrigaba la ilusión de que la presencia del general Rivera en Montevideo mantendría el fuego de las antiguas tradiciones; pero aquél murió cuando, después de larga y dolorosa proscripción, logró pisar las fronteras de la patria.

La muerte del general Rivera le llamó a la realidad. Advirtió que con el héroe se extinguía toda una época y se preparaba el advenimiento de nuevos tiempos. Se sintió solo e incomprendido; el escenario se había reducido y el actor apenas podía moverse en él; sus propios compañeros comenzaban a vacilar y le miraban con secreto temor. Comprendió recién que él estaba de más y que ya nada le quedaba que hacer en Montevideo.

Le cogió otra vez la misma secreta angustia que había experimentado en París cuando conoció la noticia del pronunciamiento de Urquiza, la alianza, y el nombramiento del general Garzón para jefe del ejército nacional. «La influencia del general Urquiza y la presencia del general Garzón en nuestra política es la señal de mi retirada», había escrito en aquella ocasión a un amigo. «Yo soy una de las muy pocas individualidades que deben sacrificarse, y a ello estoy dispuesto, con la misma abnegación con que siempre me he prestado a todo lo que exige el interés de la patria... Bien considerado todo, estoy resuelto, además, a vivir fuera

del país... En el rincón en que me esconda, esté usted cierto, mi amigo, de que ninguna amargura ha de acompañarme». Abandonó entonces, sin vacilar, toda posición y buscó en la intimidad del hogar, que acababa de reconstruir, consuelo a sus decepciones.

Hasta allí lo persiguió la saña de sus enemigos y la indiferencia de sus amigos. Alguien se atrevió a llamarle públicamente extranjero y a formular cargos injuriosos contra el héroe de la Defensa de Montevideo. Era lo único que le faltaba para sentirse extraño en la patria y en la sociedad de la que había sido árbitro y señor.

Aquello fué su vaso de cicuta. Desde ese momento resolvió expatriarse para siempre; pero antes, volvió por su honor ultrajado. Emplazó ante el jurado popular al calumniador, y cuando se halló en la sala de audiencias, frente a él, y ante una muchedumbre que esperaba suspensa, se dirigió al tribunal, y exclamó con voz severa y grave, en la que se transparentaba el dolor de que se hallaba poseído: «Hace algunos días me habría presentado ante vosotros pidiendo justicia en nombre de las leyes de mi patria; hoy, menos feliz, invoco su protección, no como ciudadano, sino como «extranjero», y lo que es más, como un hombre que no ve en el ámbito de la tierra el pueblo a cuyo hogar pueda sentarse diciendo: «estoy en mi casa». Debo al hombre que tengo delante de mí este triste desengaño; de los tiros que se me han dirigido con

tanta alevosía, es el de él, el solo que ha llenado su objeto, pues me ha herido profundamente. Entre vosotros recibí, niño, las maternas caricias; para correr vuestros peligros abandoné la carrera de las letras que seguía con distinción; os había consagrado mi vida; sirviendo siempre con lealtad y con entusiasmo vuestro pabellón, suponía que era el mío, suponía que nadie podría contestar mi derecho al bello título de «oriental». De repente he visto que me engañaba... Una voz me ha llamado «extranjero», y cuando ninguno en el país se ha presentado a contradecirla, he comprendido que tenía razón el que así me llamaba. La decepción fué terrible; pero he aprendido, en el curso de una larga vida, cómo se sufre. He sufrido, pues, y he sufrido más al tomar la resolución de entregaros la posición honorífica que me habéis confiado y de abandonar una patria que no podría llamar mía».

Animado luego por el impulso de una de las nobles pasiones que movieron su vida moral, agregó en un arranque de sublime elocuencia: «Si esta resolución no ha sido ya llevada a cabo, si todavía el «extranjero» está entre vosotros, es porque cuando todo ha podido daros, no puede ni debe daros el honor. Permanezco entre vosotros para confundir al que se ha atrevido a calumniarme». Y luego de un apasionado alegato en el cual confundió a su adversario, inició su defensa: «¡Ya sabéis que soy el hombre del 43!» exclamó, arrebatado por

la improvisación, y el hombre del 43 hizo pública confesión de su vida, de sus luchas, de sus sacrificios, de sus glorias, de sus infortunios. Aquello fué su autobiografía y su testamento político. La multitud que llenaba la barra de la sala de audiencias, dominada por el extraordinario espectáculo, aclamó al héroe mientras el jurado condenaba a seis meses de destierro al calumniador.

En el curso de la improvisación, había dicho con dignidad y tristeza: «Sabéis que acepto francamente la posición de extranjero que me da ese hombre, y que tengo la resolución de no darle a él ni a nadie el derecho de reprocharme otra vez los honores que me concediera la patria. Sabéis ya que el general Pacheco y Obes os habla en esta calidad por última vez, y debéis saber que él no ha de faltar al compromiso que aquí toma de retirarse de entre vosotros».

Aquél fué un bello gesto oratorio que conmovió profundamente a la muchedumbre; pero fué también el anuncio de un sacrificio real, de un holocausto romántico en la pira del cual arrojó su propia vida. Pocos días después de este memorable episodio, despojado voluntariamente de su dignidad de general oriental y de sus ejecutorias de ciudadano, abandonó la patria y se refugió en Buenos Aires.

Cuando partió iba enfermo del alma y del cuerpo. El vaso frágil que encerraba aquel poderoso espíritu estaba quebrado; la pasión de ánimo, que

le había cogido en Montevideo, acibaró los días de su último destierro. Al comenzar el mes de Mayo de 1855, apenas un año después de su partida, sus males se acentuaron, y ya no pudo abandonar el lecho. El héroe declinaba sin remedio. Pájaro de tormenta, necesitaba la tempestad, como el albatros, para tender las alas. Nacido para la lucha, al faltarle ésta, se moría de nostalgia como el águila salvaje robada a la libertad de sus montañas.

El 21, al obscurecer, comenzó la agonía. Ya entrada la noche, el enfermo parecía reposar serenamente. El pálido rostro, orlado por la cabellera y la barba de oro, había adquirido soberana belleza. Tañían las campanas a silencio cuando el moribundo abrió lentamente los ojos, se incorporó en el lecho, se llevó las manos al cuello, y, con voz apagada, murmuró: «No es nada». Dobló en seguida la cabeza, y expiró.

EL ULTIMO GENTILHOMBRE

I

LA EPOCA Y EL CARACTER

La revolución de 1810 fué un gigantesco crisol, en el que se fundieron y transformaron las ideas y sentimientos de la antigua sociedad hispano americana. Lo extraordinario del acontecimiento cambió el panorama de la vida del hombre colonial, despertó sus ideas y su imaginación, transformó su carácter y estimuló su aptitud sentimental. Se pasó demasiado rápidamente de la existencia plácida y ociosa de la colonia a la vida activa e inquieta de la guerra; de las rancias audiencias y apacibles cabildos a las tumultuosas asambleas y los intrépidos congresos; de los solemnes besamanos y juras reales a los espartanos festejos de Mayo; de los requerimientos al virrey, al Consejo de Indias y al monarca a las consultas plebiscitarias a la soberanía; de la monarquía a la república; del vasallaje a la libertad. El hombre colonial vió mu-

chas cosas en breves años: virreyes depuestos y ajusticiados; audiencias abrogadas; juntas populares soberanas; ejércitos que inscribían en sus estandartes la palabra «libertad». Vió más aún: vió a las tropas veteranas del rey atacadas y derrotadas por estos escuadrones insurgentes; las banderas y los pendones reales abatidos; el dosel de la monarquía caído en medio de escombros y confundidos: la corona de los Césares españoles, los leones de Castilla, el manto real de armiño forrado con la púrpura de los Carlos y los Felipes. Vió a las matronas, que solamente abandonaban el estrado para asistir a funciones de iglesia y besamanos de corte, despojarse de sus joyas y entregarlas a la patria; coser banderas azules y blancas; preparar con sus manos cartuchos; hacer hilas y vendas e incitar a los esposos, a los hijos, a los hermanos, a los criados, al mismo pueblo a marchar tras los estandartes de la libertad. Y, por fin, vió a cabildantes, asesores de gobierno, ministros de Su Majestad, prelados y priores de órdenes religiosas, dignatarios de la corona, antiguos familiares de virreyes y gobernadores, oficiales de los reales ejércitos, modestos vecinos, pulperos y mozos de tienda convertirse de la mañana a la noche en tribunos, generales, caudillos, héroes y mártires.

No es raro que tales sucesos crearan un ambiente propicio al desarrollo del carácter, y que la generación en él concebida haya traído a la vida,

como rasgo diferencial, una sensibilidad inquieta y enfermiza, una imaginación exaltada y un acentuado predominio del sentimiento sobre los impulsos del egoísmo y los dictados de la razón. Esta generación llegó en el momento histórico en que el romanticismo conquistaba el mundo. No pudieron llegar más a tiempo ni el romanticismo para ella ni ella para el romanticismo. Se entendieron desde el primer momento, y aun antes de que, aquél, se infiltrase en la literatura, ella le abrió los salones, el gineceo, el hogar; le entregó la educación, la sociabilidad, las costumbres, la política, todas las actividades de la vida social. Aquellos hombres leyeron libros hasta entonces desconocidos; oyeron música que jamás habían escuchado; experimentaron sensaciones que los turbó hasta lo más profundo del ser. Se sintió como una frenética necesidad de vivir una vida más complicada; la naturaleza adquirió una expresión, un interés y un lenguaje de que hasta entonces parecía carecer, y se advirtió que el hombre, lejos de estar aislado en su seno, forma parte de ella y es el centro del maravilloso espectáculo; y que el mar, la tierra, el bosque, el río, el lago, la montaña, la llanura con sus calmas, sus tempestades, sus voces, sus murmullos, sus misterios, sus soledades, sus melancolías son espejo y trasunto de lo que encierra el corazón humano.

A la exaltación espiritual, congénita en estos hombres, se agregó la que produjo aquel impulso

renovador que se apoderó de las facultades superiores del espíritu y que vistió la substancia esencial interior con las pintorescas formas exteriores. Los salones se poblaron de personajes de larga cabellera, barba recortada a lo Larra, corbata a la guillotina y ceñido frac; y de lánguidas figuras femeninas peinadas con *bandeaux* y graciosos bucles, con el cuello desnudo y el frágil talle oprimido por la crinolina. Todos estos personajes, que conocemos por las estampas de la época, los daguerrotipos y los retratos de Monvoisin o Gallino que penden de los muros de las casas próceres, tienen una gran semejanza con las figuras de «El Correo de Ultramar» y con los grabados en madera que ilustran las ediciones de mitad del siglo pasado. Un soplo de melancólica fatiga y de encantadora tristeza pasa por estas pálidas frentes atormentadas, y en ellas parecen reflejarse las imágenes que dejaron la proximidad de la epopeya, el espectáculo de las guerras civiles que fué la secuela de la independencia, y la intensa vida pasional e imaginativa alimentada por los libros en boga, en que los Saint Preux, los René, los Werther, los Adolfo se mezclan y confunden con Julia, con Lucía, con Carlota, con Eleonora, muchedumbre de fantasmas que todavía andan por el mundo conmoviendo almas y turbando imaginaciones.

Un nuevo elemento complicó aun más la exacerbación sentimental de estos hombres: la tiranía de don Juan Manuel de Rosas que, después de 1830,

y durante veinte años, envolvió en una nube sangrienta a las sociedades del Plata. Frente a ella se sintieron poseídos de un invencible deseo de libertad, y a este deseo subordinaron y sacrificaron los naturales impulsos de la sensualidad juvenil. El odio a la tiranía les hizo amar la proscripción y la pobreza, y se sintieron atraídos por ellas con mayor fuerza que por los halagos de la vida fácil y la fortuna. En lugar de esquivar se buscó el peligro: la vida fué considerada como constante holocausto y se la estimó, antes que nada, como medio de realizar acciones memorables. Hubo una extraña exaltación de sentimientos caballerescos y se sintió como una necesidad de practicar grandes empresas.

Todo se coloreó de un tinte heroico. La prensa adoptó un lenguaje que hasta entonces no se había conocido; se llenó de frases e invocaciones casi delirantes, de composiciones poéticas encendidas de un nuevo y extraño estro, de sentencias políticas y morales en que se confundían y mezclaban la doctrina estoica, los principios de 1789 y las paradojas de los revolucionarios de 1830. En la tribuna se oyeron también gritos de pasión desconocidos, arranques de elocuencia dignos del Senado de la República Romana, apóstrofes, apelaciones a la dignidad humana y a la libertad, y requerimientos al honor y al valor cívico que, solamente habían sido escuchados en las asambleas de la Revolución, y en las proclamas y arengas de los generales.

Las andanzas políticas, los peligros, las proscripciones y las guerras, al retemplar el carácter, respetaron aquella como dulce virginidad del sentimiento que mantuvo intactos los sueños adorables de la adolescencia. El amor se convirtió para estos hombres en religión, y la mujer en objeto de culto casi sobrenatural. Actos de sencillo y conmovedor sentimentalismo alternaron con episodios en que se ofrendó nombre, libertad y vida. Se buscaron los amores novelescos, los idilios sahumados por la pólvora de las batallas, los enlaces entre combate y combate. Se vieron cruzar el río a misteriosos viajeros, de tez pálida, cuya procedencia y destino se ignoraban. En Montevideo y en Buenos Aires las rondas nocturnas sorprendieron a embozados personajes que se desprendían de las ventanas enrejadas o salían de la sombra de las tapias y huían hacia la ribera, donde los esperaban desconocidas embarcaciones que zarpaban en seguida. En el bajo de Buenos Aires los puñales de la mazorca epilogaron, muchas veces con sangre, estos temerarios idilios. Se interceptaron cartas en que se leían palabras como éstas: «Odio al maldito tirano: pero no puedo odiar la divisa federal porque me recuerda el color de tus labios». Los jóvenes del sitio de Montevideo se gloriaban de obsequiar a sus novias con flores cogidas en la propia quinta del general Oribe, hasta donde llegaban, por la noche, burlando las guardias y centinelas y desafiando a la muerte. En la tertulia del general Vedia se os-

tentaron, en pechos unitarios, muchas de estas rosas y claveles federales del Cerrito. Estas mujeres afrontaron también azares y peligros superiores a la fuerza de su sexo. Si hubo muchos Danieles también hubo muchas Amalias. Una de ellas se lanzó fuera de la plaza en busca del cadáver de su novio, caído en una emboscada, y lo condujo hasta las trincheras como una heroína de la tragedia clásica. Otra, en presencia de su prometido, muerto en combate singular, se despojó de su cabellera y la depositó en el ataúd como ofrenda de su virgen amor.

Así se vivía y sentía en aquella época: amor, destierro, sangre, ¡triste lote el que tocó a la generación mártir, concebida entre nuestras dos grandes epopeyas, formada en la escuela de las guerras domésticas, nutrida con la savia espiritual del romanticismo, y predestinada al sacrificio!

II

EL INTERPRETE

La generación romántica del Río de la Plata tuvo su intéprete en Juan Carlos Gómez. No pudo elegirlo mejor. En su persona física, moral e intelectual y en la historia de su vida, y sobre todo de su alma, se acendraron las virtudes, los defectos,

las inquietudes, las pasiones, los rasgos y peculiaridades de los hombres de su época.

Lucio Vicente López pidió para su tumba esta inscripción: «Aquí yace el último gentilhombre». No sé si fué el último gentilhombre; pero que era un gentilhombre, vaya si lo fué. Tenía la belleza, el interés y el sello inconfundible de los héroes románticos que ya solamente podemos admirar en las páginas de las novelas o en los retratos de aquella escuela señorial y melancólica que fundó Ingres, y que perpetuó en Montevideo el pincel de Cayetano Gallino. Convergían a su figura, en la que se hallan perfiles de *dandy* y continente de gran señor, el prestigio y la gracia un poco enfermiza de la generación atormentada que fué hija espiritual de Werther y de René. Era de tez pálida, de ojos profundamente azules; llevaba la cabellera y la barba como Alfredo de Musset en el retrato dibujado por Gavarni; su frente era amplia y serena; en su rostro había una indefinible expresión de severidad y ternura, de imperio y viril tristeza.

Nadie reunió como él todos esos rasgos peculiares que conquistan el alma femenina y a cuyo prestigio no podemos tampoco sustraernos los hombres. Unía a la indomable energía del carácter la más viva e inquieta sensibilidad. Era valeroso e intrépido como un héroe, y, a la vez, tierno y delicado como un niño. Todo él fué una mezcla de ardimiento, de arrojo, de ensueño. El desen-

canto, el dolor y los años no pudieron destruir la perenne juventud de su corazón y de su espíritu.

De toda su historia trasciende ese hechizo, esa misteriosa fuerza de seducción que solamente es don de ciertos hombres y de ciertas vidas. Había nacido para imperar sobre las inteligencias y los corazones. «No era posible verlo y oírlo sin amarlo», dice uno de sus discípulos. Todos sus contemporáneos afirman lo mismo. Así era este hombre: al hablar encantaba; al callar seducía; cuando atravesaba la multitud todos los ojos se volvían hacia él. «Lo veíamos pasar, dice Miguel Cané, con su figura elegante y distinguida, su fisonomía acentuada, su bella cabellera que quedaba sobre su frente como el pabellón de su juventud constante, su pie de patricio, la cómoda soltura de sus maneras, y lo seguíamos en la calle, en los paseos, en el teatro, con los ojos ávidos con que mirábamos al general Mitre en 1860 y a Sarmiento desde que nacimos».

¿Cómo no mirarlo así? Si Pacheco y Obes hizo de su vida una epopeya, él hizo de la suya un poema. No faltó en esta vida la materia épica y aún la trágica; pero predominó en ella el frenético lirismo que hizo de él la figura representativa del romanticismo platense. Fué el romántico integral: lo fué en su historia sentimental, en su labor literaria, en su acción política, en su actividad cotidiana, en su vida y en su muerte. Si fuese necesario

buscarle analogía en la historia contemporánea, sería difícil hallarla; podría sugerirse este carácter con fragmentos de otras vidas ilustres: la juventud radiante y atormentada de Alfredo de Musset; las peregrinaciones melancólicas de Byron; las intrépidas campañas de Armand Carrel; los rápidos encumbramientos y caídas de Chateaubriand; el destierro de Hugo en Jernessey; el altivo estoicismo de de Vigny; la incurable tristeza de los últimos años de Lamartine. Aún así faltaría la admirable unidad moral de este carácter, la trayectoria recta e inmutable que, siempre aparece, cuando se desvanecen las formas accesorias con que su lirismo y su aptitud estética envolvieron los actos de su vida.

Así fué él; nadie ni nada contuvieron su espíritu ávido de libertad y de justicia. Lo había sido desde niño. Son innumerables las anécdotas que comprueban la unidad y rigidez de este carácter. Siendo casi adolescente, ante el desdeñoso gesto con que dos mariscales del Imperio, recamados de oro, acogieron, en la mesa de su padre, a un oficial del ejército oriental que llegó, proscripto, vistiendo el pobre traje de campaña, exclamó impetuosamente: «Señores mariscales, este oficial es de los de Ituzaingó». En 1857, cuando todos huían de Montevideo, asolado por la peste, él vino a asistir a los enfermos y a enterrar a los muertos, y cuando alguien pretendió detenerlo, dijo: «Entre los que gozan y los que sufren, yo estoy con los

que sufren y con los que mueren». Cierta madrugada trágica, antes de partir para un duelo en que iba a jugar su vida, escribió a su íntimo amigo, don Pedro Bustamante, una carta para confiarle sus hijos, y luego improvisó cuatro estrofas, que todos sabemos de memoria, y las puso en manos de Rufino Varela a manera de testamento sentimental. Otra vez, ante las palabras agresivas de Nicolás Calvo, el duelista más temible de su época, escribió temerariamente estas palabras: «No hay nada más despreciable que el honor de un espadachín, como no sea el valor de un espadachín». Se concertó en seguida un lance a muerte que debía ser decidido por el azar. Calvo disparó su pistola sobre el pecho del contrario; pero le había tocado el arma sin carga y quedó a merced de su adversario. El descargó su pistola al aire y exclamó: «Yo no he venido aquí a matar, he venido a morir».

¿Cómo sustrarse al imperio de este corazón y de este carácter? ¿Cómo defenderse contra la fascinación que irradia esta noble figura? Si hasta los hombres acostumbrados a jugar con el peligro y a desafiar a la muerte se entregaban sumisos en su presencia. En 1857, cuando su terrible campaña de *El Nacional*, sometía a su arbitrio a caracteres tan agrios y bravíos como los de César Díaz, Gregorio Suárez, Sandes y Tajes. Narra Angel Floro Costa que, en una reunión política de ese año, presenció una violenta rebelión de San-

des, el impetuoso lancero que se jactaba de ostentar cincuenta y dos heridas en el cuerpo, todas curadas sin fiebre, y que no se avenía al imperio de aquel tribuno de tez pálida y manos femeninas. El rudo guerrero bramó como un león. El no hizo más que clavarle su mirada azul, y el caudillo enmudeció súbitamente y quedo extático.

Hasta la pobreza fué en él poesía y prestigio. Desde el destierro de Chile envió a Juan María Gutiérrez los «Cuentos Fantásticos» de Hoffmann y escribió sobre la primera página estas melancólicas palabras: «Quisiera enviarle algo más; pero todo es aquí tan caro, y, ¡sobre todo el pan!» «El dinero, escribía a un amigo, no me quitará una noche de sueño. Si he de morir en un hospital, tanto vale. Será la recompensa debida al haberme olvidado de mis intereses por servir los de mi país». «En los últimos días de su vida, dice Sarmiento, en medio de la prosperidad de Buenos Aires, el pan era tan caro para él como en 1846 en el destierro voluntario de Chile».

Desde Buenos Aires escribía, en un momento de suprema amargura, a su amigo, don Pedro Bustamante: «Después de la vida, su propio ostracismo es lo más que el hombre puede ofrecer en holocausto a la causa que ha abrazado... ¿Duermo yo acaso en lecho de rosas? ¿Por qué no vienen a acostarse en él los que tan cómodo lo encuentran?... Otros, con fortuna, con posición, con excelentes relaciones aquí, no han podido soportar

seis meses de expatriación; algunos de ellos ni siquiera dos; y yo, poeta, que tengo que pedir a la ruda labor cotidiana el óbolo de la subsistencia; yo, que no sé lo que vale una onza de oro sino por el trabajo que me cuesta ganarla, ¿seré el único para quien el destierro sea una Capua? ¡Qué! ¿No tengo yo corazón? ¿No tengo afecciones? ¿No tengo deudos queridos? ¿No tengo amigos? ¿No necesitaré, en fin, refrescar mi espíritu al contacto de las brisas de la patria, y reposar mi frente bajo la copa de los árboles que plantaron mis mayores?» Y veinte y dos años después, ya en el umbral de la muerte, el proscripto lanzaba todavía la misma melancólica queja, en la intimidad de la correspondencia con el mismo amigo: «Cuántas veces la nostalgia me ha tenido con el pie en el estribo para una corta excursión por la patria, que me aflige morir sin volver a ver; y he tenido que hacer un esfuerzo sobre mí mismo para no dejarme vencer por esa debilidad del corazón. Si está escrito que he de terminar mi vida sin volver a verla, sépase al menos que no es por falta de amor a los seres y a las cosas que fueron el embeleso de mi juventud y son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez».

Había nacido en Montevideo el año veinte, «el año de las montoneras y de las independencias», como él mismo lo dijo; era, pues, adolescente cuando se organizó la República; tenía quince años y cursaba humanidades cuando Echeverría publicó

«Los Consuelos»; tenía veinte y estudiaba derecho aquel terrible año cuarenta cuando, en medio de la borrasca de sangre desatada por el tirano don Juan Manuel, desde Palermo, el romanticismo se hizo dueño de las sociedades del Plata. Entonces llegó su hora. Como Rousseau cuando abandonó la casa paterna, como Chateaubriand cuando cruzó el océano en busca de la virgen naturaleza de América, como Byron cuando se despidió de las costas de Inglaterra él sintió también el vértigo de la libertad y la embriaguez del ensueño. Este vértigo y esta embriaguez lo poseyeron para siempre, y, presa de ellos, viajó por los países de la poesía, de la literatura, de la filosofía; recorrió buena parte del planeta; conoció sociedades diversas; cruzó por los salones y se entregó a los embates de la política y al dolor de la vida.

Comenzó a cantar como nadie lo había hecho hasta entonces. La libertad, como los demás grandes temas poéticos, había sido exaltada en forma impersonal; teníamos los himnos marciales y las odas pindáricas de corte clásico en que los hombres de la independencia creyeron ver expresadas sus aspiraciones. Este poeta de veinte años halló para hacerlo un lenguaje nuevo, un acento y una entonación desconocidos; pensamientos e imágenes que parecían no caber en la amplia medida de los alejandrinos; apóstrofes e imprecaciones que llenaban de estupor y a veces de espanto. Cantó en seguida al amor; y, a su acento apasionado y sombrío, pa-

reció que la tempestad envolvía el paisaje arcádico; grandes nubes cárdenas cubrieron el cielo; los árboles fueron sacudidos por un viento silencioso y helado que todo lo desvastaba; las deidades, las ninfas, los pastores y los rebaños huyeron despavoridos; ya no se oyeron murmullos de arroyuelos, ni suaves alientos de brisas, ni gritos de ninfas y bacantes, ni canciones de zagales. Se vió, en cambio, cruzar el páramo a un hombre enlutado, de rostro pálido, en cuya frente, ensombrecida por precoz desencanto, se adivinaba no sé qué signo de fatalidad y de desolada tristeza. Este hombre hablaba también un nuevo idioma; y, sobre todo, hablaba de sí mismo; lloraba como un niño y lanzaba gritos de pasión que jamás habían sido escuchados; se entregaba a embates de la imaginación y a impulsos de la sensibilidad que estremecían pero subyugaban; a confidencias que iban, desde la anécdota hasta la confesión. Este hombre se confesaba a sí mismo y a los demás, y parecía sentir, al hacerlo, el complicado deleite con que los disciplinantes laceraban sus carnes.

Había en aquella poesía un sabor acre y un sentimiento punzante que correspondían al estado de guerra y zozobra en que vivía la sociedad. La desolada melancolía de estos versos acordaba con el terrible espectáculo que ofrecían las naciones del Plata. Cuando se levantaban en Buenos Aires y en las provincias argentinas pirámides de cabezas humanas y humeaba la sangre en todas partes;

cuando en las campiñas del Uruguay se libraban tremendas batallas y los perseguidos por la tiranía buscaban refugio en Montevideo, último baluarte de la libertad, para defender, desde sus murallas, vida y honor, las almas se hallaban naturalmente dispuestas a escuchar este lenguaje y gustar esta poesía. La gustaron y se embriagaron también con ella.

III

EL ROMANCE

Aún hubo más; este hombre necesitaba una tortura real para justificar la fatalidad de su destino. Y la obtuvo cumplida. A partir de 1843, toda su existencia estuvo regida por la exacerbación sentimental que en él produjeron sus desgraciados amores con Elisa Maturana. Esta especie de novela a lo Saint Pierre se narra todavía en los viejos hogares de Montevideo. El romanticismo de nuestras madres y abuelas tuvo en ella mucho paño que cortar; sus principales capítulos fueron estilizados con aquel delicioso candor de sentimiento que ya es inútil buscar en las complicaciones y refinamientos de nuestra época. Es un caso sentimental que podrá ofrecerse siempre como ejemplo a la inconstancia de los jóvenes y al tedio de los viejos.

Apenas adolescente, Gómez se enamoró de Elisa,

que no contaba aún diez y siete años, e hizo de ella su musa juvenil. Por su rango, por su educación, por sus sentimientos y belleza merecía la niña la ofrenda del poeta. Tres años duró este idilio que tuvo por marco la enrejada ventana de la casa paterna de la calle de San Luis y los frondosos jardines del Paso del Molino. Jugué, siendo niño, bajo los árboles de la quinta de Maturana y a la sombra de los pilares del señorial portón, y conocí los sitios poetizados por la tradición doméstica: el emparrado patio, los alicatados arriates, el banco de piedra, el ciprés cubierto de claveles del aire, testigos todos de los amores de aquel nuevo Pablo y de aquella desventurada Virginia.

Un día tuvo él que partir; cambió con su prometida mutuas promesas y se llevó, como prenda de esponsales, una miniatura, aprisionada en un aro de oro, en cuya tapa posterior ella depositó un rizo de sus cabellos. Elisa aparece, en el retrato, en el esplendor de su malograda juventud. Los largos bucles de su negra cabellera, peinada en *bandeaux*, caen, en cascada, sobre los desnudos hombros y forman marco al óvalo del rostro, acusando la blancura de la tez. Los grandes ojos obscuros aparecen velados por una vaga niebla de tristeza. Un corpiño de negro terciopelo, ornado de encajes, pone una nota de duelo en el retrato. La mano poco diestra del pintor deformó el dibujo; pero, felizmente, reprodujo con fidelidad la expresión tierna y apasionada del rostro y el gesto

melancólico con que se inclina la cabeza de la niña.

A poco de separarse los enamorados estalló la Guerra Grande, y el padre de Elisa, don Felipe de Maturana, antiguo capitán de la independencia, gran señor de genio extravagante que solía entretener sus ocios cultivando el arte de la pirotecnia, se refugió con su familia en su quinta del Paso del Molino, que quedaba al amparo de los cañones del general sitiador, de quien era antiguo camarada y amigo. La ausencia y la guerra tendieron como un fúnebre velo sobre la juvenil belleza de Elisa; su tez palideció, y se hizo más intensa la expresión melancólica de sus ojos.

Un hombre que, en aquella época, llegaba a la cuarentena transformó el idilio en doloroso drama. Este hombre fué el doctor don Carlos Gerónimo Villademoros, ministro omnipotente del gabinete que el general Oribe organizó en el Cerrito. Quienes conocieron a este personaje, sus propios amigos, le miraron con secreta prevención y le señalaron siempre como el inspirador de las ejecuciones ordenadas por el general Oribe en las campañas de las provincias argentinas y en el asedio de Montevideo. Se le presentaba como hombre de exterior impasible, pero dominado por ardorosas pasiones; un trasunto de aquellos señores italianos a lo Ludovico Sforza, capaces de ofrecer con la enguantada mano y la sonrisa en los labios la sutil sentencia que no tiene remisión. Era hábil

jurisconsulto, erudito, humanista y poeta; sus versos, sobre todo los eróticos, disfrazan, con formas clásicas a lo Catulo, la inclinación sensual que la madurez avivó en vez de apagar.

Villademoros concibió violenta pasión por la niña; rechazó ésta los requerimientos del insólito galán; pero no era él hombre de dominar sus deseos. Mediaron las terribles influencias de la época y la autoridad paterna se vió obligada a vencer la repugnancia y el dolor de la infortunada. Se consumó el sacrificio; Elisa fué casada con el ministro del general Oribe; y lo que pudo suponerse perjurio fué para ella inenarrable suplicio. No resistió a la prueba; después de languidecer melancólicamente, y de sufrir las torturas de la maternidad, sucumbió de pavor, una trágica noche de Octubre de 1846, en que una banda de esbirros asaltó la casa de su primo, el doctor Eduardo Acevedo, que vivía junto a la suya.

Entre tanto, el enamorado vagaba proscripto. Cada jornada de esta peregrinación está inmortalizada por una de esas breves pero intensas composiciones líricas que han aprendido varias generaciones de memoria. Es aquel un poema profundamente melancólico. En ninguna parte halla paz para su espíritu ni descanso para su cuerpo. Este peregrino de la libertad y del amor sólo tropieza con la adversidad, y, si alguna vez, al pasar, corrido por el infortunio, ante una puerta amiga, se detiene un instante junto a la mesa del sun-

tuoso festín, es para reanudar el azaroso viaje antes de que la copa se haya aproximado a sus sedientos labios.

De Río Grande, donde busca asilo en casa de su hermana, lo expulsan las autoridades brasileñas, y él se despide con estos versos, que son un adiós y una queja:

¡Adiós, hermana, adiós! Tiendo la vela
Otra vez a la mar embravecida;
No deben las tormentas de mi vida
Azotar las paredes de tu hogar.
Transido de tristeza y de fatiga
Quise buscar en la familia asilo;
Y sólo vine de tu hogar tranquilo
A perturbar la sosegada paz.

¡Vuelvo, hermana, a la mar! ¡Dios no lo quiere!
Me niega un día de descanso, ¡un día!
Fuerza es seguir la dolorosa vía,
A mi calvario con la cruz llegar!
. . . .
¿Oyes bramar furioso el océano?
¡Está impaciente porque tardo ya!

Busca entonces refugio en Porto Alegre, en casa de su padre; también es expulsado de allí. ¿Qué hacer?

Once more, upon the sea...

Y desde el mar, como Byron, lanza este grito de dolor:

Envuelto en la tormenta el pájaro del polo
Recorre infatigable la procelosa mar;
Así sobre las ondas, acongojado y solo,
Sin esperar descanso me lleva el huracán.

Río Janeiro ofrece una breve tregua a su peregrinación; allí puede reposar y aturdirse algunos días con los placeres de la sociedad. Una mujer le ofrece su amor, y él exclama con fatiga:

No, tú no curas mi mortal tristeza
Aunque sea tu bálsamo el mejor!

Otra mujer le envía su álbum, y él deja caer en sus páginas algunas desencantadas estrofas, y concluye así:

Yo nací en la borrasca, y me complacen
Los tumbos y el embate de las olas;
Duerme a la orilla de tu fuente a solas,
Yo me voy a las ondas de la mar!

Y parte de nuevo, sin beber la ambrosía que para él resultaba más amarga que el agua del mar. El barco que lo conduce no encuentra playas hospitalarias; el proscripto mezcla su voz a la del viento y la de las olas para cantar su soledad:

Mi voz es de recuerdos, mi voz es de tristeza,
De la mañana el himno no puedo preludiar,
Nacido en la borrasca no he visto más belleza
Que la enlutada nube y el irritado mar.

Producido el sacrificio y la muerte de Elisa, en una confidencia lírica dirigida a su madre, narra la historia de sus tristes amores y se despide de su juventud para siempre. ¿Qué quedará de todo ello? El ya lo ha dicho en esta melancólica estrofa:

Vivir así en los otros como un recuerdo incierto,
Como algo que no puede la mente perpetuar,
Reflejo de una tarde serena en el desierto,
Vestigio de una noche de luna sobre el mar.

Así llegó a Chile, conducido por la nave del destierro, abatido por el dolor y el desconsuelo. Allí encontró manos amigas que se le tendieron; la sociedad chilena lo acogió en su seno; los círculos literarios y las tertulias patricias se disputaron su presencia; la redacción de *El Mercurio* le franqueó sus puertas y le entregó la columna editorial del diario que, hasta la víspera, había redactado Alberdi.

Convivió con los hombres más eminentes de la época; sus artículos doctrinarios y de polémica conmovieron el país andino y, salvando las fronteras, hicieron temblar al tirano de Buenos Aires; sus versos se difundieron por toda América; jóvenes y viejos repitieron de memoria el «Canto a la Libertad»; las nuevas generaciones recitaron, conmovidas hasta las lágrimas, sus desencantadas poesías del destierro y refirieron la historia novelesca de sus amores.

Con esta aureola romántica regresó a Montevi-

deo en 1852, después de un breve viaje por Europa. Apenas pisó de nuevo la ciudad paterna se dirigió a la tumba de Elisa; fué aquélla una peregrinación a la manera romántica del poeta de «El Lago». El la inmortalizó en un precioso poema, digno de ser ilustrado con viñetas de Devería o de Nanteuil. El poeta busca, debajo del musgo que cubre la piedra funeraria, el nombre de Elisa, y evoca su imagen; la ve pasearse debajo de los sauces como el ángel de la melancolía; recuerda los rizos de su negra cabellera, sus grandes ojos oscuros, su voz delicada, su pie breve, su rostro reflejado en las espejadas aguas del Miguelete, cuyas orillas recorrieron los enamorados en los serenos días del idilio. Volviéndose luego a los causantes de su desventura, se pregunta con sombrío acento:

¿Qué hicimos, inocentes, para expiación tamaña?
¿Qué hicimos, pobres niños, para irritar la saña
De ese tropel de bárbaros que nos lo derribó?
De ese tropel de bárbaros que con sangrientas manos,
En delirante furia, al pie de los tiranos,
Honra, familia, patria y religión echó!

¿Qué hicimos? Ser tú un ángel ungido de la gracia,
Que siempre hallabas bálsamo para cualquier desgracia,
Y nunca indiferente se te acercó el dolor;
Ser yo desde temprano sostén del oprimido,
Mi débil pecho de égida poner desprevenido,
No abandonar la víctima al sacrificador.

Este torrente de dolor halla luego más sereno cauce, y el poeta siente que su congoja se dulcifica y que las palabras de perdón suben a sus labios:

Tú perdonaste, Elisa, y yo, que en mí sentía
La voluntad del fuerte, e indómita energía,
Capaz de un mar de sangre y de vengarte bien;
Me resigné a ser víctima por mantenerme bueno,
Del mundo acepté, humilde, el cáliz del veneno,
Y de punzante espina dejé ceñir mi sien.

Los últimos versos contienen la promesa del eterno recuerdo y la queja desconsolada, grito de soledad y angustia, cuyo eco se extinguió solamente con la vida del poeta, y que podría servir de epitafio sentimental al túmulo que guarda sus cenizas:

Sin tí, de mi calvario terminaré el camino;
En la inclemente patria nos separó el destino,
Y ni aún la misma tumba nos unirá a los dos.

El poeta permaneció fiel hasta la muerte al recuerdo de Elisa. El destierro que, para él, se tornó eterno, las luchas políticas, las adversidades de su trabajada vida, sus mismos amores de paso no fueron capaces de extinguir la «*antica fiamma*» que siguió ardiendo silenciosamente en su pecho. Pocos meses antes de morir se desprendió del retrato de Elisa y lo envió, como último legado sentimental, a la viuda del doctor Acevedo, prima y amiga que fué de la enamorada. «Respetando la religión de los recuerdos, decía en su carta, no he permitido ni bruñir el aro, ni cambiar el vidrio roto que tocaron sus manos».

IV

EL MORALISTA Y EL PROSCRIPTO

Dice Lamartine que, cuando Chateaubriand regresó a París, después del destierro, y vió a sus amigos, halló que unos habían envejecido con las vicisitudes de la Revolución y que otros permanecían jóvenes en medio de tantas tumbas. Lo propio ocurrió a Juan Carlos Gómez después del sitio. La Guerra Grande había hecho madurar a muchos de aquellos jóvenes que él dejó casi adolescentes en 1843, y algunos de ellos parecían ya viejos; pero otros permanecían jóvenes en medio de los desastres y de la muerte. El se alistó entre éstos, sin dejarse vencer por la desesperanza que cogió a Pacheco y Obes; y arrastrado por el irrefrenable impulso de la juventud, casi sin buscarlo, se halló, de improviso, convertido en jefe de partido.

Por una contradicción formal que estaba en el carácter de la época, el partido que lo eligió por jefe tomó la denominación de «partido conservador», siendo así que nadie fué más amigo de la libertad que él. Esta designación procuró expresar que, el partido que la había adoptado, se proponía conservar las tradiciones de la Defensa de Montevideo en su lucha contra la tiranía de Rosas. Con este programa entró él al Parlamento, y para

defenderlo fundó el diario *El Orden;* con el mismo programa llegó al gobierno revolucionario de 1853, y tentó la reforma constitucional, fracasada al transformarse la doble asamblea de 1854 en simple asamblea legislativa; pero René no estaba hecho para las realidades de la política, y su ministerio duró apenas dos meses, lo indispensable para programar la reforma constitucional y dictar varios decretos de alta ideología social.

Poco después partió para el Brasil. Regresó en 1857, dispuesto a reorganizar su partido. Asumió la redacción de *El Nacional* y abrió una campaña digna de Armand Carrel; pero fué encarcelado y proscripto por el gobierno de don Gabriel Antonio Pereyra.

Esta vez el destierro fué definitivo. Se asiló en Buenos Aires y allí consagró el resto de su vida a la difusión de sus principios de moral cívica, y a la idea de reconstruir las nacionalidades platenses, mediante la unión de las repúblicas soberanas segregadas después de 1810 del antiguo virreinato del Río de la Plata y el establecimiento de la capital en Montevideo.

Se dió entonces el extraño espectáculo de que un proscripto sin fortuna, sin influencia personal, sin más fuerza que sus ideas, y sin más armas que su soberano talento y la forma subyugante de su palabra hablada y escrita, ejerciera, sobre las dos sociedades del Plata, un magisterio sin ejemplo. Se definió en aquella etapa de su vida, en toda

su plenitud, el moralista político y el apóstol: una especie de caudillo sin multitudes, un maestro sin discípulos visibles; pero un hombre cuya palabra era escuchada con religioso respeto por amigos y adversarios. Jamás la ética política halló más brillante intérprete. Dice Scherer que la política habló con Chateaubriand un lenguaje de sin igual elocuencia; con este hombre habló un lenguaje de no igualada belleza.

Estaba naturalmente dotado de un instrumento excepcional. Pocos de sus contemporáneos tuvieron el don de espontaneidad y el instinto de la forma estética que le dió la naturaleza, y ninguno tuvo su exquisita sensibilidad y ese tempestuoso subjetivismo que hace que, cuando se leen sus escritos, se recuerde a los buenos modelos románticos. En cuanto escribió dejó el sello de su personalidad: un troquel que no se confunde con otro y que da a sus páginas, aún las que trazó en el abandono de la intimidad o de la improvisación, un sabor que solamente se encuentra en los grandes artistas de la sensibilidad.

Su agitada vida no le permitió crear obra literaria orgánica; sólo le fué dado dispersar sus escritos en las columnas de la prensa: en artículos doctrinarios magistrales; en páginas de crítica política y social cuya forma hace olvidar lo acerbo del fondo; en polémicas que derivan siempre hacia la autobiografía, tal fué la violencia subjetiva

de este escritor, el predominio que sobre él ejerció su propio «yo».

Estas epístolas son, acaso, lo más bello de cuanto escribió, excepción hecha de algunas de sus poesías. Sin pretenderlo, creó con aquéllas un estilo personal, que unas veces recuerda al Rousseau de la «Nueva Eloísa», otras al Chateaubriand de las «Memorias de Ultratumba», otras al Lamartine de los «Recuerdos», y, cuando las caldea la pasión política, al Carrel panfletista. Este estilo hizo escuela; aun hoy, a más de cuarenta años de desaparecido el maestro, se suelen escuchar acentos que parecen desprendidos de las cartas del proscripto.

Si así era la forma, no menos hermoso y grande era el contenido. Este hombre fué un puritano enamorado de la doctrina estoica y de los principios que informan el sistema político anglo-americano. Don Pedro Bustamante, que fué, acaso, quien le conoció más íntimamente, hizo la exégesis de su ideología con estas palabras: «Había tomado de la moral estoica el culto austero del deber, es decir, del deber que no transige con nada ni con nadie; del cristianismo doctrinal y primitivo, el espiritualismo exaltado, la abnegación y el dogma de la fraternidad universal; y de la filosofía política de los fundadores de la Unión Americana, aquel espíritu de libertad civil que jamás tuvieron ni griegos ni romanos, formando así, con esos diversos elementos, — él, esencialmente refractario

a todo eclecticismo político — un vasto eclecticismo sociológico».

A la defensa de estos principios consagró su vida, su poderosa inteligencia, su extraordinario carácter y ese admirable valor cívico que le llevó a afrontar todos los peligros, hasta el peligro de la impopularidad, que es el mayor que puede haber para un hombre político. Para mantener la integridad de su doctrina y la unidad de su conducta no vaciló en separarse de sus amigos políticos y en emplazarles ante el tribunal de la opinión pública, y afrontó el baldón de que se le acusara de renegado y traidor, y aceptó estoicamente que su destierro temporario se convirtiese en perpetuo ostracismo. Para salvar intacta su concepción del gobierno representativo concluyó por volver los ojos, con nostalgia, hacia los partidos históricos y declarar que la democracia, en manos de pueblos ineducados o corrompidos y de déspotas y caudillos, había hecho bancarrota, y que era preciso que la sociedad buscase nuevas orientaciones para alcanzar el ideal del *self - government.*

V

EL ULTIMO GENTILHOMBRE

Si ésta fué su vida, más melancólica fué su muerte, capítulo todavía inédito de la historia del

proscripto. Dijo la ciencia que Juan Carlos Gómez murió herido por una congestión. Esa fué la enfermedad de la carne; pero hubo además otro mal doloroso y oculto que le hirió el alma y apresuró su fin. Al menos Rufino Varela, su amigo y confidente, así lo creía; fué él quien reveló en la intimidad el secreto.

Era la época del polizón y de las cinturas sutiles, último remedo, ¡ay!, de los buenos tiempos románticos. Todavía la vieja sociedad porteña se congregaba en los salones del Club del Progreso en saraos rutilantes de que solamente queda el recuerdo en la memoria de los viejos y en las fugaces crónicas de sociedad. En medio del suntuoso baile el dardo mortal hirió al proscripto. Discurría por los salones, prodigando frases ingeniosas a las damas, cuando divisó a una mujer, deslumbrante belleza de la época, que reinó soberana en la sociedad porteña. El viejo *dandy* sintió el influjo de la belleza juvenil, y de sus labios brotó un elogio apasionado. La dama, sorprendida por el fervor de la lisonja, replicó con candorosa espontaneidad, sin sospechar que sus palabras herían de muerte: «Doctor Gómez, usted ya está viejo para estas cosas».

El recibió el golpe mortal en mitad del pecho; la sonrisa se heló en sus labios y el frío le invadió el corazón. ¡Ya era viejo! Por primera vez le asaltó la certidumbre de su senectud, y con ella, algo más melancólico todavía: «¡El ya había he-

cho su tiempo! Nadie se lo había dicho hasta entonces y él no se había atrevido a pensarlo. Había atravesado su borrascosa vida como aquellos grandes señores del Renacimiento que parecían no envejecer jamás. Si había nevado sobre su hermosa cabeza, el corazón permanecía ardiendo como una pira. Seguía siendo el paladín sentimental de su generación y de su época y aparecía en los salones del Río de la Plata como un héroe a quien se tributan todos los homenajes. Nadie le disputaba la supremacía en lides de amor, de sociabilidad y de ingenio. Estaba acostumbrado a dominar sin esfuerzo, con el solo prestigio de la aureola romántica que nimbaba su figura. Así había llegado a la tarde de la vida, sin advertir la proximidad de las sombras que envolvían ya a su generación.

El desterrado sintió el contacto de la realidad aquella madrugada de otoño, en tanto atravesaba la ciudad dormida, de vuelta del baile, en dirección a su pequeña casa de la calle Maipú. Por primera vez se sintió extraño en aquellas calles y en aquella ciudad, tocadas ya por el soplo renovador de nuestra época. El había hecho la suya y era llegada la hora de partir.

Tenía razón. Las sociedades del Plata iniciaban su transformación galopante. Sobre las ciudades próceres comenzaban a levantarse las opulentas metrópolis modernas; con los viejos barrios patricios se iba esta generación preclara, cuyo espíritu

ateniense se marchitaba y moría a la sombra de los palacios coronados con mansardas y cimborrios de cinc. Los sueños políticos del desterrado se habían desvanecido: la libertad seguía ausente y los principios por que tanto había batallado parecían irremisiblemente perdidos. El gobierno representativo era un mito; la democracia había hecho bancarrota, y sus ojos se volvían, con desencanto, hacia las antiguas formas tradicionales, deplorando que la justicia histórica las hubiese muerto. Sus principios filosóficos espiritualistas y cristianos sufrían el desdén de los sistemas materialistas y se veían obscurecidos por el cientificismo, que confundía las ciencias morales con las ciencias naturales, relegaba con desprecio la metafísica al museo de las cosas pasadas, y, para estudiar al hombre y a la sociedad, estudiaba la zoología, la paleontología, la física, la química, la biología. Al tender la vista sobre la sociedad en cuyo seno vivía experimentaba profundo desconsuelo. «En vano se cubre esta disolución con los oropeles de un falso progreso como se cubre de flores la podredumbre del cadáver», escribía a un amigo. Cuando la volvía hacia la patria sentía mortal angustia. «Yo esquivo hablar de la patria; la vergüenza se me sube al rostro cuando alguno me la nombra; porque es imposible descender a más bajo nivel un pueblo que se mostró capaz de tanto heroísmo». Sus aspiraciones literarias también estaban en derrota. «La literatura, que es otro yunque de trabajo, viene a afligirnos más con el

asqueroso realismo que ha entronizado la escuela triunfante de las «Nanas» y «Pot - Bouille», exclamaba con desconsuelo. Hasta el trabajo profesional era para él ocasión de comprobar la corrupción que había invadido el organismo social. «Si pudiera ser menestral no sería abogado», concluía con ira. Todo ello le había arrancado ya la profética oración inaugural del curso de filosofía del Derecho en la Universidad de Buenos Aires, verdadero testamento moral del desterrado, «canto del cisne, último grito de desesperación y dolor, última protesta arrancada a sus labios por el triunfo de todo aquello que él había repudiado y combatido durante treinta años». Nada le quedaba, pues; ni siquiera el imperio de la juventud, de la belleza, del amor: romántico trasnochado, pobre *dandy* viejo y marchito, desprendido de su época y condenado a sobrevivir a su reinado.

Al día siguiente del baile se encontró con Rufino Varela en el Club del Progreso y le narró el episodio de la víspera. «No he podido conciliar el sueño, concluyó. ¡Qué quieres!, es una debilidad del corazón; pero no puedo conformarme».

Fué entonces cuando se acentuó en él la pasión de ánimo, aquella profunda e irremediable tristeza, aquella pena sin consuelo ni alivio que anubló aun más la tarde de su vida y agregó una nueva sombra a las que envolvían la frente del proscripto. Y de ello murió «el último gentilhombre»: de este mal misterioso que una mujer derramó en su corazón.

EL DOCTOR VILLADEMOROS Y EL ROMANCE DE JUAN CARLOS GOMEZ

«El romance de Juan Carlos Gómez y Elisa Maturana, como lo llama el ilustre publicista argentino Mariano de Vedia, es algo que por tradición oral se ha ido trasmitiendo de generación en generación dentro de nuestra sociedad y nosotros lo hemos recogido de labios de personas vinculadas a la familia de Maturana.

Sin quitar ni poner rey, insertamos, por el interés que despierta el asunto, por la alcurnia intelectual de los contendores, la carta abierta que aquél ha dirigido a Raúl Montero Bustamante impugnando un artículo de éste sobre el mismo tema». — «*El Plata*», Montevideo, Noviembre 24 de 1930.

Buenos Aires, 21/11/930.

Señor Raúl Montero Bustamante.

Distinguido señor:

Soy un viejo lector suyo. Me agradan mucho su género de producción y la manera como usted escribe. Pero le ha dado a usted por meterse con la memoria del doctor Carlos Gerónimo Villademoros, mi abuelo, y ya no puedo expresarle igual complacencia. Primero fué en «La Prensa», de esta capital, hace tres años. Ultimamente, el mes pasado, en un semanario de Montevideo: «Mundo Uruguayo», que sólo ahora llega a mis manos. No es que yo tenga reclamación alguna que entablar ante usted, en mi carácter de hijo de doña Caro-

lina Villademoros de Vedia, como un homenaje a su sagrado recuerdo. Absolutamente. Lo que pretendo es hacerle notar, señor Montero Bustamante, los errores de información y la injusticia en que usted incurre al hablar del doctor Villademoros, así cuando lo presenta como uno de los inspiradores de las ejecuciones ordenadas por el general Oribe en las campañas de las provincias argentinas y en el asedio de Montevideo, como cuando pretende que hizo pesar la autoridad del mismo Oribe para unirse en matrimonio, ya en edad provecta, con una joven delicada y bella, prometida de Juan Carlos Gómez, que sucumbió después del sacrificio.

Permítame. Don Carlos Gerónimo Villademoros nació en 1806 y se casó en segundas nupcias con la niña de que usted habla — Elisa Maturana — el año 1845. No tenía, pues, sino treinta y nueve años. ¿Es esa una edad provecta? ¿Se acerca a la senectud un hombre que no ha cumplido aun los cuarenta? ¿Cuántos tiene usted, señor Montero Bustamante? Las hijas del primer matrimonio del doctor Villademoros (doña Carolina V. de Vedia y doña Micaela V. de Lorente), recordaron en todo tiempo con ternura a la que había sido su «mamita Elisa», como dulcemente la llamaban. Por otra parte, la segunda compañera del doctor Villademoros no murió tan así, «después del sacrificio», como usted supone. Al morir, había sido madre dos veces. Tengo que renunciar al comen-

tario que correspondería a esa doble circunstancia, pero necesito decir que usted resulta, señor, un historiador excesivamente precipitado. Hace usted algo más que historia todavía. Hace, sobre todo, novela. He ahí el mayor mal, que le señalo en nombre de los hogares que afectaría usted con sus referencias, si sus referencias fuesen fundadas.

Veinticinco años tenía Juan Carlos Gómez cuando salió de Montevideo, dejando soltera a la señorita de Maturana. ¿Cómo pudieron, amándose tanto, afrontar el martirio de la separación? En la naturaleza romántica de Juan Carlos Gómez, hubiera cabido hasta la idea del rapto. El caso es que se fué a Chile, donde otras aventuras le ocurrieron. Aventuras que motivaron hasta un lance singular, de que fuera testigo único, según la leyenda, nada menos que Mitre. Ausencias causan olvidos. ¿No dice la canción francesa que partir es morir un poco? Fuera de eso, Juan Carlos Gómez debía tener, como buen romántico, algo de Chateaubriand. ¿Conoce usted «le Roman de L'Occitanienne»...?

Si en los viejos hogares unitarios recogió usted la versión de que Villademoros era feo (lo que no creo, porque mi madre me hallaba parecido a él), y de que necesitó de la influencia de Oribe para obtener la mano de Elisa Maturana, en muchos otros hogares, que tiene usted a su alcance, podrían decirle que mi abuelo no era un hombre desprovisto de dotes y atractivos propios.

Sabe usted, desde luego, que era autor de obras teatrales y que era poeta. No mal autor ni mal poeta, a juzgar por un juicio y una muestra que usted mismo nos ofreciera en su artículo antes recordado de «La Prensa». Además de poeta fué diplomático, otro título que tuvo en su época un prestigio extraordinario. La sociedad de entonces leía en Balzac y en Stendhal las historias fabulosas de los embajadores en el mundo de aquellas duquesas que enloquecían a Mme. Bovary.

Pero, déjeme hacerle un poco la biografía de Villademoros. En atención a los servicios prestados por su padre en la campaña emancipadora del Perú, obtuvo el año 1817 una beca en el Colegio de la Unión de Buenos Aires. Más tarde, comprendido en el número de algunos alumnos que debían ser enviados a Europa, no quiso alejarse del Plata. El hombre tendría la noción de su destino. Siempre en esta ciudad, terminó los estudios y se graduó de doctor en jurisprudencia el año 1827, celebrando luego su primer matrimonio con la señorita Micaela Correa, madre de mi madre. De regreso en Montevideo, fué sucesivamente auditor de guerra, juez de primera instancia en lo civil, miembro de la representación nacional, ministro diplomático en Río de Janeiro, juez nuevamente y ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores de Oribe. Formó parte de la comisión que hizo proposiciones de paz al general Rivera y compareció ante la asamblea general, en plena

sesión pública, para darle cuenta de la ineficacia de esa tentativa. La guerra continuó hasta el año 1851 y el doctor Villademoros falleció a principios de 1853, no teniendo a la fecha sino cuarenta y tres años, cuatro meses y dos días de existencia. Murió, pues, sin haber llegado a la edad provecta, para emplear sus palabras de usted. Y pobre, hasta el punto de costearse su entierro por suscripción pública, figurando como primer contribuyente su primer adversario de la víspera: don Manuel Herrera y Obes.

Por lo demás, el doctor Villademoros, hombre civilizado y culto, ante todo, ni contribuyó a la prolongación de la guerra de los nueve años, según acaba de verse, ni representó jamás, junto al general Oribe, el triste papel que usted gratuitamente le asigna. Fué siempre un espíritu ponderado y un consejero de moderación y de paz. Afrontó hasta el fin las consecuencias de su situación y acompañó a Oribe en el destierro, pero alcanzó a escribir en sus memorias, apenas iniciadas, estas observaciones concluyentes: «Presta materia a serias reflexiones la manera con que se enlazan los sucesos que arrastran al hombre de conciencia, precipitándole por esa pendiente resbaladiza hasta el impuro piélago en que su fe se anega, sin que encuentre justificación posible cuando, al término de su derrumbe, se despierta en la vida real y ve los inmensos males a que ha contribuído incauto». Y agregaba: «Mi reputa-

ción ha sido atacada muchas veces, las más con injusticia — otras de mala fe, por aspiraciones o espíritu de partido, y quizás más de una con razón — pero, poniendo la mano sobre mi conciencia, no trepido en afirmar que, en este caso, se han dirigido esos ataques contra actos concebidos con la fe del demócrata, en la esfera de la equidad y de la justicia, por más que la división de opiniones en el país, o especiales circunstancias, los tornasen dignos de censura».

¿Recuerda usted, señor Montero Bustamante, en qué época aparecía una publicación titulada «La Aurora» que dirigió don José A. Tavolara? En ella se dió a luz un bosquejo biográfico del doctor Carlos G. Villademoros, realizado sobre datos contenidos en unas memorias inéditas de don Carlos Anaya, padrino y amigo de mi abuelo ilustre, si usted me permite darle ese título. Pues bien: ese bosquejo histórico terminaba haciendo constar que el nombre de Villademoros fué constantemente respetado, en medio de todos los desbordes de la difamación y de la calumnia, y que ese nombre, y la memoria que le está vinculada, pertenecen a las glorias cívicas de la patria uruguaya. Si le digo que ese bosquejo llevaba la firma de don Agustín de Vedia, es porque no creo que usted me replique objetando el testimonio, a causa de los vínculos de mi padre.

Lamento mucho afectar la creación romántica del distinguido escritor, pero éste no necesita del

esplendor juvenil de Elisa Maturana, como no necesita convertir al doctor Villademoros en un bárbaro usurpador, para tejer en torno de la figura de Juan Carlos Gómez muchas leyendas interesantes, más aproximadas a la verdad. Deje usted a los nietos, y sobre todo a las nietas (alguna de ellas le escribió a usted cuando su primer disparo..., usted dirá con qué éxito...) la idea de que don Carlos G. Villademoros fué digno de su conquista, afirmación que me permito hacer no sin miedo de que la verdadera abuela reproche, desde la eternidad, la inconsecuencia de su esposo y esta fácil conformidad moderna de sus descendientes.

Señor Montero Bustamante: excúseme usted y disponga de su muy atento y seguro servidor, que le saluda cordialmente.

Mariano de Vedia

Señor D. Mariano de Vedia.
Bnenos Aires.

Distinguido señor:

La carta abierta que usted me ha dirigido, con motivo de las referencias contenidas en algunos de mis escritos respecto al doctor Carlos Gerónimo Villademoros, está inspirada en un sentimiento para mí profundamente respetable, ante el cual me cuesta mucho asumir la actitud de polemista. Es usted nieto del prócer y, naturalmente, de-

fiende su memoria, que supone que yo me complazco en atacar sistemáticamente. No hay tal, señor Vedia. No está en mi temperamento ni en mis inclinaciones personales, abrir guerra contra las figuras históricas, y esto es tan verdad, que, muy a menudo, se me hacen cargos por la benevolencia de mis juicios. Tampoco tengo interés alguno en empañar las ejecutorias de su ilustre abuelo, ni mucho menos molestar a sus descendientes, quienes me inspiran, a justo título, la más alta consideración.

Vea lo que ha ocurrido con el doctor Villademoros. Escribí, es verdad, como usted lo dice, en «La Prensa», de Buenos Aires, hace tres años, un artículo sobre la composición dramática de su abuelo, titulada «Los Treinta y Tres Orientales», y al hacerlo agregué algunas referencias relativas al autor, tomándolas de la tradición corriente en la sociedad de mi país y de los historiadores que se han ocupado del personaje. Desgraciadamente, el juicio de éstos no era favorable al doctor Villademoros y tampoco lo era aquella tradición. Posteriormente, en mi libro «Ensayos», inserté una semblanza de Juan Carlos Gómez en la que, al referirme al episodio culminante de la juventud del grande hombre, utilicé aquellas mismas referencias. Y nada más. El artículo reciente de «Mundo Uruguayo» a que usted se refiere, es simple transcripción de algunas páginas de mi libro.

Cuando su señora hermana me escribió, hace

próximamente dos años, sobre este mismo asunto, una extensa y hermosa carta, me apresuré a expresarle mi pena por haber herido involuntariamente sus sentimientos filiales, y, en tal ocasión, dije que si pudiese recoger lo escrito por mí sobre el doctor Villademoros, lo haría sin vacilar, aún a costa de sacrificio. Eso no es posible y tuve, entonces como ahora, que resignarme a la penosa situación del juez que, luego de fallar, ve violentados sus sentimientos por la propia irrevocable sentencia.

Usted, que es historiador, y sobre todo hombre de mundo, no puede oponerse sin embargo a que se discuta la personalidad de su abuelo. Las apreciaciones sobre los personajes históricos no deben ser objetadas por sus descendientes en tanto no haya injuria o falsedad en el juicio. Y en el caso no hay injuria, al menos personal mía, ni hay más error de información, como no sea el de suponer que el doctor Villademoros tenía en vez de treinta y nueve años cuarenta y cinco o cincuenta cuando se casó con doña Elisa Maturana. Esto no modifica la esencia del romance. El caso de una niña de veinte años, que ama a un joven de veintitrés, y se ve obligada a casarse con un hombre de cuarenta, en la Guerra Grande como en la época actual, sería siempre motivo de comentarios para las imaginaciones romancescas. Además, y esto va dirigido al hombre de mundo, no hay por que destruir aquello que ha contribuído a alimentar

la vida espiritual de varias generaciones a título de que haya en ello algo de legendario.

El romance sentimental de que fueron protagonistas Juan Carlos Gómez y doña Elisa Maturana lo he oído narrar, desde mi primera infancia, en mi casa y en muchos otros hogares montevideanos, algunos de ellos estrechamente vinculados a la familia de Maturana. Si usted interroga aun hoy, como yo lo he hecho, a los parientes próximos de los actores y a los descendientes de las personas que alguna intervención tuvieron en este episodio, le confirmarán mi aserto. Es muy posible que el sentimiento romántico de nuestras madres haya estilizado, como yo lo advierto en mi libro, y aun desfigurado, algunos de los elementos del pequeño drama doméstico, tales como la edad y gallardía física del doctor Villademoros, de la que usted se muestra justamente celoso, máxime cuando invoca traviesamente, como prueba, la semejanza física del nieto con el abuelo; pero de todos modos, lo que es una verdad inconcusa es que, en todos los viejos hogares de Montevideo, se ha trasmitido la versión tal como yo la estampé en mi libro.

En mi caso, es más respetable aún la versión, puesto que yo la he recibido a través de mis padres, de los propios labios de Juan Carlos Gómez. Es notoria la amistad fraternal que unió a Gómez y a mi abuelo, D. Pedro Bustamante. Tan profundo fué este afecto, que Gómez, cuando partió a

afrontar las contingencias del duelo con Nicolás Calvo, confió su pequeña hija, Elisa, a mi abuelo, en una carta memorable escrita la madrugada en que se realizó el lance. No es extraño, pues, que lo hiciera también confidente de sus intimidades sentimentales. Pues bien, oí confirmar muchas veces en mi casa, a título de confidencia directa de Gómez, el episodio sentimental que usted supone fabuloso. Le diré más aún. La quinta de Maturana en el Paso del Molino, ya desaparecida, quedaba muy próxima a nuestra vieja quinta que, en estos momentos, está desapareciendo también bajo la acción de la subasta y la piqueta. Conservo nítidamente el recuerdo de aquella quinta con su gran portón, su casona colonial de enrejadas ventanas y su jardín de alicatados arriates, testigos todos del romántico episodio. Me parece ver todavía un viejo banco de piedra que se señalaba como el banco del idilio y al cual alude Gómez en uno de sus poemas.

En lo que se refiere a la parte histórica le confieso sinceramente que no he realizado investigaciones personales respecto al Dr. Villademoros, porque en realidad yo no he trazado su biografía. Me limité, pues, a requerir, de los historiadores que lo han hecho, referencias generales y ellas son las que incluí en mi estudio. La paternidad de tales elementos históricos no me pertenece. Por ejemplo, la afirmación de que el Dr. Villademoros fué el inspirador de las violencias atribuídas al

general Oribe, pertenece a D. Manuel Errazquin, su correligionario, compañero y amigo. Y este testimonio, que se halla en la «Historia política y militar de las repúblicas del Plata» de D. Antonio Díaz, está corroborado por éste, quien habla allí por boca de su ilustre padre, el Brigadier General D. Antonio Díaz, colega del Dr. Villademoros en el gabinete del Cerrito. Aunque con pena me veo en la precisión de transcribir este testimonio. Escribe así D. Manuel Errazquin: «Dicen algunos que D. Manuel Oribe va muy templado... Yo no lo creo, por motivos que tengo para no creerlo, aunque lleva a su lado un hombre que ha manifestado un mal carácter, unos principios malísimos, una inmoralidad que nos ha asombrado y que es causa de muchos desaciertos que menoscaban la reputación de D. Manuel Oribe: este es D. Carlos Villademoros».

Las demás referencias históricas y aún las tradicionales por mí invocadas están extensamente expuestas y documentadas en el estudio del doctor José María Fernández Saldaña titulado «Juan Carlos Gómez sentimental», editado el año 1918. Y es de advertir que este historiador acudió para informarse a los parientes inmediatos de D. Elisa Maturana, quienes le facilitaron la miniatura que Gómez conservó hasta sus últimos años y la carta con que éste, pocos meses antes de morir, se la envió a D. Joaquina Vázquez de Acevedo a título de restitución sentimental. Es este autor quien alude

a los defectos físicos del prócer. Es verdad que pude utilizar también la biografía del doctor Villademoros escrita por su ilustre padre D. Agustín de Vedia, pero le confieso lealmente que, cuando escribí mi artículo, no conocía el folleto de aquel eminente publicista.

No es de extrañar que la personalidad del doctor Villademoros dé motivo a juicios contradictorios. Ya ocurrió ésto en su época, y él mismo lo reconoció al estampar en sus memorias estas palabras con las que sugiere, a la vez, la posibilidad de que existiera razón en alguno de los juicios contrarios que sobre él se emitieron: «mi reputación ha sido atacada muchas veces, las más con injusticia, otras con mala fe, por aspiraciones o espíritu de partido, y *quizás más de una con razón*». Para sincerarse de los casos en que erró agrega: «poniendo la mano sobre mi conciencia, no trepido en afirmar que en este caso se han dirigido esos ataques contra actos concebidos con la fe del demócrata, en la esfera de la equidad y de la justicia, por más que la división de las opiniones en el país, o especiales circunstancias los tornasen dignos de censura». En un rasgo de mayor sinceridad estampa todavía estas sugestivas palabras que parecen un soliloquio de conciencia: «Extraña cosa es, cómo se encadenan los sucesos de las largas y complicadas luchas de partidos, y cómo de manera gradual e imperceptible, el hombre que se dedica al servicio de una buena causa, se encuentra

marchando por un terreno falso, sin haberse podido desligar de sus compromisos con los hombres que representaban el principio, en cuyo sostén se afilió. Presta materia a serias reflexiones la manera con que se enlazan los sucesos que arrastran al hombre de conciencia, precipitándole por esa pendiente resbaladiza, hasta el impuro piélago en que su fe se anega, sin que encuentre justificación posible, cuando al término de su derrumbe se despierta en la vida real y ve los inmensos males a que ha contribuído incauto».

Ya ve usted, señor Vedia, que las páginas que yo he escrito ni son invenciones mías, ni llevan el sello de la pasión, ni tuvieron por objeto deliberado perjudicar la memoria del doctor Villademoros, ni mucho menos molestar a sus descendientes. Humana, social y caballerescamente aquélla y éstos son dignos de todo mi respeto.

No terminaré sin decirle que su jerarquía intelectual y el apellido histórico que usted lleva me han inclinado a quebrantar mi habitual costumbre de no aceptar polémicas, y puesto que lo he hecho, no debo terminar sin agradecerle el honor que usted me dispensa con su carta abierta y con las referencias cordiales y amables que matizan sus reproches. Es esto digno de usted y de su estirpe. Es una vulgaridad decirle que yo también soy viejo lector suyo; pero es verdad y es justo que lo diga. Tenemos, pues, ambos, el melancólico privilegio de ser viejos lectores, lo que quiere

decir que hemos dejado ya de ser jóvenes. Hay, además, en esto de leernos mutuamente, un vínculo espiritual más profundo de lo que se supone y acaso radique ello en que también nuestros mayores se leyeron y se escucharon. ¿No recuerda usted que su ilustre padre, D. Agustín de Vedia y mi abuelo, D. Pedro Bustamante, contendieron, caballerescamente, y coincidieron a menudo en los memorables debates de la Cámara del 73 y en las columnas de «La Democracia» y «El Siglo»?

Permítame, pues, que le retribuya muy afectuosamente su cordial saludo.

Raúl Montero Bustamante.

EL OCASO DE JULIO HERRERA

Allá, por los años 1908 a 1912, no era raro encontrar en las calles de la «ciudad vieja» de Montevideo, a un anciano de mediana estatura, un poco agobiado y vacilante en el andar, en cuya pulcra aunque vieja indumentaria se advertía un vago sello de *dandysmo* y cuyas señoriles maneras revelaban rara distinción. Aquel hombre caminaba generalmente ensimismado y como extraño al mundo exterior; cuando los accidentes de la calle o una actitud reverente le volvían a la realidad, parecía experimentar secreto azoramiento y apresuraba el paso, deseoso, tal vez, de no ser reconocido. Cuando hallaba damas en el camino jamás dejaba de cederles la vereda, y se daba el caso de que bajase a la calzada para acentuar el homenaje; cuando alguien le saludaba, contestaba cortesmente, pero con reserva; cuando tropezaba con un amigo, ¡y cuán pocas veces sucedía esto!, solía detenerse y, entonces, la reserva se convertía en afectuosa espontaneidad. Se le veía, a veces, en la Confitería

del Telégrafo y podía advertirse la respetuosa actitud con que los dependientes le preparaban el cartucho de bombones, el mismo cartucho que durante años compró todos los días el ilustre cliente, y que ahora solamente adquiría de cuando en cuando. Otras veces se le hallaba en el tranvía, un poco encogido en el banco común, como si la falta de hábito le hiciese extraño aquel medio de locomoción.

Parecía poseído de profunda y tenaz tristeza. Se presentía, al observarle, que sufría de aquel extraño mal moral que atacó a muchos hombres de su generación, a unos en la plenitud de la vida, y a otros ya en el ocaso, y que la literatura romántica bautizó con el nombre de «pasión de ánimo». Era de tez pálida; la cabellera, que había sido castaña y profusa, flotaba todavía, aunque raleada y encanecida, sobre la ancha frente; los ojos, pardos y penetrantes, se encendían a intervalos con el fuego de los verdes años, y en los labios, plegados por un imperceptible dejo de dolorosa ironía, solía estereotiparse una vaga sonrisa que suavizaba la expresión adusta y melancólica de aquella cabeza leonina. Cuando se le examinaba con atención se advertía cómo, el *dandysmo* que en él era innato, ocultaba penosas intimidades. La levita o el chaqué, aunque de corte impecable, eran anticuados y tenían larga historia; el inmaculado chaleco de piqué se rendía ya al tiempo; el cuello y la corbata recordaban a los *lyons* de 1890; el

ceñido pantalón de fantasía revelaba la industria del ama de llaves; los botines de charol, de alto tacón, que calzaban el pequeño pie patricio, aunque limpios y brillantes como los del hidalgo pobre, denunciaban el largo uso y, a veces, ¡oh dolor!, comenzaban a quebrarse. Los lentes guarnecidos de oro, el junco de puño de marfil, los guantes grises de piel de Suecia, el alfiler de diamantes prendido en la corbata y la leopoldina cincelada recordaban que aquel hombre había conocido épocas de opulencia. La cruel pobreza no había, sin embargo, logrado estampar en él su estigma. Mantenía intacta la prestancia y, con sus viejas galas, podría haber paseado, sin desmedro, por Picadilly Street o Hyde Park en la época de Brummel a haberse asomado al «café Anglais» en los días en que Morny y Walewski rivalizaban en elegancia y buen tono.

La muchedumbre pasaba indiferente a su lado, y sólo de cuando en cuando alguien, al reconocerlo, se volvía para mirarle con curiosidad. Unos sonreían, otros le contemplaban con tristeza, otros le seguían con la mirada, conmovidos por secreta admiración y afecto. Cuando se pronunciaba su nombre, todos, involuntariamente, evocaban el pasado próximo pero que, sin embargo, parecía remoto; despojaban a la ciudad de sus modernas galas, de su galopante progreso material, de sus nuevas costumbres sociales y políticas, de su po-

blación cosmopolita, de su reciente historia y se sumergían, sin quererlo, en el melancólico mundo de los recuerdos.

*
**

Aquel hombre vivía, pobremente, en un pequeño primer piso de esquina de la «ciudad vieja», cuyos balcones daban sobre la calle 25 de Mayo y la de Pérez Castellano. La casa tenía una salita alhajada con un sofá, dos butacas y un extraño mueble: una tarima de madera sobre la que reposaba un hermoso perro embalsamado. El noble animal, cuyo cuello ostentaba, a guisa de collar, una ancha cinta roja, y cuyo claro pelaje comenzaba a ser injuriado por el tiempo, levantaba la inteligente cabeza, en actitud vigilante, como la había levantado en medio del fragor de las batallas. Aquel perro era «Coquimbo», el fiel mastín que acompañó al general don Venancio Flores en sus campañas. La sala inmediata, ochavada sobre la esquina, era el estudio, pobre cuarto de trabajo, sin más muebles que una mesa que recibía la luz de la ventana, un viejo sillón, una silla y anaqueles de madera oscura llenos de libros, carpetas y legajos. En el testero pendía del muro un gran retrato al óleo, pintura de la época romántica, que representaba a un anciano, de pie, en quien se adivinaba, con sólo mirarlo, la alta prosapia. Junto al estudio estaba la humilde alcoba,

pobre y desnuda como celda conventual, y, en seguida, una diminuta sala comedor. El estrecho pasillo, las dependencias de servicio y la escalera completaban la espartana morada.

El señor de aquella casa se levantaba temprano y se sentaba a escribir. ¿Qué escribía con su letra irregular pero llena de carácter? Cuando la dura imposición del trabajo profesional o las terribles luchas para defender los últimos restos de su hacienda no le requerían el tiempo, llenaba carillas con prosa en la que se adivinaba el trato continuo con Taine, con Saint Víctor, con Macaulay, y la honda influencia de los pensadores políticos, historiadores y poetas de la época romántica. Hacía filosofía fácil sobre hombres, cosas y acontecimientos, y escribía, sin proponérselo, historia pintoresca a la gran manera de Thierry. Todo ello se desarrollaba, serena y armoniosamente, sobre firmes cimientos apoyados en la roca madre de la filosofía cristiana y en conceptos de ética política y social que, no obstante su inflexible firmeza, le permitían comprender, explicar, justificar y hasta perdonar el error o el extravío cuando los reputaba sinceros. No había en él rencor ni amargura; no conservaba odio, ni aun para sus más encarnizados enemigos, fueran éstos hombres o ideas; no abrigaba sentimientos de venganza para quienes le habían abandonado o traicionado o para los que simplemente le injuriaban. Sus juicios, aún los más duros, terminaban siempre con una pala-

bra de cordial benevolencia, de traviesa ironía o de compasivo desdén. Por lo demás derrochaba el ingenio, la anécdota, los primores de la forma y lo imprevisto de la sensibilidad. Se parecía en esto a Juan Carlos Gómez, que fué un poco su maestro, y de quien, en los últimos años, había adoptado el continente melancólico y la actitud estoica.

Como escribía hablaba, y aún lo hacía mejor, algunas veces, en las tardes que destinaba a recibir a los escasos amigos que le permanecían fieles y a los desconocidos que llegaban hasta su sala llevados por la curiosidad. Estas tertulias que él, ex-profeso, solía prolongar hasta entrada la noche, son inolvidables para quienes tuvimos la fortuna de escucharlo. Comenzaba a hablar, lentamente, con palabra pausada y un poco sorda. Al principio daba la sensación de cansancio y ausencia de sí mismo. Poco a poco la voz se coloreaba y tomaba entonación distinta y sonoro timbre; la máscara impasible del rostro se animaba, los ojos se encendían y los gestos se hacían amplios y expresivos. La admirable máquina cerebral entraba en plena actividad y, entonces, memoria, entendimiento, sensibilidad, pasión, sentimiento, elocuencia daban plástica forma a las ideas, a los recuerdos, a las anécdotas, a los relatos, a los juicios, a la maravillosa afluencia de la palabra. El magnífico espectáculo se mostraba en aquellos instantes en toda su plenitud y belleza.

Este hombre tan modesto, tan oscurecido, tan olvidado, tan aislado, no vivía solo. No; no hubo jamás en él soledad absoluta, y si la hubo, bendita soledad ésta que llenó constantemente su espíritu de fantasmas y movibles sombras. El mismo lo dijo, ya con un pie en el sepulcro, al despedir a uno de sus últimos amigos que había sido su comensal cotidiano durante veinticinco años: «Ya no volveremos a departir mano a mano sobre nuestras esperanzas del porvenir, sobre nuestras angustias patrióticas, sobre nuestros ideales filosóficos y políticos, pláticas inagotables de sobremesa con que nos confortábamos recíprocamente en los días oscuros de infortunios nacionales. Pero el diálogo amistoso continuará mentalmente, en la soledad de mi recuerdo, donde el viejo amigo estará presente siempre, por esa comunicación misteriosa de las almas que es el lazo invisible que, a través de la infinidad del tiempo, ata lo transitorio humano con lo absoluto eterno».

Estas evocaciones y estos diálogos llenaban la soledad de que se veía rodeado este hombre y así, su pequeña y pobre sala, a menudo, como por arte fáustico, se agrandaba y convertía en inmenso salón: los humildes muebles se transformaban en suntuosos decorados, las luces se encendían y multiplicaban, se abrían las puertas y penetraban por ellas los familiares fantasmas. Era allí el desfilar de figuras gesticulantes: medio siglo que se levantaba de la tumba y del olvido y que volvía

con sus hombres, sus costumbres, sus ideas y su historia. Sombras de deudos y amigos, de compañeros y adversarios, de enemigos e indiferentes; lances trágicos o risueños, pasajes dramáticos o burlescos, días de felicidad o de infortunio; de todo había en aquel pandemónium. Ya la pequeña sala se convertía en el salón de la casa paterna, ya en el «mirador» de la calle Canelones, ya en el recinto del Parlamento, ya en la redacción de «El Siglo» o de «El Heraldo», ya en la cubierta de la barca «Puig», ya en la sala presidencial, ya en la pobre alcoba del desterrado.

Así vivía sus últimos años este hombre; así era su persona, así su indumentaria, así su casa, así sus costumbres, así su sociedad, así su filosofía, así la prosa de sus cuartillas, así la encantadora elocuencia de su palabra, así sus monólogos espirituales.

*
**

Había en todo esto, no obstante la intimidad y pobreza del marco, un mágico poder de fascinación al que era difícil sustraerse. Lo había en la actitud espiritual del personaje, superior a la dureza de los tiempos y a la ingratitud de los hombres; en el estoicismo melancólico pero sonriente con que aceptaba el cambio de fortuna; en la fe y perseverancia con que defendía sus principios e ideas; en la serenidad con que contemplaba la

vida; en la frescura de alma con que mantenía intactos sus sentimientos; en el culto romántico que seguía rindiendo a la mujer que había llenado de amor sus años juveniles y era el bálsamo y refugio de su solitaria vejez.

Hasta el olvido y el abandono que habían caído sobre él eran filtro que avivaba esta fuerza de fascinación. El poder y la grandeza de otro tiempo le habían dejado imborrable aureola. Aunque objetivamente desaparecidos hacía ya muchos años como escenografía de teatro, se creía verlos reaparecer, a veces, en la pobreza del cuadro de su ancianidad y transformar al personaje.

Este anciano que así vivía, que así vestía, que atravesaba la ciudad a pie y sólo tomaba el tranvía para hacer su cotidiana visita a la lejana casa del camino Suárez, donde habitaba la mujer amada; que había logrado asegurar su pobrísima mesa después de ignorar durante largo tiempo si tendría mantel con que tenderla; que ya no era nada en su país, apenas una sombra, había morado antes en opulentas mansiones, había ocupado los más altos cargos del gobierno, sin excluir el de Jefe de Estado, había poseído el más rico y famoso guadarropa de su época, los más lujosos carruajes y arneses, el más brillante y animado salón, la mesa más rica y pródiga.

¿Quién no conoció la suntuosa casa de la calle Sarandí o la mansión de la calle Canelones, con sus dos plantas y su célebre «mirador», donde el

Presidente de la República se encerraba, solo o con sus amigos íntimos, para abandonar los salones a la multitud palaciega? Su casa estaba siempre abierta y todos tenían acceso a ella, fueran magnates o modestos ciudadanos. ¿Quién no recuerda sus gabanes guarnecidos y forrados de piel de lobo, sus fraques impecables, sus elegantes levitas, sus chaqués ingleses, sus lustrosas chisteras, su colección de bastones, y toda aquella inolvidable indumentaria de la época del jopo, del palco del Politeama, de las Tombas y de la bandera al tope? El gabinete de las pelucas de Versalles era pequeño junto a su guardarropa. Era éste una sala cuyos muros estaban cubiertos por dos órdenes de armarios con galería, a la que se ascendía por una escalera de madera. La cuenta de su sastre, M. Lamolle, llegó a sumar ocho mil pesos. El sastre no se inmutaba: «Le fiaría otro tanto, decía. Yo vestí a su padre desde la Guerra Grande». ¿Quién no recuerda los carruajes, y los áureos arneses, y los briosos troncos, cuyo trote estilizado fué gloria de los desfiles de la calle Agraciada y del camino Suárez en los últimos años del siglo pasado? El trote de sus troncos de caballos rusos era reconocido a la distancia. Se recuerda, como en sueños, el vertiginoso pasaje del cupé: los caballos sudorosos con sus arneses escarchados de espuma, el cochero erguido, ostentando en la galera de hule la escarapela oficial y, detrás de los

cristales, como una visión fugitiva, la figura del prócer: el pálido rostro iluminado por los ardientes ojos, la noble cabeza tocada por la brillante chistera, impecables la negra levita con vueltas de seda y el solemne plastrón prendido con el alfiler cincelado cubierto de diamantes.

Su salón se describirá algún día, con el mismo color con que ha sido evocado el del conde Walewski, cuando el hijo de Napoleón reunía al mundo político y literario del segundo imperio bajo los artesonados del Palacio Borbón. En la calle Canelones se reunía también una sociedad brillante y pintoresca. Era la época, un poco barroca, en que los muebleros hamburgueses bastardeaban la nobleza de los estilos del Renacimiento con el gusto solemne y teatral de la moda napoleónica y las reminiscencias de los palacios orientales. Los techos se decoraban con suntuosas esculturas policromadas, las paredes se cubrían con estucos y papeles que parecían ricas estofas y las puertas y ventanas con pesadas cortinas de tapicería. Los reflejos de los mecheros de gas se multiplicaban en los caireles de las arañas de cristal de roca, en los espejos de Venecia de las consolas, en las esculturas doradas de los majestuosos sofaes y sillones.

¿Quién no concurrió alguna vez a los tés de la calle Canelones? Allí se codeaban los ministros con los banqueros, los diplomáticos con los periodistas, los legisladores con los magistrados,

los funcionarios con los hombres de negocios; allí pululaban los candidatos sin destino, los debutantes políticos, los hombres de mundo, los simples ociosos. Allí se vieron a todas las notabilidades de la época y todo lo que tenía Montevideo de característico o simplemente pintoresco. Allí se tropezaba con «principistas» del 73 y con «candomberos» del 75; con veteranos de la Defensa y de Caseros y con *dandyes* de 1890; con «conservadores» de 1855 y con liberales del Ateneo; con desterrados de la barca «Puig» y con ministros del «año terrible»; con hombres de mundo y con caudillos rurales; con literatos debutantes y con viejos poetas de la Lira Americana. Allí se oyó cantar el *Spirito gentil* al tenor Oxilia, ejecutar al piano, a Dalmiro Costa, sus «Fosforescencias» y «Nubes que pasan», improvisar a Irigoyen sus *pot-pourris;* allí se realizó la primera demostración del fonógrafo de Edison, y se vió al conde Patricio adivinar el pensamiento a solemnes padres de la patria. La austeridad de los viejos políticos principistas, reflejada en las levitas puritanas, no se alarmaba ante la cortesía florentina de Angel Brian, ni ante los agudos dicharachos criollos de Tulio Freire, ni ante los entorchados de los generales del 75, ni ante el desfile de los parlamentarios que formaban la guardia noble del Jefe de Estado.

A la mesa de la calle Canelones se llegaba a cualquier hora y por cualquier puerta. A nadie se le preguntaba el nombre ni nadie se preocupaba

de interrogar al vecino. Los criados servían los exquisitos manjares, preparados bajo la dirección del *chef* Pascal, y escanciaban los vinos generosos de etiqueta francesa. Y aquello se repetía a medio día, y a la noche, sin investigar el número de comensales. El anfitrión llegó a deber a su cocinero, que era también su proveedor, sumas inauditas. Pero éste le era más fiel que nunca. A veces le entregaba dos o tres mil pesos. Cuando no cobraba, Pascal repetía: «No importa. Don Julio es así».

Era realmente así. No tenía noción del dinero. A alguien que fué a cobrarle una cuenta le entregó una bolsa de cóndores, que extrajo de un cajón de su escritorio, para que de ella tomara lo necesario para el pago. A un amigo que había perdido en el juego le regaló las acciones del Ferrocarril del Norte que era lo último que le quedaba.

De aquella casa se le había visto partir, ¡cuántas veces!, en el landó presidencial de gala; impacientes los caballos de raza, blancos y dorados los arneses, hieráticos el cochero y el lacayo dentro de sus libreas impecables, tocados con altos sombreros de hule blanco guarnecidos con la escarapela nacional, y, alrededor, y detrás del carruaje, la escolta militar: *kepies* y uniformes del segundo imperio, charreteras y entorchados rutilantes, entallados dolmanes, alzapones rojos, espejadas botas granaderas, todo lanzado a escape, calle abajo, brillando al sol y haciendo resonar las

piedras de la calzada con los cascos de los corceles, e incendiando el aire con el flamear de los banderines rojos y el brillo de las doradas lanzas. Otras veces, las más, se le había visto salir en su cupé, solo o sin más escolta que un sargento de órdenes en el pescante, a guisa de lacayo, y, a veces, también a pie, con su edecán o sin más compañía que su bastón de mando.

De allí partió en 1897 para el destierro. La casa de la calle Canelones quedó desierta: levantada apresuradamente la mesa del último banquete, cerrados los postigos y corridas las persianas, echadas las cortinas de los salones, mudo el patio y las galerías, sellado el «mirador». Sobre todo ello comenzó el tiempo a derramar su impalpable lluvia de polvo, y, las arañas, silenciosas señoras de la soledad, a tender sus telares.

*
**

La casa de la calle Canelones quedó como un símbolo. Arca sellada, parecía guardar en su misterio la fantasmagoría de esa etapa social y política que comprende los últimos lampos de la dictadura de Latorre, el gobierno del general Santos, el período que se designa gráficamente con el nombre: «época de Reus», el desastre sin ejemplo que le puso término y los años que se sucedieron hasta casi finalizar el siglo pasado.

¡Etapa singular! La tocamos con la mano, pues

es casi de ayer, y sin embargo, está ya sublimada por la poesía del recuerdo. Cuando se piensa en ese período de nuestra historia, nos parece que vamos a escuchar el rumor de los siniestros conciliábulos y conspiraciones: ruidos de espuelas, taconeo de botas, sonar de trágicos grilletes, batir de los martillos del taller de adoquines. A ello se unen las resonancias de los fastuosos banquetes, los estallidos de las botellas de champagne al ser descorchadas, las estridencias de las charangas, al redoblar de los tambores, el isócrono golpear de las marchas de las paradas militares, el apagado eco de las descargas del Quebracho, del tiro de Ortiz y de las aclamaciones de la Conciliación. Luego creemos percibir el rumor del trabajo: jadear de máquinas, usinas y talleres. A ello se une el sonido de las monedas de oro al caer de las talegas sobre los mostradores de los bancos, los nerviosos gritos de las pujas en la *corbeille* de la antigua Bolsa de la calle Zabala, el crujir de las faldas de seda al deslizarse sobre las mullidas alfombras o ascender las escaleras de mármol, el rumor de los carruajes arrastrados por piafadoras yuntas de caballos rusos. Nos parece que vemos también los reflejos de las encendidas lámparas de caireles, los destellos de las piedras preciosas engarzadas en fabulosas joyas, las fugitivas siluetas de grandes señores, de gabán y chistera, y de lujosas damas ataviadas a la manera de las fotografías antiguas. Con ello nos llegan ecos de la

voz de la Patti y de Massini, de Stagno y la Pantaleoni, murmullos de saraos y de fiestas, cosas atisbadas desde un palco del viejo San Felipe, desde una tertulia del teatro Cibils, desde el *parterre* del antiguo Politeama, desde el puente de los suspiros del Club Uruguay. Recordamos, como se recuerdan las viñetas de un viejo libro que hojeamos en la infancia, o como páginas de una novela leída hace mucho tiempo, mitad realidad, mitad ficción, a don Aurelio Berro construyendo su gótico alcázar del camino Agraciada, a don Mateo Victorica renovando en su quinta del Paso del Molino las esplendideces del banquero Salamanca, a don Pedro Piñeyrúa congregando en la suya las más sonadas libreas y trenes de la época, a don Carlos de Castro haciendo de su mansión señorial del Miguelete un pequeño Versalles, a don Pedro Fariní remedando en la suya las fantasías de Buschental. Ya no existía la antigua Confitería Oriental; pero se había abierto la Rotisserie Charpentier; habían terminado las noches del Alcázar Lírico y los bailes del Club Libertad; pero se asistía a los conciertos de La Lira y se oía a Teófilo Díaz y a Nicolás Granada decir frases ingeniosas en los bailes de máscaras del Club Uruguay; había muerto Juan Carlos Gómez; pero los jóvenes se consolaban contemplando la romántica figura de Juan Carlos Blanco; había desaparecido «La Tribuna» de Cándido Bustamante y «El Ferrocarril» de Rosete; pero quedaba «El

Siglo» con don Miguel Alvarez aunque sin los Ramírez; ya se había ido el Barón de Mauá con sus empresas y su Banco; pero Emilio Reus había fundado el suyo y había hecho perder la cabeza a Montevideo; el Gobierno del doctor Ellauri era ya solamente un hecho del pasado; pero un general, al ascender a la Presidencia de la República, confesaba que le pesaban las charreteras y nuevamente se preparaba un gobierno civilista; el asesinato del General Flores era ya un simple episodio histórico; pero las calles de Montevideo se volvían a teñir con la sangre de otro Presidente, y, sobre ella, se asentaba otra vez la dictadura.

Todos esos recuerdos y otros parecían haberse refugiado en la casa de la calle Canelones. Allí estaban los libros, los papeles, los objetos familiares de quien había desafiado a los gobiernos de Latorre y de Santos con la palabra, con la pluma y con la acción personal; allí estaba la mesa de trabajo que era su cátedra cotidiana; allí estaban las carpetas que contenían los proyectos del hombre de Estado, del financista, del Ministro y del Presidente que creyó lograr para su país días de deslumbrante prosperidad; allí estaban los suntuosos muebles, las magníficas obras de arte, las cosas que fueron testigos de sus sueños optimistas, de sus prodigalidades sin tasa, de sus rasgos de gran señor, de sus desvaríos románticos, de su mentida opulencia.

El tifón financiero y económico procedente de

la «época de Reus» conmovió hasta sus cimientos la casa de la calle Canelones. Nadie sufrió más que su dueño las consecuencias del desastre. El también había participado del engañoso miraje en momentos en que se preparaba a asumir la dirección del gobierno. Jamás se vió locura igual. El desastre fué súbito como el encantamiento. El pánico que se apoderó de Montevideo el día en que el Banco Nacional cerró sus puertas es sólo comparable al terror del *black Friday* de 1866 en Londres. En breves días se derrumbó la fantástica riqueza creada por la especulación y el desorden; en horas los valores ficticios se esfumaron sin dejar más huella de su existencia que los papeles impresos y los fabulosos quebrantos de las liquidaciones. La Bolsa fué un campo de batalla donde cayeron uno a uno todos los combatientes. Cuando terminó la lucha pudo apreciarse la magnitud del desastre: bancos y compañías quebradas, fortunas destruídas, industrias aniquiladas, empresas desvanecidas, ruidosas bancarrotas, escombros y ruinas por todas partes, y, como despojos del terrible naufragio, aquí y allá, barrios surgidos de la nada, edificios monumentales a medio construir, rutilantes palacios, trenes y atalajes, joyas y objetos de arte, entregado todo a la ignominia de la usura y la almoneda.

El desenlace del drama se produjo fulminantemente y sin remedio en momentos en que, ungido Presidente de la República, iniciaba su obra de

gobierno y soñaba con la realización de un vasto programa de resurgimiento y transformación nacional. No pudo ser. Casi todo se perdió en el turbio remolino de las liquidaciones de la riqueza pública y privada. Lo que debió ser época de grandeza y progreso se transformó en días de estrechez y zozobra. Hasta la Naturaleza se volvió en su contra. Pestes y sequías asolaron los campos y afectaron también la riqueza pública y privada. El país hizo responsable de todas sus desventuras al Presidente. El brillo literario que éste dió a su labor de gobernante, y el fausto externo de que rodeó su vida fueron, apenas, especie de *alibi*, sumersión en el agua de Leteo, piadoso engaño a sí mismo y a los demás, casi confesión de impotencia para realizar la obra prometida.

La casa de la calle Canelones sobrevivió, como uno de esos barcos náufragos que quedan, sobre el arrecife, a merced de las olas y de los filibusteros. Su dueño tuvo que partir hacia el destierro y sobre ella se cebó la adversidad. Muebles, cortinados, alfombras, tapices, cuadros, bronces, todo lo que tenía un valor venal fué cayendo en sucesivas subastas. Hasta las arañas de luz fueron desprendidas de artesonados y plafones. En eso paró tanta gloria, tanto brillo, tanta opulencia, tanta aventura, tanto romanticismo, tanta engañosa ilusión y tanta dolorosa realidad.

Cuando muchos años después el proscripto regresó del destierro, debió sentirse extraño en la

casa inhospitalaria. Se refugió, espartamente, en el fondo de la planta baja, en una estrecha habitación donde reunió los últimos muebles que le quedaban. Alguna vez, recorriendo con él, al morir la tarde, las salas vacías y oscuras, a través de cuyas puertas, veíase arder, en el último aposento, la pequeña lámpara de petróleo que velaba las vigilias del prócer, le oí terminar la amarga reflexión que le inspiraba la soledad de su retiro con este alejandrino:

La solitude est douce à qui hait les méchants.

Si no dulce, al menos la soledad fué amiga para aquel hombre que supo darle pródigo hospedaje en su desierta mansión. ¿Qué importaban las paredes desnudas, los salones vacíos, los patios solitarios, la oscuridad que penetraba en ellos cuando caía la noche? Si la melancolía le atenaceaba el alma, su ingenio, en la intimidad de los últimos amigos fieles, seguía moviendo imágenes, evocando anécdotas y recuerdos y haciendo, con frase ligera e incisiva, la filosofía de la época en que le tocó vivir.

Cuando llegó el momento de abandonar la casa de la calle Canelones, en procura de más modesto refugio, se fué silenciosamente, después de recorrer toda la casa, como si buscara, en la soledad de las vastas salas, los fantasmas de su antigua grandeza para darles el adiós.

Así penetró en el crepúsculo de su vida Julio Herrera y Obes.

INDICE

Este libro se terminó
de imprimir en la
Impresora L.I.G.U.
Paysandú 1011
Montevideo
Diciembre
1942




EDICIONES
CEIEO